C.D.U. 394(821.1)
(821.1)394
908(821.1)
(821.1)908
71(821.1)
(821.1)71

Rostros de Buenos Aires

H. C. D.
N° DE INVENTARIO 00386
UBICACION 21-8-1
INGRESO 5.11.74
MATERIA D

Intendente Municipal:
Brigadier (R) Osvaldo A. Cacciatore

Secretario de Gobierno:
Coronel Auditor (R)
Tomás A. Orobio

Secretario de Economía:
Vicecomodoro (R) Ignacio del Prado

Secretario de Obras Públicas:
Doctor Guillermo O. Laura

Secretario de Educación:
Comodoro René J. J. Salas

Secretario de Salud Pública:
Capitán de Navío Médico (R)
Enrique Ortega

Secretario de Cultura:
Ricardo T. E. Freixá

Secretario de Servicios Públicos:
Comodoro (R) Oscar R. Cervone

Secretario General:
Teniente Coronel (R) Miguel Miere

Rostros de Buenos Aires

Este es el primer volumen, introducción a temas e imágenes, de la serie que la Municipalidad de Buenos Aires ha proyectado publicar hasta 1980, con motivo del cuarto centenario de la fundación de esta capital.

Buenos Aires, mayo de 1978

© Municipalidad de la Ciudad
de Buenos Aires
Queda hecho el depósito que marca
la ley nº 11.723

Honorable Concejo Deliberante
BIBLIOTECA
"Esteban Echeverría"

1

Dedicamos estos Rostros de Buenos Aires, cuando se conmemora el bicentenario de su nacimiento, a Don José de San Martín, Generalísimo de la República del Perú, y fundador de su libertad; Capitán General de Chile y Brigadier de la Confederación Argentina, donde viera la luz en Yapeyú, el 25 de febrero de 1778. En respuesta reverente al amor que le tenía a esta ciudad y que declarara para la eternidad en la cuarta cláusula de su testamento que dice, de su puño y letra:

«Proibo el que se me haga ningún género de Funeral, y desde el lugar en que falleciere, se me conducirá directamente al cementerio, sin ningún acompañamiento, pero sí desearía el q^{e} mi corazón fuese depositado en el de Buenos Ayres».

Esta llama marca, ardiendo día y noche en la Catedral, el cumplimiento de este deseo.

Aviones

1 Aeroparque Jorge Newbery. Vuelos de cabotaje.
2 Acceso al Aeropuerto Internacional Ezeiza.

Barcos

3 Dársena A. Salida marítima internacional de pasajeros.
4 Dársena E. Salida por aliscafo a la República Oriental del Uruguay.
5 Dársena Sur. Salida por motonave a la República Oriental del Uruguay.

Trenes

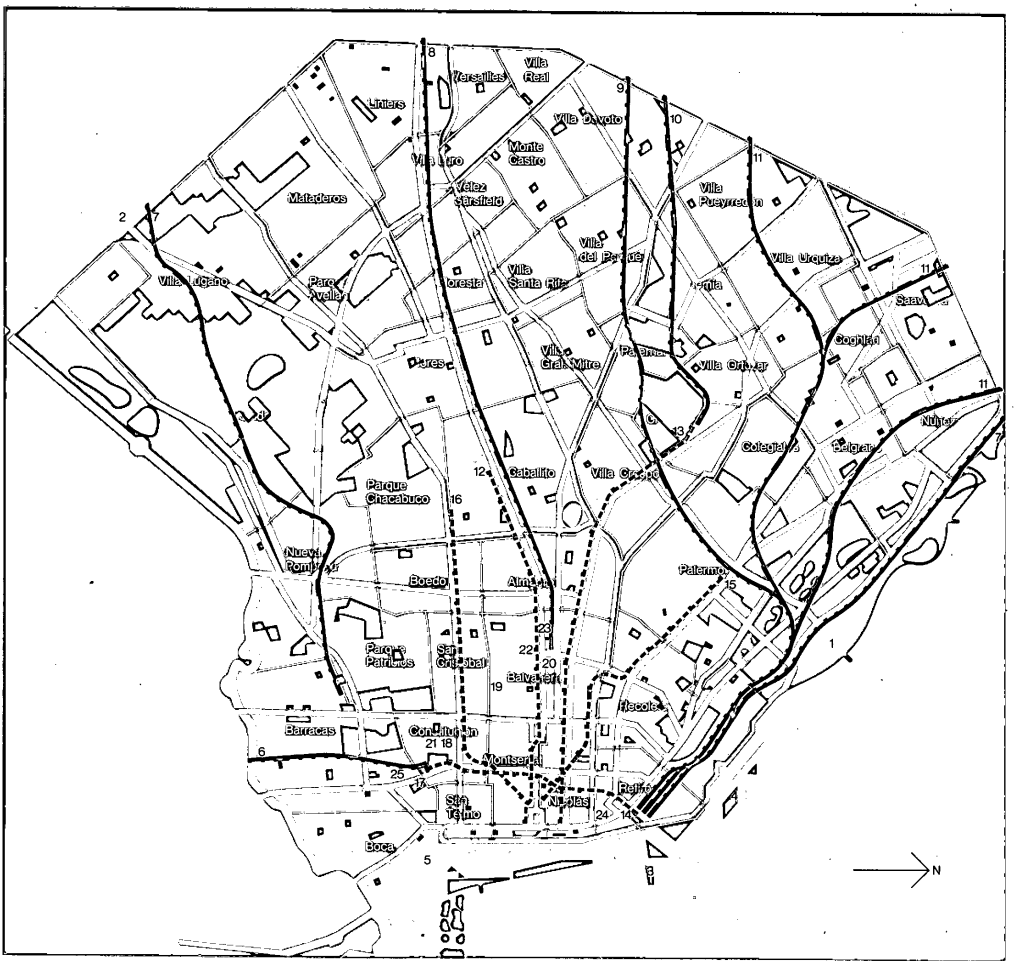
6 Ferrocarril General Roca (FGR). Hacia las Provincias de: Buenos Aires, La Pampa, Río Negro, Neuquén, Chubut y Santa Cruz.
7 Ferrocarril General Belgrano (FGB). Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, La Rioja, San Juan, Mendoza, Catamarca, Tucumán, Santiago del Estero, Salta, Jujuy, Chaco y Formosa.
8 Ferrocarril Domingo Faustino Sarmiento (FDFS). Hacia las Provincias de: Buenos Aires, La Pampa y Mendoza.
9 Ferrocarril General San Martín (FGSM). Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Córdoba, San Luis, Mendoza y San Juan.
10 Ferrocarril General Urquiza (FGU). Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes y Misiones.
11 Ferrocarril General Bartolomé Mitre (FGBM). Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero y Tucumán.

Subterráneos

12 Línea A, de Plaza de Mayo a Primera Junta.
13 Línea B, de Leandro N. Alem a Federico Lacroze.
14 Línea C, de Constitución a Retiro.
15 Línea D, de Catedral a Palermo.
16 Línea E, de Bolívar a José María Moreno.

Omnibus al interior y exterior

17 Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y La Rioja.
18 Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, La Rioja, San Luis, Santiago del Estero, Catamarca y Tucumán.
19 Hacia la Provincia de San Juan.
20 Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Santa Fe, La Pampa, Córdoba, Mendoza, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Chaco, Formosa, Río Negro, Neuquén y las Repúblicas de Paraguay y Chile.
21 Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Río Negro, Neuquén y Chubut.
22 Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Formosa y la República del Paraguay.
23 Hacia las Provincias de Buenos Aires y Santa Fe.
24 Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Corrientes, Misiones y la República de Brasil.
25 Hacia las Provincias de: Buenos Aires, Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz, Santa Fe, San Luis, Córdoba y Mendoza.


Villa Real
Versailles
Liniers
Villa Devoto
Monte Castro
Villa Luro
Vélez Sarsfield
Mataderos
Villa Pueyrredón
Villa del Parque
Villa Urquiza
Villa Lugano
Parque Avellaneda
Floresta
Villa Santa Rita
Villa Gral. Mitre
Villa Ortúzar
Coghlan
Nuñez
Colegiales
Belgrano
Parque Chacabuco
Caballito
Villa Crespo
Nueva Pompeya
Boedo
Almagro
Palermo
Parque Patricios
San Cristóbal
Balvanera
Recoleta
Barracas
Constitución
Montserrat
Retiro
Sta. Teresa
Nuñez
Boca
N

Edificios públicos

1 Casa de gobierno.
2 Congreso Nacional.
3 Banco de la Nación Argentina.
4 Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
5 Correo central.

Cultura

6 Teatro Colón.
7 Biblioteca Nacional.
8 Museo de la Ciudad.
Museo San Roque.
9 Museo Argentino de ciencias naturales.
10 Museo de arte español Enrique Larreta.
11 Teatro Municipal General San Martín.
Museo de arte moderno.
Museo Municipal del cine.
Museo de artes plásticas Eduardo Sívori.
12 Museo Fernández Blanco.
13 Museo histórico Nacional.
14 Museo Municipal Cornelio Saavedra.
15 Museo Municipal de motivos populares José Hernández.
16 Museo Nacional de arte decorativo.
17 Museo Nacional de bellas artes.

Lugares históricos

3 Catedral.
8 Iglesia de San Francisco.
Edificio Altos de Elorreaga.
18 Cabildo.
Manzana de las luces.
Iglesia de San Ignacio.
19 Iglesia de Santo Domingo.
20 Iglesia de la Merced.
Museo Mitre.
21 Iglesia del Pilar.

De interés general

22 Jardín zoológico.
23 Jardín botánico.
24 Planetario Galileo Galilei.

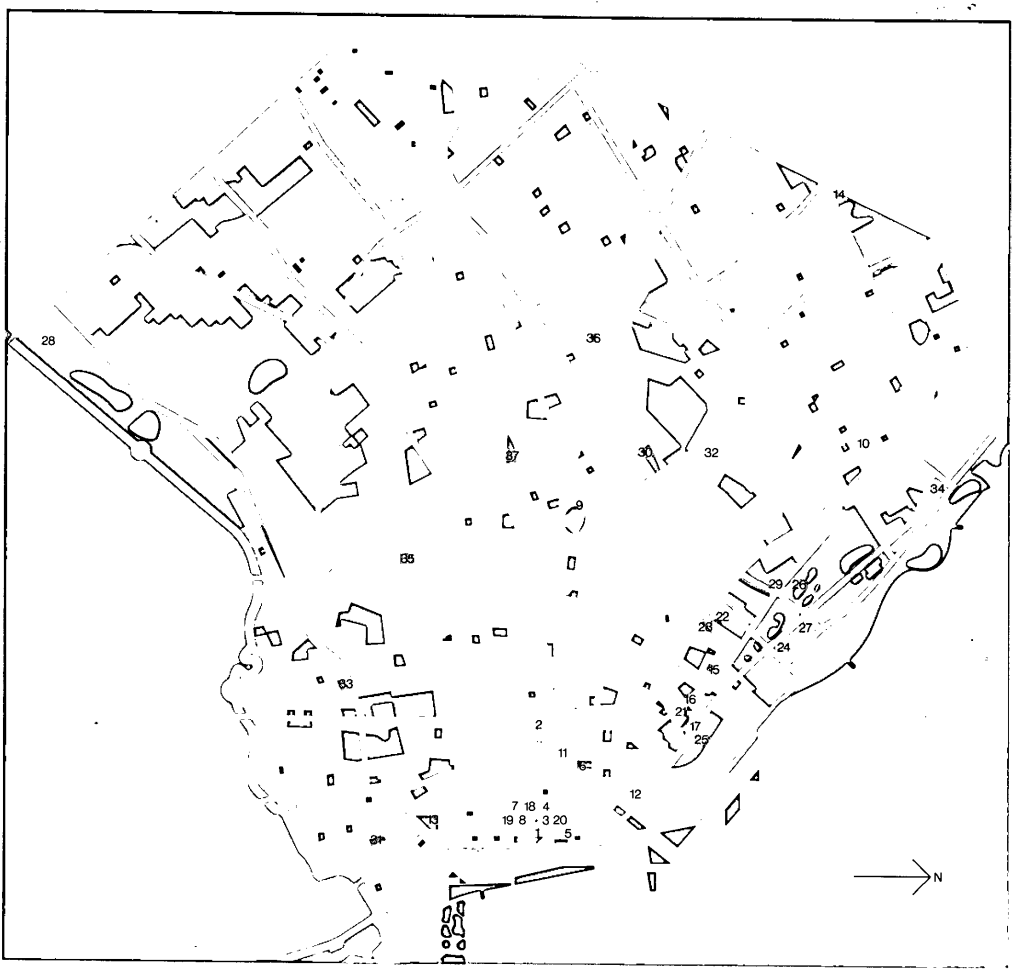
Esparcimiento y deporte

5 Estadio Luna Park.
25 Ital Park.
26 Hipódromo.
27 Velódromo.
28 Autódromo.
29 Cancha de polo.

Estadios y clubes de fútbol

30 Atlanta.
31 Boca Juniors.
32 Chacarita Juniors.
33 Huracán.
34 River Plate.
35 San Lorenzo de Almagro.
36 Vélez Sársfield.
37 Ferrocarril Oeste.

Excmo. Concejo Deliberante
BIBLIOTECA
"Esteban Echeverría"



2.972.473 habitantes

95 líneas de transporte automotor

200 km² de superficie

Desembocan en Buenos Aires 17 rutas nacionales

Puerto de Buenos Aires, 250 grúas, 50 depósitos, 40.000 metros de muelle

199 avenidas

100.000 vuelos anuales

1.881 calles y pasajes

6 estaciones terminales de ferrocarril de pasajeros

25 parques

5 líneas subterráneas

375 plazas, plazoletas y jardines

Jardín zoológico

20 bancos argentinos, 19 extranjeros

800 librerías

Jardín botánico

1.000.000 de teléfonos

2.000 exposiciones anuales

43 hospitales, 63 sanatorios e institutos médicos

16 agencias noticiosas

148 bibliotecas públicas

160 parroquias y 30 iglesias católicas

6 diarios en castellano, 23 publicaciones en idiomas extranjeros

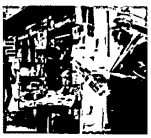
485 escuelas oficiales

17 templos de otros cultos

52 revistas semanales y mensuales

8 universidades oficiales y privadas

72 embajadas y 74 oficinas consulares



8.000 puestos callejeros de periódicos

70 museos de diversas especialidades

5.500 conferencias anuales

130 galerías de arte

Cancha de polo del Club Hípico Argentino

13 estaciones de radio

Luna Park, estadio cubierto para 25.000 espectadores

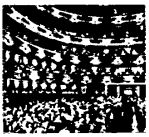
290 clubes deportivos y sociales

4 canales de televisión

17 estadios de fútbol

250 cines con 160.000 funciones anuales

Autódromo Municipal



45 teatros con 8.400 funciones anuales

Velódromo Municipal

45 café concerts

Hipódromo Nacional

Los rostros de Buenos Aires

2

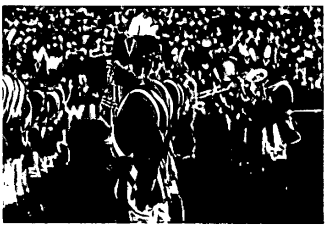
En la impar vastedad de aquella llanura próxima al ancho río, ceñida al río hasta donde alcanzaba su vista deslumbrada por el lenguaje austero de extensiones sólo comparables a las del mar que acababa de trasponer, el adelantado Don Pedro de Mendoza erigió un ancladero de naves. Lo llamó Puerto Nuestra Señora Santa María del Buen Aire, un 3 de febrero, en el corazón del verano de 1536. El abandono de la pequeña circunscripción humana ocurrió en 1541. El recuerdo de un lugar asolado por la indiada no le hizo perder su magia. Don Juan de Garay, allí mismo, un 11 de junio friolento de 1580, hundió las raíces de la segunda fundación de la Ciudad y Puerto de Santa María de Buenos Aires. Hasta el potente dédalo de este 1978, fue caserío, aldea grande, enhiesta cabecera del Virreinato del Río de la Plata, grito de libertad de mayo de 1810 para nuestra América, primera ciudad de la Provincia más grande de las Provincias Unidas y, por fin, en eclosión vehemente, definitiva, capital de la República Argentina, en 1880.

El caballo galopador, los quejumbrosos ejes de las carretas, la creciente velocidad de ferrocarriles, naves, automóviles y aviones, anudaron lejanías que habían buscado reposo desde siempre en la pausa luminosa de su recinto, viniendo de los rumbos nacionales o internacionales que marca la rosa de los vientos. Los mismos que simbolizan el pensamiento de la nacionalidad argentina, que Buenos Aires resume y exalta: una sonrisa esperanzada para los que llegan de allende sus calles o de allende no importa qué frontera, con tal de que sean hombres de buena voluntad. La ciudad está ajena a cualquier tipo de localismo. Solamente por decisión propia alguien puede sentirse extranjero en ella. Hasta los frustrados conquistadores de 1806 y 1807 lo sintieron vivamente, dejándolo testimoniado en páginas como las del fallido expedicionario de Su Majestad Británica, Alejandro Guillespie. Prisionero liberado, al partir dice: «Os dedico un tributo, a vosotros, los mejores de los criollos. Todos nosotros os conocimos humildes, humanos, hospitalarios. Vuestras bondades desinteresadas brillaron en los días oscuros de nuestro infortunio. Podemos exaltar vuestra raza entre las más benignas bajo el cielo. Tenemos confianza en que estaréis, antes de mucho, entre las más ilustradas de las naciones».

Guillespie vio en 1806 un rostro breve y adolescente de Buenos Aires. Doce calles paralelas al Plata, en dirección noroeste; dos medias calles en el noroeste y cuatro en el sudoeste. Las primeras interceptadas ocho veces en ángulos rectos. Los rostros de Buenos Aires, desde ese antaño de ciento setenta y dos años, se han multiplicado con ese ritmo asombroso que ha hecho de nuestra ciudad una de las más complejas, importantes y civilizadas del globo.

La aldea grande fue transformada por su vigoroso crecimiento y por el aluvión inmigratorio. Buenos Aires no se exasperó en la confusión de Babel. Asimiló, en su crisol milagrero, lenguajes, razas, credos y culturas, llevándolos, con fraternal impulso, a expresarse por medio de sus arquitecturas, sus creatividades, tradiciones o anhelos. La correntada intensa de su propia sangre se mezcló con las otras, sin perder carácter ni presencia vital. Receptiva

3



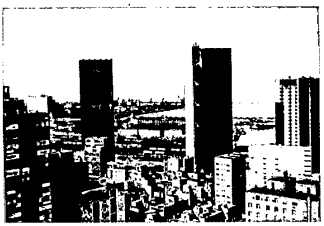
como pocas, la ciudad franqueó sus puertas al trabajo y espiritualidad de las provincias hermanas, de los países unidos a sus ideales de paz, liberación y posibilidad de convivencia feliz del ser humano. Prestó fe y amparo a todo aquello que en el arte, la ciencia y el pensamiento, no vulnera su concepción de aproximación afectiva, tolerante y cristiana.

Los rostros de Buenos Aires que aquí revelan hombres de sus letras y su plástica, manifiestan por eso de inmediato, ajenos a la pompa y la ostentación, su inclinación amistosa. Las oleadas de sus millones de habitantes siempre encuentran la posibilidad del diálogo, abolido en otras encrucijadas multitudinarias del hombre. Un café entrega sus mesas en cualquier rincón del centro y las barriadas para la más modesta consumición, sin límites de tiempo. La demarcación sencilla de sus calles y avenidas origina rápidamente el dominio de los diferentes lugares en cualquier viajero atento. Así puede alcanzar las multiplicadas diversiones de su extensa noche, el mensaje para todos intelegible de sus exposiciones de pintura y sus salas de conciertos, los alimentos terrestres prodigados en la forma de sus famosas carnes al costado del río y en multitud de restaurantes dispersos por todo el ámbito ciudadano, la inigualada y paralela realización de actos deportivos, el torbellino brillante de sus escaparates, esos quioscos únicos, que velan con libros y revistas la noche entera: una geografía simpática, sorprendente y abigarrada, que nutren las más diversas fuentes.

Un eco de Italia en la Boca, Madrid deambulando por la Avenida de Mayo, París en Palermo Chico o las mansiones de la Avenida Alvear, la latencia espléndida de la forma y el color, la tradición y la naturaleza en la red de sus museos, los recuerdos de la lucha por la Independencia continental en sus regimientos de granaderos o patricios, la nostalgia de la ciudad que fue en ciertos rincones de Montserrat y San Telmo, la efervescencia popular en Liniers o Barracas, el apaciguamiento arbolado de Belgrano, Villa del Parque, Devoto o La Paternal, las casas bajas cuyos patios encuentran enseguida el cielo, con frentes tranquilos, en calles que insertan modalidades de provincia, con el lento curso de su tránsito al que no temen los chicos que ensayan sus primeras entradas a la pasión del fútbol, los templos que rememoran la colonia en el Pilar y lo más moderno en las iglesias de anteayer, la magnífica serie de estatuas y monumentos y la verde mano abierta de árboles tan inesperados como los gomeros de inmensa copa de la Recoleta, están presentes en los cambiantes rostros de Buenos Aires. Sin embargo todos ellos conforman una identidad inconfundible y, cosa curiosa hablando de territorios ciudadanos, un folklore propio nacido y evolucionado en su recinto de ladrillos y mármol: el tango. Su ritual sigue ocurriendo en muchos lugares de Buenos Aires, aunque su gente, abierta, porosa para todas las invenciones que puedan alertar su sensibilidad universal, no desconozca o se manifieste en los más entrecruzados ritmos melódicos, populares y clásicos, venidos de su litoral, de sus llanuras y montañas o de los temas que nacieron en otros continentes.

El modo de Buenos Aires es austral: azul y verde circunspectos,

4



que tornan más luminosa la presencia de la alfombra violeta del jacarandá, que llueve color sobre los veredones de la Plaza Francia, la llamarada de sus rosedales o el fuego de mil matices de sus ventas callejeras de flores. Buenos Aires es una ciudad donde los matices se vuelven suaves y corteses. Bien pudo decir de ella el poeta Ricardo Molinari que está en su corazón como una flor entre las hojas de un libro. Pese a la baraúnda del tráfico diurno, del afán bancario y comercial, del movedizo oleaje de las calles peatonales, es bastante fácil hojear la ciudad y encontrar en ella la flor que el poeta alberga en su corazón. Puede ser la bóveda de adentrado verde que levantan los árboles de la calle Olleros, el sobresalto de belleza que nos detiene en la contemplación de la estatua del general Alvear por Bourdelle o de las mujeres que circulan, convencidas de la armonía de su presencia y de su paso, por Santa Fe, vía de la elegancia proclamada por la fama, pero suceso dulce y memorable al que no es ajeno ningún rincón de Buenos Aires. Ellas, tanto como las bandadas de los niños en edad escolar con guardapolvos blancos, que establecen su vuelo estrepitoso al término de las clases cotidianas, son partes de una humanidad en cuyos rasgos se advierten los que caracterizan las más distintas regiones del universo mundo.

Este libro es la breve obertura de una sinfonía, de una ópera, de un grandioso estallido coral que nunca cesa y de una auténtica marea de rostros. Registra como leitmotiv a Buenos Aires. Insinúa sus temas principales. Quiere ofrecer a los que ya la aman –y todos aquellos que se preocupen un poco de conocerla llegarán sin duda a amarla, porque nada encuentra tanta respuesta en Buenos Aires como lo afectivo–, quiere ofrecer, repetimos, el abrazo de su río, amplio como la amistad que prodigan todas las provincias que continúan su circunstancia, rica en variaciones y contrastes. Provincias que van desde la cálida gracia del Norte, a la severidad casi metafísica y despojada de la Antártida, a través de algunas montañas que están entre las más altas del mundo, de una larga pampa de mar estremecido y de una pampa terrena, fértil y como infinita, quieta como si más que un paisaje fuera una meditación que nunca cesa. En su seno, despacito, van dispersándose los caseríos de Buenos Aires, ciudad que mira desde el profundo Sur a toda esa República a la que pertenece y a ese mundo que en ella puede sentirse cualquier cosa, menos ajeno o desconocido.

Ulyses Petit de Murat

5

6 y 8

Florida. En la latitud más austral del mundo: Rue de la Paix, Bond Street, Rua de Ouvidor. Una incesante marea humana que se derrama entre sus paredes iluminadas por los escaparates que ofrecen los refinados hallazgos de la moda. A veces, territorio libre de los jóvenes empeñados en partidas de ajedrez, desfiles musicales, recitales poéticos o concursos pictóricos. Otras, atmósfera para insólitas innovaciones. En una de sus galerías de arte, Martín Malharro revela el impresionismo, Rogelio Irurtia trae un eco de Rodin, para desembocar al cabo de seis décadas, ismo tras ismo, en las escuelas de avanzada y el teatro de vanguardia. ¿Quién no paseó Florida? Ortega y Gasset, Keyserling, Anatole France, Clemenceau, Jean Jaurés, Enrico Ferri, Rabindranath Tagore, Stephan Zweig, Graham Greene, Arnold Toynbee, Pablo Neruda, García Lorca, Pirandello, Benavente, Richard Strauss, Strawinsky, Ionesco y todos los monstruos sagrados de la escena que vinieron al Plata, desde Eleonora Duse a Maia Plisetskáia. Florida prosigue siendo la alegre y bulliciosa caja de resonancia de la gran ciudad.

7

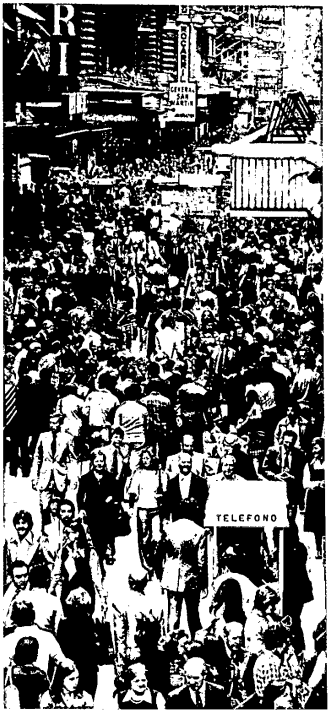
«. . . flores de manzanilla, mariposas / con ebriedad de viento, / y una muchacha que inaugura el día / tal si la luz naciera de su pelo»: Antonio Requeni.

Graciela Borges, estrella de cine, en la calle Florida, tal la muchacha del poema.

6

7

8



9

Plaza de Mayo. La ciudad despierta en el recinto histórico de su libertad. La austera Pirámide conmemorativa del 25 de Mayo de 1810. En su base lleva inscriptos los nombres de Felipe Pereyra Lucena y Manuel Artigas, que fueron los dos primeros jefes caídos en la lucha por la Independencia.
El Cabildo, testimonio del fin de la Colonia. La Catedral, donde arde la llama votiva señalando la presencia augusta del Libertador.

10

Torre de los Ingleses, homenaje de Gran Bretaña en el centenario de nuestra libertad, con un carillón idéntico al del Big-Ben. Enfrente, Retiro, estación de ferrocarril que extiende sus brazos de hierro hasta la hermana República de Bolivia.

11

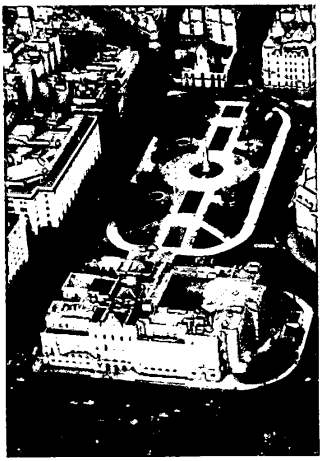
«Todaniebla es el nombre que a la niebla convino: / los que la bautizaron nacieron en domingo. / Su edad, la que se mide con vara de jacinto»: Leopoldo Marechal.

Extraño contraste: exóticas palmeras y una bruma que tampoco es frecuente en Buenos Aires.

12

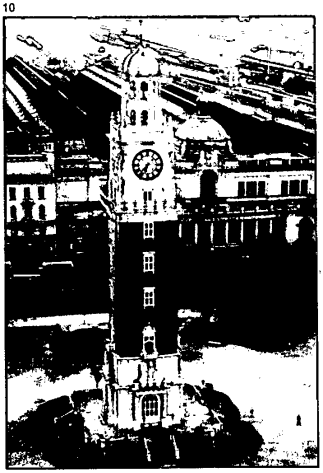
Atardece sobre Retiro, convocando los recuerdos. En sus proximidades paseaban las beldades de antaño. En la parte alta estuvo la Plaza de Toros, después recinto del primer cuerpo de Granaderos de donde partieron para libertar a la Argentina, Chile y Perú. Según tradiciones orales, allí, en el reducto de la vieja Batería, se habría iniciado el tango.

9



11

10



12

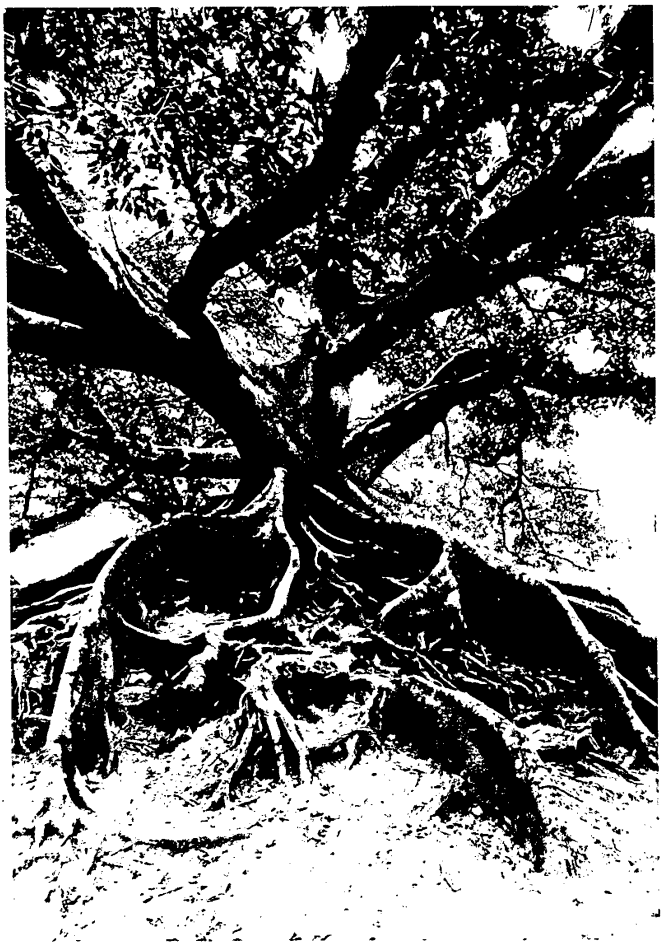
13

Son características las largas calles arboladas de barrios como Palermo, Flores, Villa del Parque, Once, Belgrano, Parque Patricios, Villa Crespo o Villa Devoto; las plazas que albergan ejemplares traídos de todas partes del mundo y aclimatados a la pampa húmeda donde se asienta la ciudad. En algunos rincones –las plazas de la Recoleta, Lavalle y el Parque Lezica– se alzan árboles añosos, de inmensas copas, verdaderas esculturas naturales que parecen revivir el culto ciudadano al árbol, como este sicus macrophylia que los porteños llaman gomero.

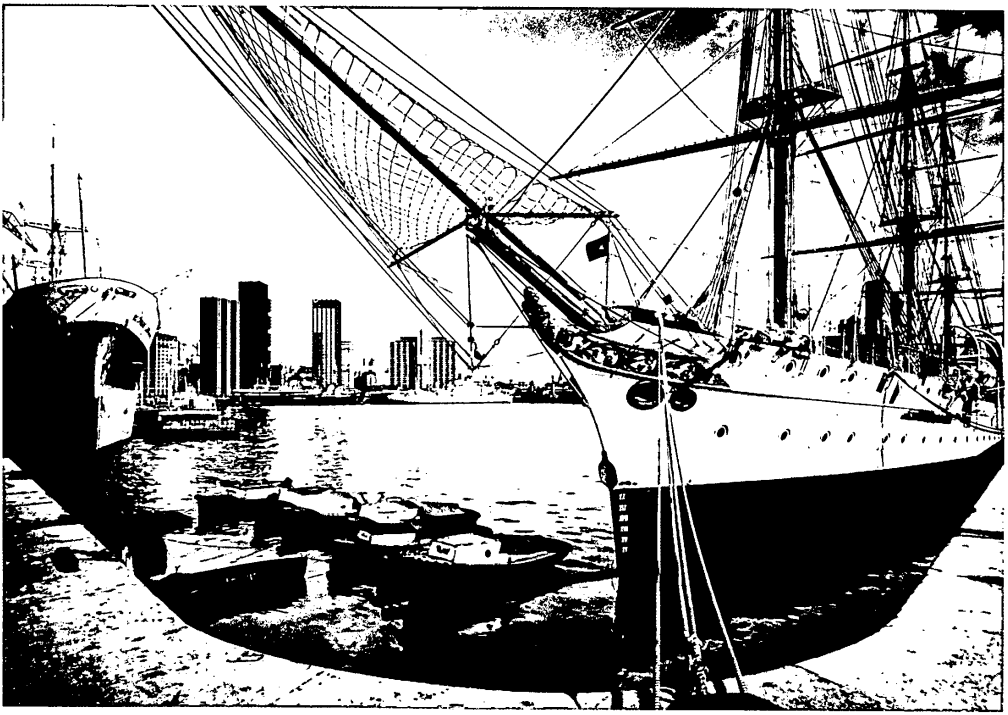
14

La Fragata Sarmiento reposa de sus viajes: antiguo buque-escuela de la Armada Argentina, poseedora del mascarón de proa más grande del mundo, que representa a la joven República, como llamara Leopoldo Lugones a la Argentina. Fue proyección amistosa de la ciudad y del país hacia todos los mares del mundo; ahora admite la curiosidad de los porteños y mantiene como museo el entrañable afecto que le profesa la ciudadanía.

13



14



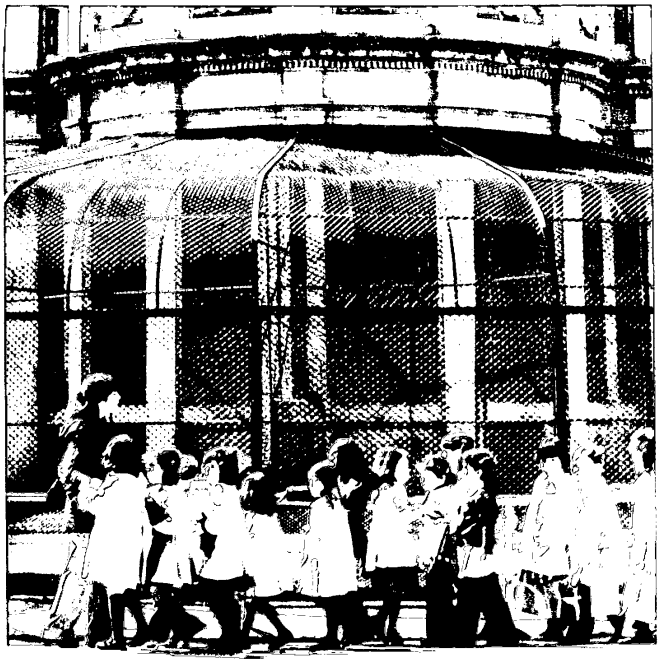
15

Bandada de guardapolvos. La maestra conduce a los escolares en excursión en que se alternan la enseñanza con el recreo, que significa otro ángulo de la educación para vivir en la ciudad y reconocer lugares de su laberinto de calles y jardines. Alumnos de las escuelas públicas donde se imparte la enseñanza obligatoria propugnada por Sarmiento, maestro de América.

16

Lola Mora (1866-1936), la escultora argentina autora de los bajorrelieves conmemorativos de la Casa de Tucumán, donde se proclamó en 1816 la Independencia Nacional, realizó esta fuente de nereidas, tritones y caballos, que erige su plástica geometría de mármol en el Paseo de la Costanera.

15



16

17

En un templo protestante los fieles entonan himnos evangélicos. Los ritos más diversos de este culto –Mormones, Adventistas del Séptimo Día o Anglicanos– tienen sus sitios de oración en el Centro y los distintos barrios.

18

Interior de la Sinagoga de la calle Libertad, durante una ceremonia nupcial. Este templo posee un imponente órgano. Anexo está el Museo Judío, que atesora reliquias pertenecientes a ese rito, auspiciado por la Congregación Israelita de la República Argentina. La comunidad de origen hebreo se asienta en diversos sectores de la ciudad y en numerosas colonias del interior, las más importantes de las cuales fueron fundadas por el barón Hirsch con refugiados de Rusia y Europa Central.

19

Buenos Aires tiene su primera línea de transporte subterráneo desde fines de la primera década del siglo. La que va desde la estación Catedral hasta la del Pacífico ostenta murales de legítima cerámica de Talavera. Estos murales fueron realizados en España sobre bocetos de los artistas argentinos Angel Guido y Rodolfo Franco.

17

18

19

20

Dieron testimonio de la belleza y elegancia de la mujer porteña desde los viajeros ingleses de la época colonial, hasta los que visitaron la Gran Aldea como Edmundo D'Amicis. Paul Morand ya en el siglo XX, ya en la ciudad grande, experimentó el mismo deslumbramiento. La mujer porteña realza su famoso encanto con una atención abierta a todas las curiosidades de la moda. Pero dentro de las corrientes internacionales, mantiene una línea sencilla y una preferencia por los colores discretos, crepusculares. Los desfiles se multiplican en suntuosos hoteles y salones de modistos que compiten en refinamiento con los mejores del mundo.

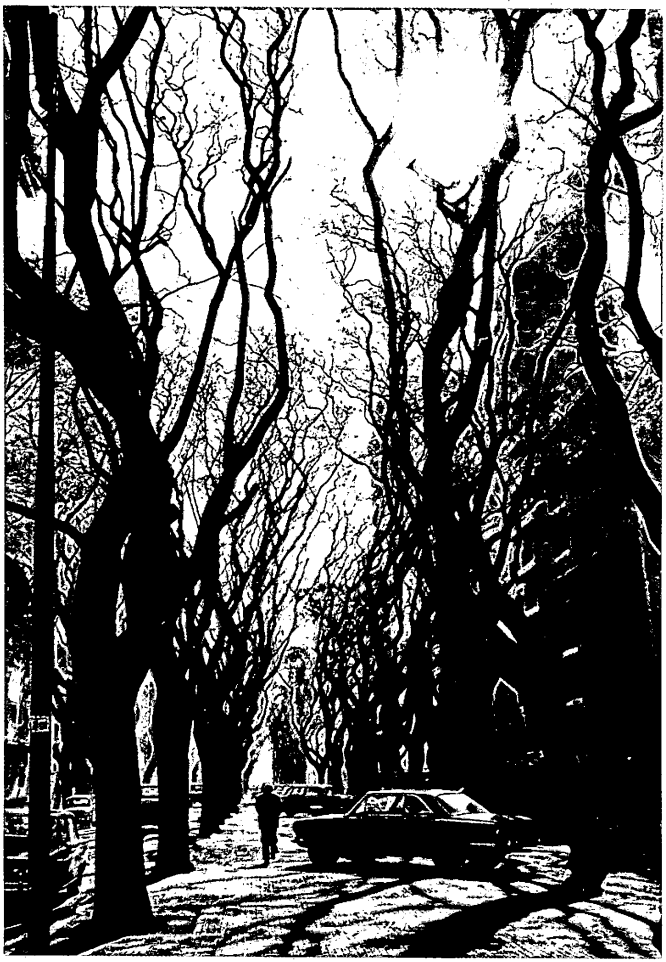
21

«Por la serena calle, cantadas al piano, / tupen su madreselva las quintas de Belgrano»: Leopoldo Lugones.

La calle Olleros, nacida en la quinta que fuera de José Hernández, el autor de «Martín Fierro», parece, con sus árboles que sostienen este cielo otoñal, un poco detenida en el ámbito de los recuerdos.

20

21



31

22
Sarmiento, cuya genialidad sobrecoge a Unamuno, el sanjuanino que traía desde la montaña el puño lleno de verdades para sostener que las ideas no se matan, fue escritor, militar, estadista y maestro de maestros. Con la reciedumbre de su figura, Rodin completa la trilogía de gigantes que integran Hugo y Balzac. «El poder de elevar lo pasado a la categoría de lo imperecedero lo reveló Rodin cada vez que temas o figuras históricas clamaban por revivir en su arte»: Rainer María Rilke.

23
Singularidad de Buenos Aires: única ciudad del mundo donde el perdurable diálogo ofrecido por los libros no cesa. Las librerías de Corrientes, Avenida de Mayo y otras calles céntricas abiertas hasta las primeras horas de la madrugada y los extensos y abigarrados puestos que se encuentran dispersos en toda la ciudad y que no cierran nunca, gratifican la curiosidad y el desvelo de los lectores.

22

23

24

Compraventa y canje de libros alimentan la inquieta apetencia intelectual del porteño, uno de los seres humanos más ávido de conocimientos e información. Ocurre en el Parque Lezica, al oeste de la ciudad y, cuando llega la época escolar, en muchos otros lugares. Allí, sobre todo, se congregan los jóvenes.

25, 26 y 27

La Feria de San Pedro Telmo despliega su ritmo de objetos y colores. Insólitas apariencias. Cacharros, viejas curiosidades, cortinas de una época que fue. Atrae una correntada de gente que se renueva los domingos y que así hace un viaje en la máquina del tiempo por la simple presencia de cosas que corresponden a estilos de antaño.

24

25

26

27

28
Cita con las estrellas. Los colegiales acuden al Planetario. En su cúpula ven desde la magia de los Reyes Magos tras la estrella de Belén hasta el mecanismo celeste de las galaxias que ahora tanto nos apasiona.

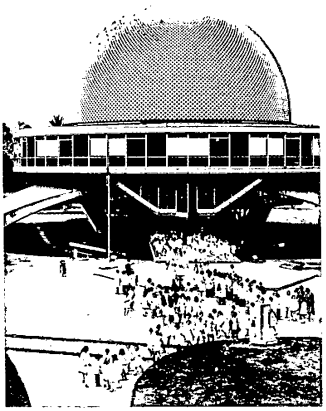
29
Entre las torres de Belgrano, la soledad del fotógrafo ahonda la quietud de una pausa de fresco verdor.

30
El juego de los espacios abiertos se realiza con la infancia que nunca falta en las plazas soleadas y las palomas que son sus amigas. En su ámbito el tiempo de la ciudad se vuelve tierno, apacible.

31
La filatelia: intercambio de viajes imposibles, de figuras legendarias, de hazañas insólitas.

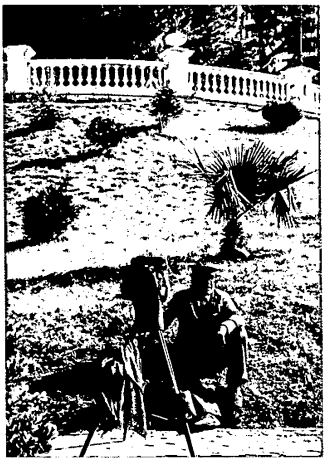
32
La imponente estatua ecuestre del general Carlos María de Alvear, esculpida por Bourdelle, en el barrio de la Recoleta. Una masa austera, de fuerza serena, evoca al vencedor de Ituzaingó.

28



30

29



31

32

37

33

«. . . vi plegarse el puente / como un gran bandoneón y a sus compases / danzar tu tango entre haraposas luces / a las barcazas rotas del Riachuelo . . .»: Alfonsina Storni.

El viejo puente de la Boca al Dock Sud. Las aguas del Riachuelo que va a morir al vasto estuario del Río de la Plata y que recibe naves de pequeño calado, como las que trajeron a Pedro de Mendoza para fundar Buenos Aires en 1536.

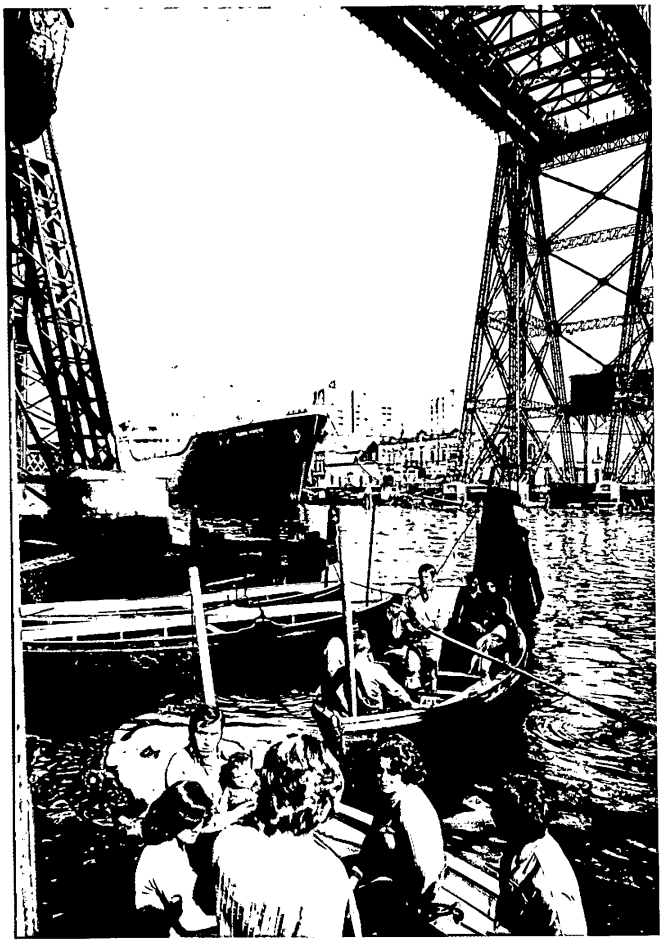
34

La magistral mirada de Victorica registra un típico balcón boquense.

35

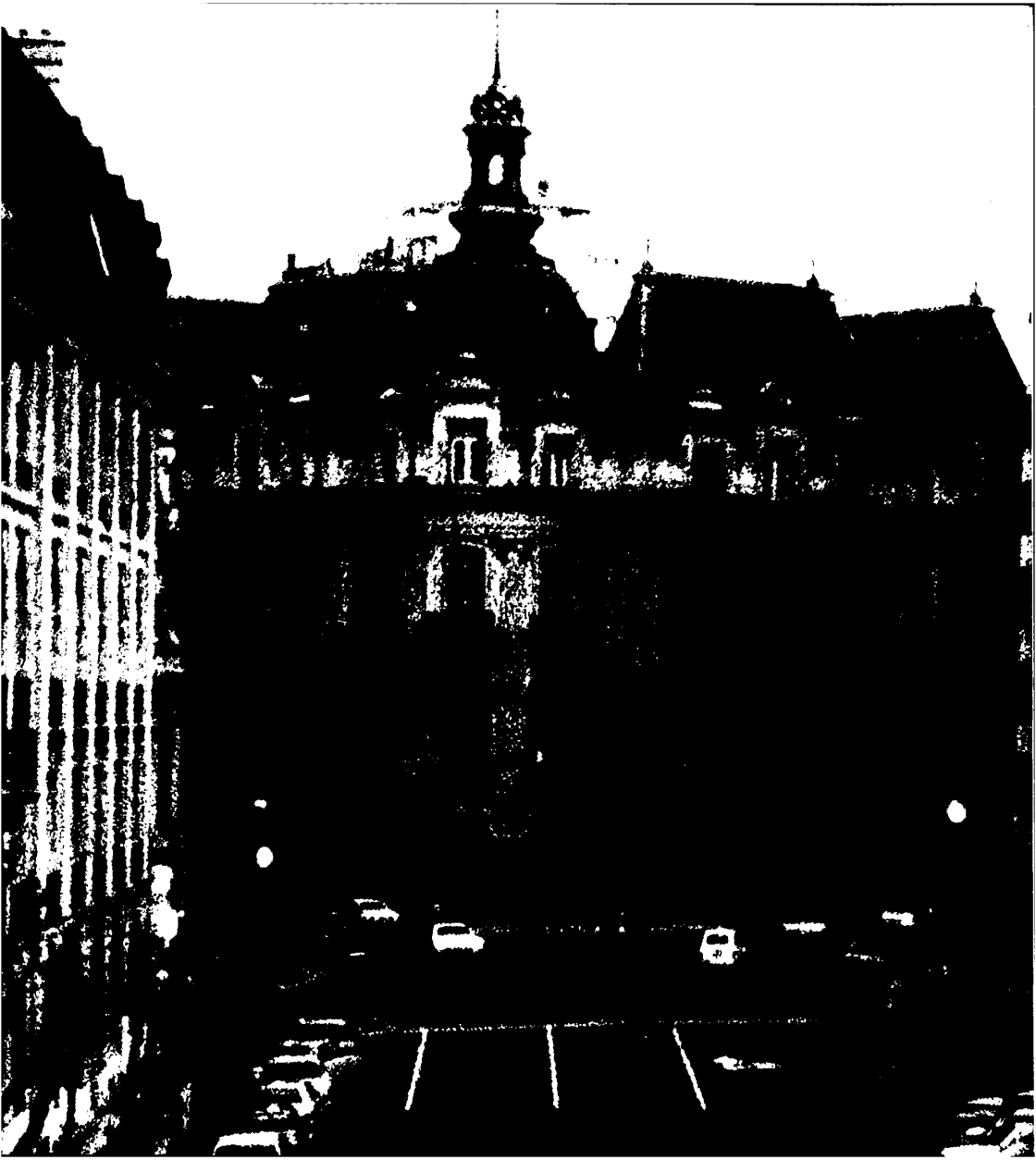
Los niños participan del impulso de la escuela pictórica de la Boca, iniciándose en los juegos del color y de la forma, en los periódicos concursos de manchas. Así pervive en la pintoresca barriada de la Ribera el espíritu tipicista de Quinquela Martín.

33



34

35



Una numerosa familia

36

La hispano-rioplatense Buenos Aires del siglo XVIII se casó con Europa en el siglo XIX, de esta unión nacieron «neoclásico», «neogótico», «italiano», «francés», «disparate», «art nouveau», «art deco» y algunos más hasta el momento. Es una larga familia arquitectónica que aún vive junta en desconcertante intimidad.

Los edificios de Buenos Aires, para aquellos que llegan a ella por primera vez, son inesperados: hay calles y rincones que recuerdan a París, Barcelona o Inglaterra. Mas no debemos quedarnos con esta primera impresión, pues a poco de mirarlos aparecen rasgos no tan afines. Es aquí donde se descubre un «no sé qué» de personal; es precisamente ese «no sé qué» el que atrae, ese sello de cultura europea con impresión y tinta local.

Las iglesias del siglo XVIII como el Pilar o Santo Domingo, de paredes fuertes, simples y directas, de ladrillos revocados y pintados de blanco sobre los que se destacaban altares de madera tallada y dorada o púlpitos de elegantes líneas barrocas como el de la Iglesia de la Merced, tuvieron como inspiración modelos italianos, concretados aquí con materiales del lugar.

Estos mismos materiales, el ladrillo y el revoque, se mantuvieron vigentes hasta hace no mucho tiempo. De revoque son las caras que coronan las ventanas afrancesadas, lo mismo que las figuras masculinas y femeninas que sostienen los balcones. Personajes de inspiración clásica y adaptación a gusto del autor que actualizó la tradición, como es el caso de las exuberantes cariátides del Colegio Carlos Pellegrini.

Este núcleo familiar se multiplicó enormemente de 1880 en adelante; merced a ello, hoy asistimos asombrados a la convivencia y vecindad de pomposos frentes que recuerdan al París de Napoleón III con despojadas fachadas de balcones de hierro y bronce cromado que en la década del 30 acompañaban ventanas recordando ojos de buey; esas casas que alguien denominó «arquitectura barco» y que se mantienen aún con serena dignidad, como puede verse en la Plazoleta Carlos Pellegrini esquina Avenida Alvear.

Si nombramos a Napoleón III y a París, deberemos, sin discusión, recorrer la tradicional Avenida de Mayo, francesa por concepción, española de adopción y porteña por convicción.

Cúpulas y sinuosidades «art nouveau» coqueteando con querubines y cafés, materializan el despertar de la «gran aldea» en adolescente ciudad, inquieta y tentadora joven que paseaba por los bosques de Palermo deteniéndose a tomar un refresco en el Pabellón de los Lagos.

Buenos Aires y sus grandes mansiones como el Palacio Paz, las de las familias Anchorena, Bosch, Ortiz Basualdo, hoy instituciones o embajadas, y tantas más que alrededor de 1910 daban la porteña versión de los clásicos palacios franceses. Versión respetuosa en esencia, pero con toda la libertad y las licencias que la joven y pujante nación imprimía en sus ecléctico arquitectos, nacidos en el país o radicados y encariñados con él.

Todos los hijos de Buenos Aires y Europa sellaron con su personalidad a la ciudad: «neoclásico» tuvo pocos descendientes, aún viven el frente de la Catedral y el Templo Inglés; «italiano», quizás el más prolífico, sembró el centro y los barrios con su

37

prole, esas sencillas, gráciles y proporcionadas casas que vieran la luz entre 1850 y 1880, cuyas fachadas alternaban arcos y pilastras en tanto la puerta cancel de hierro forjado, colaba la luz y el verdor del patio; «francés» compitió con él y acaso llegó a igualarlo si consideramos las sucesivas generaciones más allá del ochenta.

Por 1900 nacen «art nouveau» y «disparate»; el primero, sofisticado e innovador, envuelve de contemporaneidad a la ciudad. Hojas, flores y rostros de mujer aureolados por largos cabellos, se desplegaron sobre paredes, puertas y ventanas, tal el caso de Rivadavia 2031.

«Disparate», por su parte (imposible bautizarlo de otro modo), arremete con prejuicios y cánones establecidos. Este insólito hijo concretó cada tanto el deseo de la casa soñada, materializándolo en «casa árbol» en la calle Jean Jaurés o «casa roca» en el nacimiento de la avenida Cabildo.

La ciudad siguió creciendo y manteniéndose al día en lo que a cambios se refiere. La década del 20 vio aparecer los edificios «art deco» y aquellos que se retrotraían a un nostálgico pasado «americano-español». La casa del arquitecto Noel, hoy Museo Isaac Fernández Blanco, es su prueba más contundente. La familia creció y siguió conviviendo en un recinto cada vez mayor, con hijos de muchos pisos junto a otros de sólo planta baja.

Así llegan nuestros días en que la nueva generación se sacude el revoque para vestirse de vidrio, acrílico, hormigón o metal, que en algunos casos se transforma en escultura, como sucede con el Banco de Londres.

38

Grandes paños de vidrio que a la noche sonríen la intimidad o guiñan un ojo a los carteles luminosos que cabalgan los edificios en un desafío al Obelisco que imperterrito los ignora, amparado en la imponente responsabilidad de conmemorar la primera fundación de la ciudad.

El puerto y sus galpones; la fuente de Lola Mora; Palermo, los lagos y el Rosedal; la Avenida Forest y sus chalets ingleses, la arquitectura de ladrillo de la cual el edificio del arquitecto Pidgeon en Cabello y Malabia es un ejemplo o la Dirección de Paseos en el Jardín Botánico; Barrio Parque y sus calles intrincadas y soleadas, la zona de los bancos, vertiginosa durante la semana y perturbadoramente silenciosa los domingos. Las plazas tachonadas de esculturas y monumentos conmemorativos configuran con las calles, cines, cafés, teatros y primordialmente la gente, que en definitiva los generó y dio vida, ese misterio inquietante y tan nuestro que fue y es Buenos Aires.

José María Peña

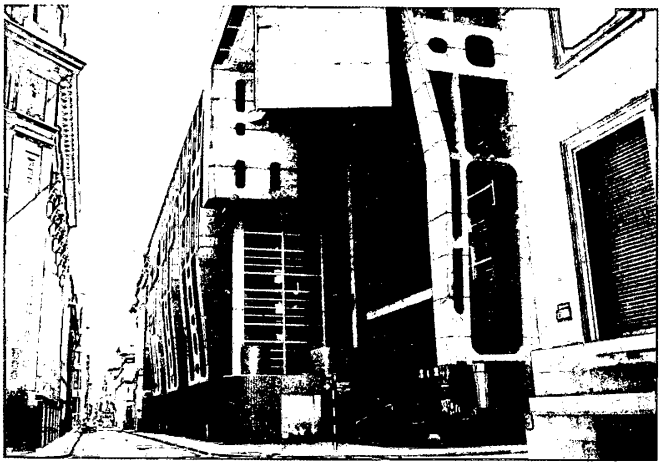
39
El centro bancario, de solemnidad paralela a los de Nueva York y Londres, destaca un edificio de Clorindo Testa, Sánchez Elia, Peralta Ramos y Agostini. El Banco de Londres, además de su carácter funcional y de avanzada, tiene una concepción visiblemente escultórica.

40
Nace la calle Arroyo. La curva que contradice el damero de la ciudad permite ver todas sus arquitecturas. La pequeña fuente de hierro, como es común en el incesante traslado de todas las fuentes, viajó desde el Parque Lezama hasta los aledaños de Plaza San Martín, después de llegar de Francia.

41
«De pronto la basílica, que está allí porque Cristo / miró a los mercaderes de frente, hace volar / sus campanas multánimes, y el aire se refresca / con agua de azahar»: Ezequiel Martínez Estrada.

La Iglesia del Pilar, antiguo templo de los monjes Recoletos, muestra el diseño característico de la arquitectura de Buenos Aires en el siglo XVIII. El chapitel está cubierto con aquellos azulejos que aparecieron en las cúpulas de Buenos Aires alrededor de 1860. Quedan aún en la Catedral, Montserrat y la Concepción.

39



40

41

42

. . . «de Francia, pais de medida y armonia, de elegancia sobria, ha traido las lineas puras que dan a la Avenida de Mayo su gracia severa de gran boulevard parisiense»: Enrique Gómez Carrillo.

«La Avenida de Mayo, con su afanoso trajin masculino, sus innumerables peñas habladoras y sus teatros de zarzuela, es más bien una calle española»: Enrique Loncán.

El hotel, realizado por el arquitecto Dunant, en Avenida de Mayo y Santiago del Estero, es uno de los ejemplos más importantes de la invasión novecentista del art-nouveau.

43, 46, 48, y 49
Detalles ornamentales de principio de siglo.

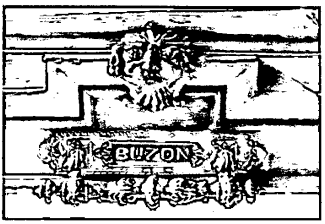
44 y 50
Rejas de 1860. Un arabesco de rúbrica en hierro. Otra en zaguán florido. La ciudad ostenta innumerables jardines minúsculos en patios y balcones.

45
Contraluz de una de las fuentes del Jardin Botánico.

47
Detalle que le daba nombre a la desaparecida Casa del Angel, en Belgrano, clave de la arquitectura de 1880.

42

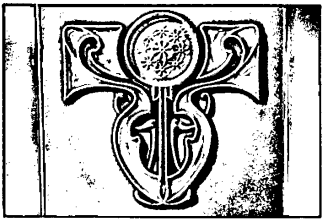
43



44

45

46

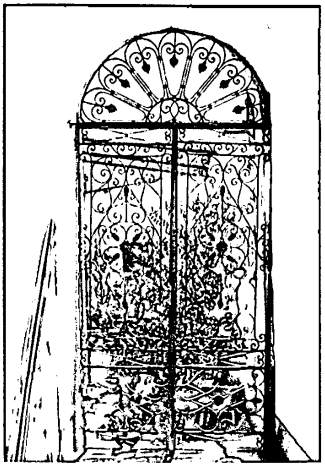


47

48

49

50

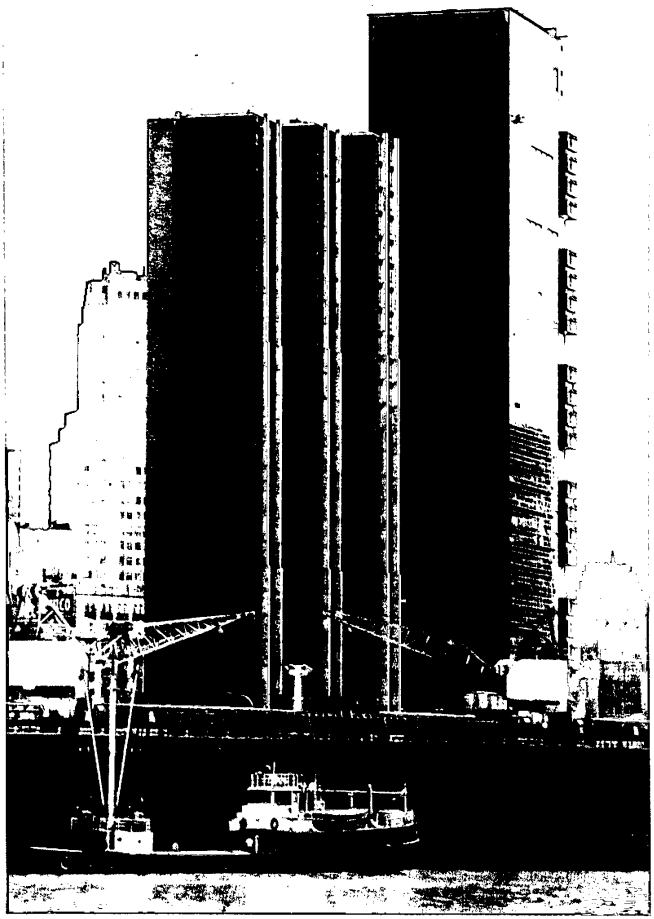


51
«Ciudad plural. Ciudad que no es jamás la misma / y cuya variedad, a quien la sabe, abisma»: Manuel Mujica Láinez.

Desde el río la nueva arquitectura en las torres vidriadas marca un aspecto de la ciudad en permanente transformación.

52
El contraste: en el pintoresco barrio de la Boca del Riachuelo una casa del ayer.

51



52

53
El exotismo arquitectónico existe en Buenos Aires: la Iglesia Ortodoxa Rusa, frente al Parque Lezama.

54
«... vigilada por rascacielos sobre un jardín florido...»: Romualdo Brugheti.

Confluyen en una doble visión las arboledas de Palermo y la ciudad compacta. El trajín cotidiano encuentra su pausa sedante.

55
El Lago, el Rosedal, en un parque que es un hermano más joven del Bois de Boulogne. El diseño primitivo fue del arquitecto Dormal, el mismo que terminó el edificio del Teatro Colón.

56
Edificio levantado para albergar cuatro inmensos tanques de agua, en 1887. Los azulejos que lo cubren fueron fabricados por Royal Dalton, en Gran Bretaña.

57
La plazoleta Carlos Pellegrini, al anochecer. Perduran los viejos faroles de hierro. Al viajero le evoca rincones parisienses.

53

55

54

56

57

El habitante

58

En 1889 arribaron a estas playas australes de la Argentina 300.000 inmigrantes. En su inmensa mayoría, procedieron de los grandes países latinos de Europa, es decir, de Italia, España, Francia y Portugal, de donde habían llegado, antes de esa fecha, otros contingentes de menor número. Con el nuevo aporte recibido, nuestra población pudo ser calculada, en las vísperas de la revolución del 90, en alrededor de tres millones de habitantes, el doble, prácticamente, de los que reveló el censo de 1869, cuando se computaron 1.877.496. La ciudad de Buenos Aires alojaba, en aquel año de 1889, a unas 530.000 almas, de las cuales 300.000 eran extranjeras, y esta desproporción entre elementos nativos y foráneos se mantuvo durante largo tiempo, porque el proceso vegetativo del crecimiento demográfico se desenvolvía con ritmo inferior al que registraba la acumulación sucesiva por agregados constantes de capas ya desarrolladas. En otras palabras: los nacimientos no alcanzaban el nivel de los desembarcos de pasajeros de los lentos vapores de ultramar.

Fray Mocho y Félix Lima, cada uno en su época, reflejaron en sus cuadros de costumbres, con tanta gracia como agudeza de observación, los dos fenómenos que se desenvolvieron paralelamente entre el último tercio del siglo anterior y el primero del actual como consecuencia del enorme aflujo inmigratorio de que éramos receptores. Uno de ellos fue la transformación, cuando no la desaparición, de la vieja clase criolla, poseída de más sentido agreste que urbano de la vida y fuertemente apegada a casi todos los signos de la sociedad pastoril, desconocedora de la dinámica social. Frente a ella, desplegábase el avance acelerado e indetenible de la mentalidad gringa –para llamarla por el nombre que le era peculiar entonces–, manifestada a través de hábitos ignorados en estas latitudes, de la manera de pensar y hablar, pero, fundamentalmente, del modo de entender la prosperidad personal y de los medios para llegar a su logro sin demora.

No es difícil comprender, pues, el cambio profundo que comenzó a operarse en la Argentina a partir del momento en que sus puertas se abrieron de par en par para permitir el ingreso de tantos millones de hombres y mujeres como los que vinieron del mundo entero y en sus tierras arraigaron definitivamente. Al cabo de un período no demasiado extenso, se modificó substancialmente nuestra índole étnica y se modificaron, también, aspectos esenciales de la cultura, de la composición social y, por supuesto, el carácter colectivo. Quizá podría resumirse todo esto en una fórmula muy ceñida pero muy cierta: mudamos la condición de americanos por la de europeos.

Ya mismo corresponde anotar que apenas estalló la guerra civil en España, en 1936, y con mayor motivo al iniciarse la catástrofe bélica en septiembre de 1939, cesaron por completo los invalorables envíos que el viejo continente remitía al Río de la Plata sin solución de continuidad desde los días lejanos en que empezó a seguirse el consejo de Alberdi, de que gobernar era poblar. Tras una breve pausa, sin embargo, Buenos Aires atrajo a otra migración, constituida esta vez por sus hermanos de las provincias.

59

Los imantó con la fuerza irresistible de los altos jornales que empezaba a pagar la incipiente industria nacional, erigida y ampliada ininterrumpidamente a medida que se iba cortando el abastecimiento externo. Vinieron con sus rostros morenos, sus tonadas cantarinas, su asombro y sus brazos dispuestos al trabajo para sumarse a la metrópoli y trastrocar su destino de la gleba, que era como un destino de paria. Vinieron, además, para hacerse porteños, porque Buenos Aires los haría suyos con su empuje asimilador.

Frente al proceso ya secular de nuestra formación inmigratoria masiva y al hecho cierto y comprobable a cada instante de la influencia recíproca que se ha establecido entre porteños y provincianos afincados en este otro país que constituyen Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, puede inquirirse si el porteño es un individuo de rasgos definidos e incontrastables, si tiene claramente trazadas las líneas de su identidad moral y temperamental hasta el punto de que no se las confunda en un examen estricto. Me parece –y este parecer supone una impresión puramente personal– que la respuesta debe oscilar entre dudas y ambigüedades, porque el porteño todavía no ha superado del todo su estado coloidal. Dijérase que se encuentra en una probeta o en un molde tratando de adquirir su verdadera y definitiva fisonomía. Esta es, por ahora, provisional, sólo una etapa intermedia en el camino hacia su configuración inmodificable.

No hay un libro, ¡y se han publicado cientos y cientos de libros sobre Buenos Aires!, que acierte a darnos el auténtico retrato del porteño, cómo es humana y psicológicamente. Los ensayos a su respecto son siempre parciales o fragmentarios, acaso porque el porteño se escurre de un encasillamiento fijo y no porque se lo proponga deliberadamente para evadirse de la inspección ajena, sino porque es transitorio como un niño, mudable como el viento, movedizo e inestable como el cielo. Está muy poco más arriba de la condición larval y entre tanto carece de ubicación precisa en una escala de apreciaciones caracterológicas, como la tienen los hijos de otros pueblos, menos expuestos a los avatares que trae consigo la juventud.

Pero aun así, ya aparecen en él, con tendencia a acentuarse, algunas insinuaciones persistentes de su idiosincrasia que no es arriesgado interpretar como la expresión de lo que ha de ser parte de su perfil inamovible, bien que en un grado indeterminable por el momento. En el porteño alternan, verbigracia, orgullos y humildades, jactancias y modestias, audacias y timideces y es abrumadoramente sentimental y nostalgioso. Practicante de la generosidad, llega a menudo al despilfarro. Prodiga igualmente su buen humor con idéntica largueza que su bolsillo, pero el suyo es, por lo general, un humor que tiene más de sarcasmo que de ironía, que desgarra más que satiriza. Siente el deslumbramiento por el coraje, la hombría, la temeridad, la hazaña valerosa de la guapeza y, en cambio, no lo fascinan excesivamente los principios, a menos que éstos se corporicen en la actitud heroica. Su atención se vuelve hacia todos los rumbos en busca de devociones para entregarles su fervor. Por eso se comprometió resueltamente con la

60

61

suerte de la República española en 1936 y por eso, también, la reconquista de París por las tropas aliadas la sintió como cosa propia y la celebró en uno de los espectáculos de más conmovedora solidaridad con los liberados.

El porteño parece haber nacido para ser amigo y para tener amigos. A esa doble vocación se entrega sin tasa desde los juegos de la niñez en la calle y en la escuela primaria, y las refirma más tarde en la esquina y en el café, para llegar por adelantos sucesivos a todos los planos en que se desplaza a lo largo de su vida. Y es hospitalario, con un desprendimiento que suele ocultar para no herir la dignidad del ayudado. Argentino al fin, el porteño es devoto de la gauchada. La gauchada es una institución nacional, a la cual se rinde culto sagrado en todos los estratos sociales. Ser gaucho significa ser cordial, sencillo, bondadoso, comprensivo, sensible, campechano, desprejuiciado, tolerante y, en una palabra, cuanto traduzca el alma del hombre que rechaza las especulaciones egoístas. Gaucho, en el más alto, noble sentido, es quien acude presuroso a tender su mano fraterna en la adversidad, quien comprende y mitiga el dolor de los otros, quien borra categorías sociales para reconocer una sola: la de los hombres, hermanos por arriba de cualquier diferencia convencional de la suerte; quien no procura erigirse en juez de su prójimo que ha tomado por un atajo en lugar del camino recto. Claro, la contrapartida de la gauchada arrastra no pocos males, tantas veces manifestados en las componendas del comité político y en los vicios típicos de la llamada «política criolla».

Pero si el porteño no está atado por la obligación amistosa, si se libera de la pesada carga de proteger por piedad, entonces surge nítida su perspicacia para adentrarse en las intenciones extrañas, en "sobrarlas" si se recubren con disimulos o tergiversaciones, porque es hábil para entrar y salir de los laberintos en que se parapeta el fingimiento. Suele intuir a menudo lo que el otro se trae bajo el poncho, porque la ciudad le ha enseñado algunas artes útiles de la adivinanza. Lo que es difícil obtener de él es la imparcialidad, que deja de lado casi siempre para que fluya espontánea y libremente su simpatía, el calor de su inmediato partidismo. Sospecho que la neutralidad no le hace ninguna gracia, no importa lo que haya dicho el conde de Keyserling.

Estos apuntes, que no son sino un bosquejo en borrador del porteño, están muy lejos de resolver el problema de fondo sobre su naturaleza psíquica y su actitud vital. En rigor, el porteño se encuentra a medio trayecto de la madurez del hombre viejo y lo mismo ocurre con Buenos Aires. Presionado por las influencias que le llegan de todas direcciones, contradictorias y, asimismo, fugaces, su ser no ha concluido aún la evolución anímica, porque la Argentina no agotó su condición de crisol de las razas, aunque avanza decididamente por ese rumbo. Por eso, quizá el porteño del año 2000 diferirá del de estos días, pero no tanto que no se perciba entre ellos un aire de familia, como lo hay entre el de hoy y el de la centuria pasada.

José Barcia

63

Repertorio del Luna Park, en el nacimiento de la calle Corrientes: box, ballets populares y clásicos, circo, patinaje sobre hielo, tenis, básquetbol, festivales de rock, espectáculos que convocan a la juventud, cantantes y conjuntos que la hacen vibrar en noches de restallante entusiasmo.

64

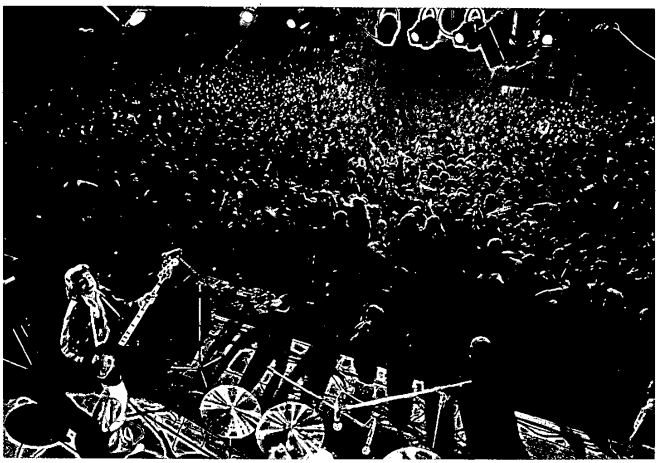
«En medio del café flota la luna / El humo como un alma se levanta / Y en el borde del vaso está la flauta / De la rueda veloz de la Fortuna»: Conrado Nalé Roxlo.

El Tortoni, en plena Avenida de Mayo, convoca desde fin de siglo a los artistas y escritores que concurren a su célebre peña. Los parroquianos comunes, entre paredes que exhiben testimonios pictóricos, cultivan la afición al diálogo sin límites de hora, tan caro al porteño. Por allí pasaron Lily Pons, Raúl González Tuñón, Jorge Luis Borges, Carlos Mastronardi, Quinquela Martín, Antonio Porchia, Ramón Gómez de la Serna, Juan de Dios Filiberto, Carlos de la Púa, Carmen Amaya, Alfonsina Storni, Lía Cimaglia Espinosa, Miguel Carlos Victorica y toda la pléyade de viejos y jóvenes noctámbulos, creadores e intérpretes.

65

Cafetín de Buenos Aires: «Como una escuela de todas las cosas / ya de muchacho me diste, entre asombros, / el cigarrillo, / la fe en los sueños / y una esperanza de amor»: Enrique Santos Discépolo.

63



64

65

66
«Eran unas calles como las que conoce nuestra felicidad, monótona y vagabunda»:
Francisco Luis Bernárdez.

Santa Fe, la avenida de la elegancia en el Barrio Norte, con la estrella Susana Giménez, una entre millares de porteñas que allí despliegan su fascinación.

67
Tres generaciones al amor del sol.

68
En la playa del río inmóvil, como lo llamara Eduardo Mallea.

66

67

68

69

«Pero de él la ciudad mucho sabe y conserva / su lágrima más rica»: Alberto Girri (Memoria de Gardel).

Puerta de camión pintada por un filetero, artista popular que decora vehículos desde los tiempos de los carros tirados por caballos. Pertenece a la rica colección del Museo de la Ciudad.

70 y 71

El gran concierto, la ópera o el ballet. Cita de la elegancia y de una pasión siempre abierta al arte musical, que atrae a todos los públicos y a todas las edades. Lenguaje que todos aprenden y en el que todos comulgan. Lejos ya de ese éxtasis, el asado, grato llamamiento de las apetencias terrestres, una constante de la comida criolla, con el experto en cortes de la carne más sabrosa del mundo.

72

Fantasmagoria en San Telmo. Algunos vendedores de raras mercaderías gustan de lucir atuendos de otros tiempos.

69

70

71

72

La noche

73

En el principio, el de la gran ciudad, fue la calle Corrientes, antes angosta, en compás de dos por cuatro. Era una noche masculina y elitista, no demasiado propia de Buenos Aires; los porteños noctámbulos de principios de siglo imitaban a los noctámbulos de las grandes ciudades, que tenían su noche, la que han perdido a lo largo del siglo.

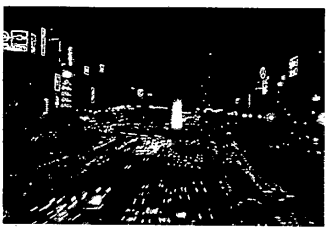
La noche porteña, hoy, no da lugar a la nostalgia. Y para los argentinos la nostalgia suele ser una debilidad. Creció y se popularizó, ganó el derecho a ser una costumbre en lugar de una tolerada mala costumbre, perdió el encanto travieso para ganar el de su variedad multitudinaria. De niño terrible se convirtió en persona mayor al afirmar los rasgos de su personalidad.

¿Cuáles son esos rasgos? En primer lugar el de su excepción (¿o excepcionalidad?). Pocas grandes ciudades en el mundo viven noches comparables a las de Buenos Aires con sus teatros y cines funcionando hasta bien pasada la media noche, sus librerías invitando a recorrer anaqueles y mesas en las altas horas, con los cafés para el alto en la caminata, un alto no muy costoso, los cafés-concert, los restaurantes a cuyas mesas es posible sentarse después de la función de teatro o de cine. ¿Quién no recuerda una noche en alguna ciudad europea o americana cuando al salir de un espectáculo y disponerse a comer bien, debió conformarse con un café y unos sandwiches en un bar casi desierto? Fastidiosa experiencia que solemos vivir los desprevenidos y mal acostumbrados porteños. En Buenos Aires, en cambio, uno puede rumiar el aporte cultural ya sea en una parrillada con el agregado de empanadas o en otro lugar donde sirvan especialidades criollas, en una cantina italiana o taberna española, en los tradicionales restaurantes especializados en comida francesa, en los chinos y japoneses, en los árabes o en las casas de comida que imitan a «la casa». Para los «gourmets» Buenos Aires reedita la torre de Babel hasta muy tarde, sin olvidarnos del tradicional puchero de la madrugada en El Tropezón.

Además mima a sus noctámbulos. Les ofrece todas las aventuras teatrales: clásico y moderno, drama y comedia, nacional y extranjero. Los espectáculos musicales abarcan desde la ópera, el ballet y los conciertos hasta los de café-concert, versión «pocket-book» de la comedia musical en los que hallan cabida nuestros poetas. Los partidarios del cine desfilan por Lavalle, tan peatonal, desde la primera de la noche hasta la función de la una, la porteñísima trasnoche. ¡Si hasta hay conferencias nocturnas en Buenos Aires! No importa la hora para satisfacer la preocupación cultural aunque el día de trabajo empiece harto temprano para la mayoría de los noctámbulos. Somos tantos que el público se permite renovarse sin blancos y sin perjuicio para los obligados madrugadores, aunque naturalmente la calaverada cuenta con más adeptos en los viernes y sábados.

Y está la geografía de la noche porteña, que no se limita al consabido centro. La Boca en materia de bullicio y juerguistas es un barrio tradicional: sin intermitencias se suceden las cantinas por la calle Necochea y la Vuelta de Rocha donde las luces mueren en las aguas del Riachuelo. Vino después San Telmo, paradero inevitable de turistas,

74



con sus cafés-concert, sus teatros y sus restaurantes, caros, menos caros y baratos. Esto de barato siempre resulta de comparaciones. Las luces de la ciudad se desparraman por los barrios: vidrieras y cafés en la calle Santa Fe; la Recoleta, que agrupa en una de las aceras de Junín elegantes restaurantes, separada por los jardines de esa joya colonial que es la Iglesia del Pilar y del paredón del cementerio, sin que nadie juzgue incongruencia la vecindad de lo recoleto con la animación de la noche. En el Abasto los comensales de las cantinas deben sortear en su camino hacia ellas el ir y venir de los camiones del mercado; Belgrano propone casas de comida muy íntimas y restaurantes más populares y a pocas cuadras de Pueyrredón. Las calles vecinas a Córdoba reúnen cantinas que recuerdan a Nápoles. Más allá la misma avenida desemboca en Canning, donde se alinean los restaurantes árabes, modestos, exóticos, ruidosos de música típica. Y Palermo, alegre y popular, es un centro en la noche del sábado.

Noche de Buenos Aires que nos gusta recorrer como turistas, mirándola simplemente, dejando en casa a la novelista empeñada en descubrir otra verdad tras las caras de sus habitantes. Porque alguna vez es bueno quedarse con las apariencias. Los habitantes de la noche porteña están animados por un fervor diferente a los del día aunque al fin y al cabo sean la misma gente. No hay en Buenos Aires un público de su noche. Pero esto tampoco es propio de nuestra ciudad. Los hombres de Buenos Aires salen hoy a vivir la noche en compañía de sus mujeres, sus novias y algunos hasta con los chicos de la mano. Al porteño, a pesar de lo del «hombre que está solo y espera» (como lo llamó Scalabrini Ortiz), le gusta sentirse acompañado, así sea por una desconocida multitud. Y la ciudad le ofrece la oportunidad de un paseo para no estar solo. No es una fiesta de elegidos, es una noche popular con su toque muy particular de cultura, con su matiz muy especial de los grupos familiares. La familia porteña comparte la diversión lo mismo que comparte las ocupaciones. El hogar ya no es una célula cerrada, abre sus puertas al mundo de la noche, participa de ella. ¿Que esto puede significar un afán de evasión? Tal vez. Pero no se trata de filosofar, sino de comprobar. Y nuestras comprobaciones nos llevan a formular un ruego: ¡Ojalá subsista la noche de Buenos Aires, esta noche de hoy, tan poblada de gentes y acontecimientos culturales o de simples distracciones! Ojalá no se convierta en otra nostalgia. Habríamos perdido, al perderla, esa linda libertad de vivirla, de entender su lenguaje propio, el de una noche que se afana en ofrecer mucho porque sus habitantes están dispuestos a recibir, dispuestos a aceptar la propuesta, lo cual es también una manera de dar.

María Angélica Bosco

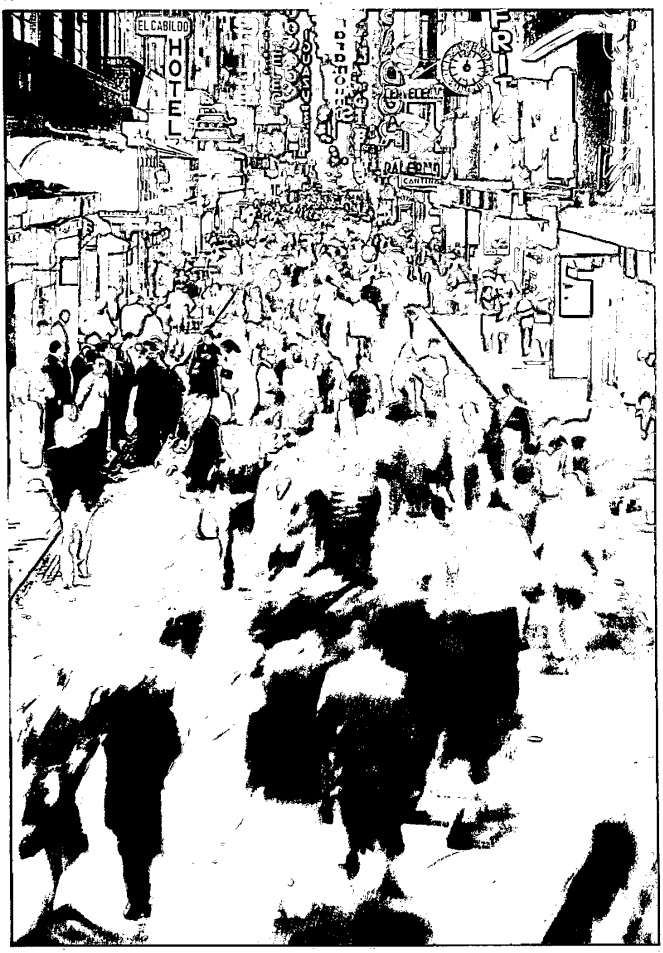
75

La salida de los fervorosos espectadores congregados en Lavalle, la calle que reúne más salas cinematográficas en apenas cuatro cuadras. Desde los filmes nacionales hasta las profundas imágenes de Bergman, la gama abarca las más dispares producciones, en una programación que ninguna capital del mundo iguala.

76

«Esa ráfaga, el tango, esa diablura, / Los atareados años desafía; / Hecho de polvo y tiempo, el hombre dura / menos que la liviana melodía, / Que sólo es tiempo. El tango crea un turbio / Pasado irreal que de algún modo es cierto, / Un recuerdo imposible de haber muerto / Peleando en una esquina de suburbio»:
Jorge Luis Borges.

75



76

77
Más de medio centenar de restoranes especializados en preparar parrilladas, se extiende a lo largo de la Costanera Norte. Abundan en las calles céntricas y nunca falta una por lo menos en cada barrio.

78
La variedad de fiambres y vinos de buena cepa caracterizan a los numerosos locales de la ciudad. En éste, situado en la ribera norte del Rio de la Plata, como en todos ellos, se agrega una larga lista con variedades de la mejor cocina internacional.

79
Comer y también jugar es la fórmula de este restorán de la calle República de la India. Un complemento ideal para gourmets que gustan de hacer larga la sobremesa.

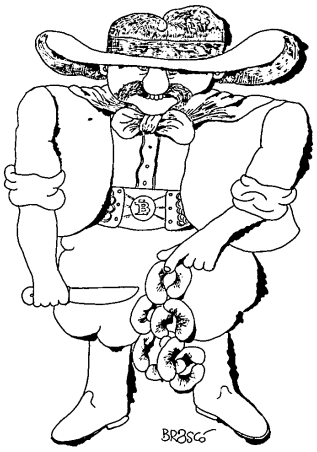
80
Platos de todas las regiones del mundo. Chinos, italianos, griegos, rusos, húngaros, franceses, mexicanos, japoneses, españoles . . . A veces irrumpen números de canto y baile, que pueblan la noche con los acordes de la tradicional danza del vientre.

77

78

79

80



81

El revés de la trama de la noche: el trabajo.
La hora de la salida de los diarios. La Argentina ocupa el tercer lugar en América, después de Estados Unidos y Canadá, en consumo de papel impreso. Existen una multitud de periódicos. Revistas especializadas, de interés general, dedicadas a la mujer, al niño, a la historia, la pintura, la música, los deportes. Diarios de las colectividades israelita, alemana, italiana, inglesa, española, armenia, árabe, ofrecen un panorama multiforme de un periodismo reforzado por canales de televisión, radiofonia y cine.

81

El aire y las campanas

82

He escrito mucho sobre Buenos Aires. Tal vez indirectamente. Forma parte de mi familia y de todas las etapas de mi vida. No por razones estéticas. Por esas razones quiero a otras ciudades. Pero lo que me ata a Buenos Aires, por ser de orden afectivo y dada mi naturaleza, es lo más fuerte.

Ese querer queda abrazado al nombre de algunas calles, las que frecuenté desde que tuve conciencia de abrir los ojos. En una de ellas nací. He conocido esas calles con ruidos distintos de los de ahora: tranvías de caballos, organitos. La Iglesia de las Catalinas, la auténtica, con atrio de baldosas rojas, rodeado por una reja «en fer de lance» y coronada por una cúpula de azulejos azules no había sufrido los embellecimientos que la convirtieron en una atrocidad arquitectónica. Mis tías abuelas tenían allí sus reclinatorios y a veces las acompañaba hasta el torno. De chicas, llamábamos a esa Iglesia «Las Monjas». Allí seguramente oí mi primera misa, las de mi infancia entera, las de mi adolescencia, distraída por la presencia de un festejante. Nada de su pasado histórico sabía yo. La Iglesia existía como parte de la calle Viamonte, de mi casa, de mí misma. Mi primer recuerdo de ella data de los cuatro o cinco años. Las ventanas de nuestro dormitorio daban a los muros y techos del edificio. Ese modesto templo me parecía inmenso. Era de mañana. Inesperadamente, entró mi padre al cuarto, y después de besarme y de hablar de cualquier cosa dijo, de repente, pero sin darle importancia a la noticia: «Tata Ocampo se ha ido al cielo». Que se fuese al cielo mi bisabuelo no me llamaba la atención por ser el cielo, para mí, un paraje que imaginaba accesible. Me sorprendió, eso sí, que mi padre viniera a decírmelo y también un tono de voz exageradamente natural. Sentí que algo terrible acababa de suceder y que me lo ocultaban. A la disimulación respondí de inmediato con la disimulación. En vez de echarme, como lo deseaba, en brazos protectores, seguí mirando por la ventana: quizá caminaban las palomas de siempre por las cornisas. Como los perros adivinan (olfatean) cuando asustan a alguien, sentí el desasosiego de mi padre frente a mí. ¿Por qué? El miedo se comunicó con su habitual rapidez. Todo eso ha quedado para siempre prendido al lugar con persistencia de hiedra; está presente como las sucesivas palomas, los muros impenetrables del convento de clausura y los ruidos de entonces. A veces me invaden todavía, indiferentes como los de ahora a mis secretas angustias. Suelo vivir de nuevo el terror sin nombre que mi padre involuntariamente subrayó por querérmelo ahorrar, y que me contagió sin ayuda de palabras o gestos.

Viamonte: desde el 482, antes de llegar a San Martín, hasta la gran esquina de Florida, fue mi trayecto cotidiano; primero en brazos que a veces fueron los de un muy querido servidor negro, Juan Allende; luego, cuando caminé, ansiando correr hasta la puerta del bisabuelo para que me dieran agua con panal. Y todo siguió así su marcha imprevisible, aunque extrañamente dibujada de antemano. Todo, hasta las imprevisibles oficinas de la revista Sur, que tomaron, al nacer, por un capricho pasajero.

¿Cómo se fue transformando el barrio? Junto con él me transformaba, de modo que no llego a distinguir netamente las cosas. Tengo todo aquello encima de las narices. No es la mejor manera de ver. Sin embargo puedo asegurar, con datos fidedignos, que el barrio nunca tuvo una vecina más fiel que yo.

Por la palmera del atrio de las Catalinas que llega hasta el octavo piso del edificio moderno de enfrente (y que plantaron en la época de las reformas desastrosas) mido los años. Muchos. Pero si uno crece con los árboles, no los ve crecer.

Las esquinas de Viamonte y San Martín, de Florida y Viamonte, fueron mis querencias. No niego que tengo amores apasionados con algunas calles de París, Londres, Nueva York. Esto no ha impedido mi fidelidad a calles feúchas que nunca quise por su belleza. Así es el amor.

Palermo (no puedo no nombrarlo) aparece muy temprano en mi vida debido a una creencia de mi madre: los chicos necesitan tomar aire todos los días. Y aire íbamos a tomar a Palermo. En los comienzos, existía todavía la avenida de las Palmeras. Los coupés y las victorias circulaban por el parque, con lindas yuntas briosas. Nos divertía espantar, con una ramita, las moscas que se paraban en el lomo de los caballos de nuestro coupé. Pero como llevábamos a regañadientes libros para estudiar la lección del próximo día y que siempre nos gustaba correr con el «cerceau», poco tiempo quedaba para espantar moscas.

Palermo lucía su máximo esplendor las noches de corso de las flores. Alcancé, sobre todo, a hacer muchos ramos para otras, las privilegiadas que por sus años podían asistir a esa envidiada fiesta y recibir, tal vez, un «especial» (léase un ramo paquete) de algún atrevido enamorado. Mi madre, arbitrariamente (pensábamos), estimaba que de noche las chicas no podían salir a tomar aire.

Otras calles de Buenos Aires conservan, para mí, si pronuncio su nombre, poder evocador, siempre al margen de los atractivos estéticos: Lavalle, Tucumán, Bolívar, Artes (!), Paseo de Julio (!), Garay, Rodríguez Peña ... . Rufino de Elizalde. Así fui, desde los patios con plantas, aljibes y zaguanes hasta las paredes lisas y blanco tiza inspiradas por Le Corbusier y que «casi» estrenaron el barrio de Palermo Chico; desde las campanas de las Catalinas que me hablaban y me daban la mano en las noches de miedo, hasta las de San Telmo que de pronto, pese a su inocencia, irrumpieron como un hiato doloroso en mis oídos. Doloroso por semejantes y desemejantes a las voces familiares.

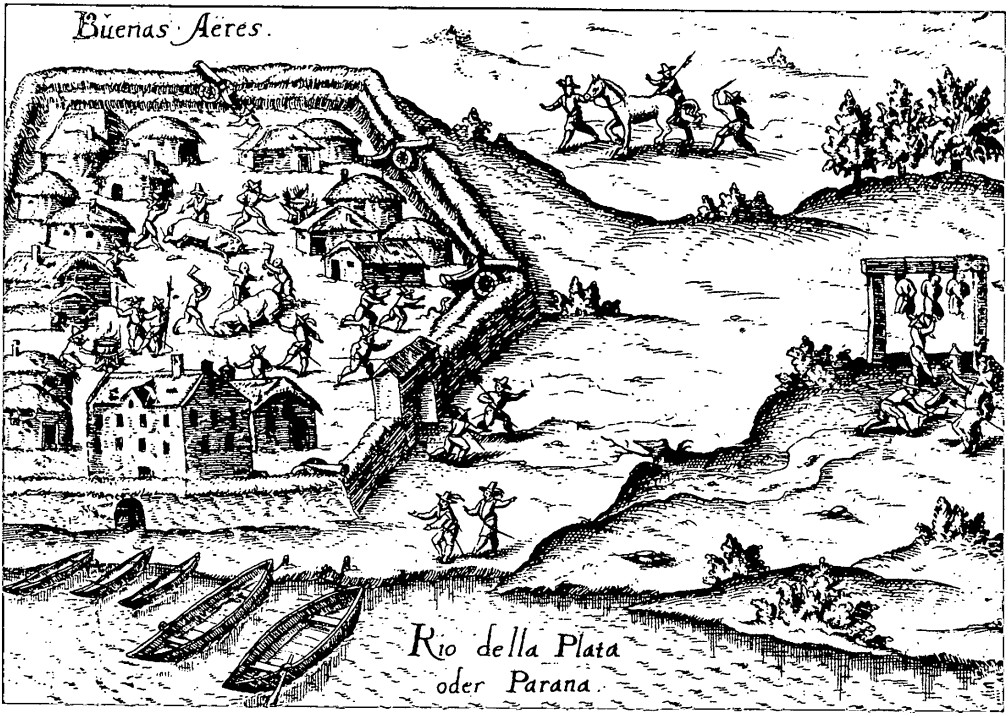
¿De cuántos Buenos Aires habré gozado y sufrido? Están desparramados en toda mi vida.

Victoria Ocampo

83
Osky hace una humorística interpretación de los tiempos de la Primera Fundación de Buenos Aires, realizada por el Primer Adelantado del Río de la Plata, don Pedro de Mendoza, bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Ayre, en 1536.

84
Final de la Fundación de Mendoza en el clásico grabado del libro de Ulrico Schmidl. Ante los ataques de los querandíes los esfuerzos de la precaria guarnición fueron inútiles y la destrucción completa. Abandonado el incipiente caserío, en 1580, llegó para establecer de nuevo a Buenos Aires, en una Segunda Fundación perdurable, don Juan de Garay.

83


Buenas Aeres.
Rio della Plata
oder Parana.

85
Muchachas en flor de 1808 por la vereda de la calle San Carlos esquina San Benito, en un grabado ejecutado por William Holland.

86
La Revolución de Mayo proclama la Libertad. Poco después de declararse en el Cabildo Abierto de Buenos Aires la caducidad del poder del monarca español Fernando VII, mensajeros, tropas y tribunos partieron a comunicar la buena nueva, y el afán de liberación se extendió por toda América.

85

86

87

El autor de «La Gloria de don Ramiro», Enrique Larreta, amuebló su residencia de la calle Juramento, en el barrio de Belgrano, con las obras de finos ebanistas del siglo XVI y XVII. Cuadros, un parque de magnífico diseño y todo lo que atesora es actualmente accesible al público en su calidad de museo. En sus patios y jardines, durante el verano, se ofrecen representaciones teatrales.

88

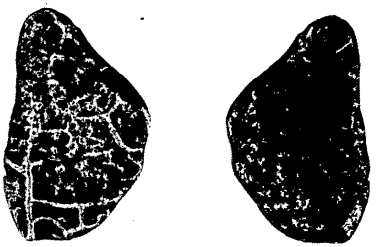
«Pesos» o «Reales» de a «8» de plata, en curso en la región del Río de la Plata durante los siglos XVI al XIX, acuñados en la ceca de la Villa Imperial de Potosí desde 1573/1574.
a. «Peso corriente» o de «plata corriente» fundido, sin ensayar. En curso en los siglos XVI y XVII, antes de la creación de la casa de la moneda y con posterioridad a ella.
b. Felipe II. Tipo «macuquino», 1573/1598.
c. Carlos II. Tipo «macuquino», recortados y circulares, llamados «corrientes», después de la aparición de la moneda de cordoncillo, 1683.
d. Carlos III. Tipo «columnario», por ostentar en el reverso las columnas de Hércules de Carlos V con el mote «Plus Ultra». Canto laureado, 1767.
e. Carlos III. Tipo «real busto». Canto de cadeneta, 1777.
f. Carlos IV. Tipo «real busto». Canto de cadeneta, 1793.
g. Fernando VII. Tipo «real busto». Canto de cadeneta, 1813.
h. Provincias del Río de la Plata. Primera moneda independiente, acuñada por ley de la Asamblea Constituyente, 13 de abril de 1813

(del monetario de Humberto F. Burzio).

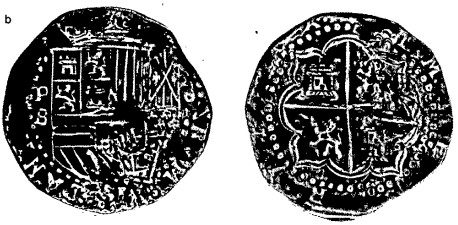
87

88

a



b



c

d

e

f

g

h

89

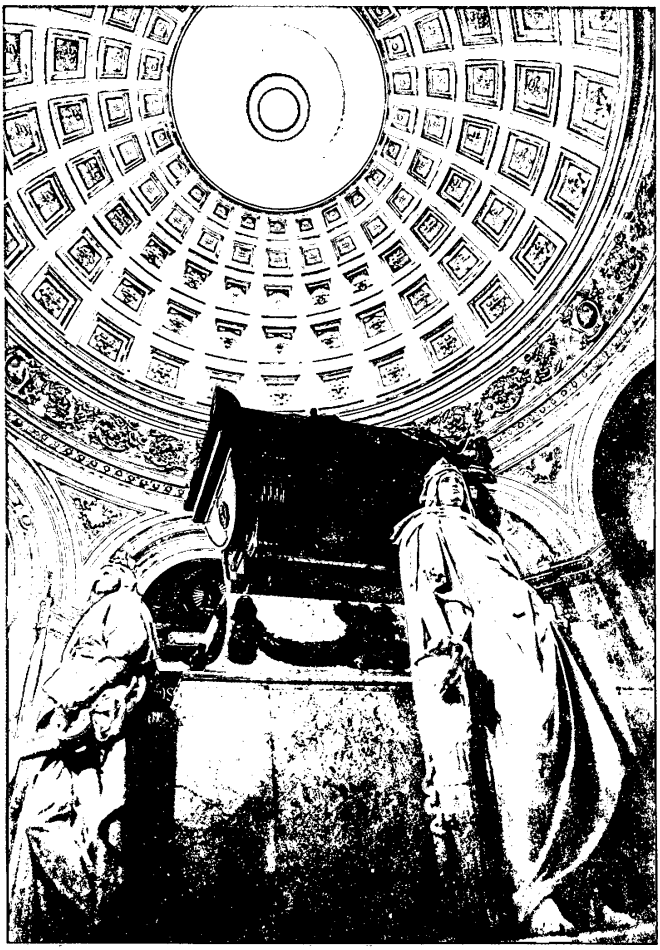
«Tendremos ahora a los pies de la estatua los despojos mortales del Gran Capitán, que vienen de lejanas regiones conducidos por la gratitud de su pueblo. Están cubiertos, no con el paño del sepulcro, sino con la bandera que su brazo tremoló victoriosamente en los Andes. La obra de glorificación está completa» (Del discurso pronunciado por el Presidente de la Nación, Dr. Nicolás Avellaneda, cuando el féretro con los restos del Libertador llegaron a Buenos Aires, desde Francia, a bordo del «Villarino», el 28 de mayo de 1880).

Los restos mortales del Libertador General Don José de San Martín yacen en el interior de la Catedral Metropolitana. Un túmulo severo de acuerdo con el carácter noble y profundo del Padre de la Patria, conmemora su paso a la eternidad.

90

El regimiento Los Patricios nació con el grito de Mayo. Su jefe, el coronel don Cornelio Saavedra, lo puso a las órdenes de la Primera Junta, por él presidida, con vocación de gloria.

89



90

85

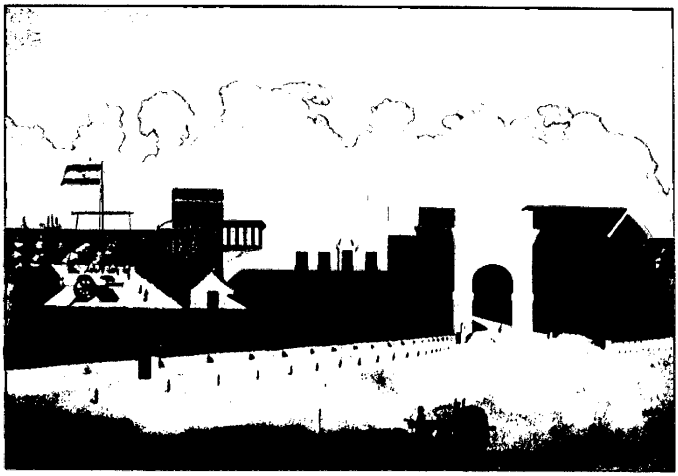
91

El Fuerte de Buenos Aires, en una pintura fechada en 1868. Fue la residencia de los sucesivos gobiernos desde la época de la Colonia, hasta ser sustituido por la actual Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo Nacional. Antes de que una gran franja le fuera ganada al Río de la Plata, las aguas que señoreaban los cañones llegaban muy cerca de la antigua fortaleza.

92

En 1828, proveniente de Europa, inicia su trabajo de litografía, pintura e imprenta en Buenos Aires César Hipólito Bacle. Fundador de diarios y revistas, director de la Imprenta del Estado, su obra «Trajes y costumbres de la Provincia de Buenos Aires», publicada en 1835, es una demostración hoy clásica de fidelidad testimonial y sentido humorístico. A la zaga de Bacle, otros notables artistas europeos, como Palliére, Rugendas y Monvoisin, nos han dejado en primorosas estampas la visión digna de las descripciones de narradores viajeros.

91



92

93
La artesanía maravillosa de los imagineros. Una de las joyas que enriquece al Museo Larreta.

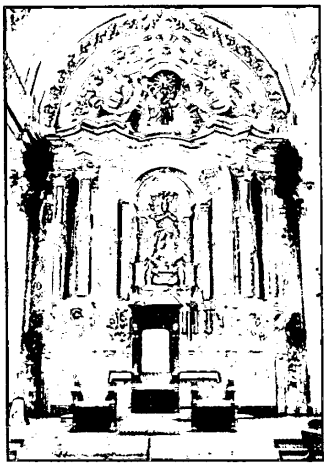
94
El imponente altar dorado de la Catedral.

95
Un rincón místico con la patética imagen del Salvador en la Casa de Ejercicios.

96
Sor Juana Figueroa vino a pie desde Santiago del Estero a Buenos Aires para fundar la Casa de Ejercicios, cuyo recinto, el más antiguo de la ciudad, aún perdura en las calles Independencia y Salta. Se ha mantenido como lugar de oración.

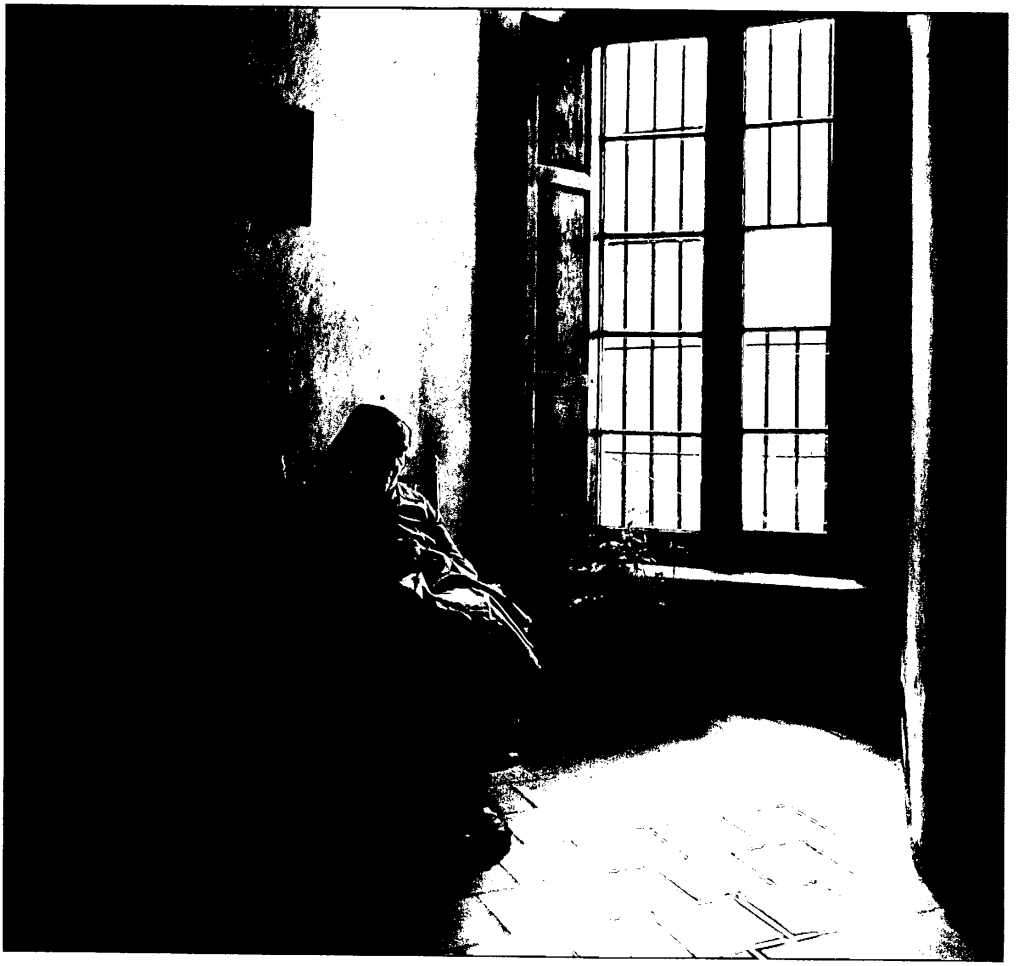
93

94



95

96



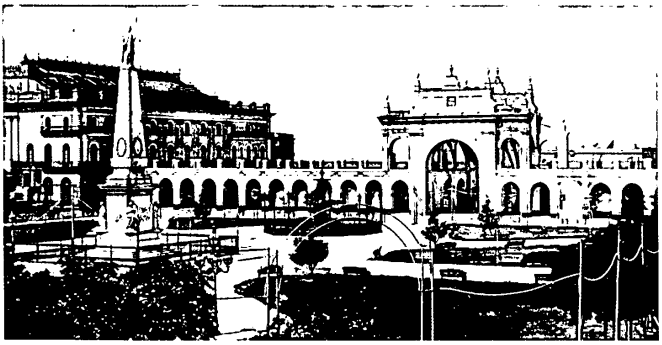
97
1874: la Recova Vieja, Plaza de la Victoria, hoy Plaza de Mayo, y el antiguo Teatro Colón, que ocupaba la esquina donde hoy se levanta el Banco de la Nación.

98
1891: todavía circula por las calles de la ciudad el lechero ambulante de la Gran Aldea.

99
Antigua esquina de Buenos Aires sobre la calle Buen Orden, hoy Bernardo de Irigoyen.

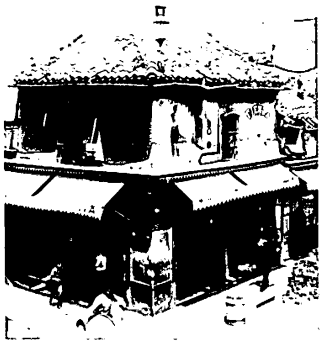
100
Los últimos aguateros en la época del farol a querosén. Cada oficio tenía su pregón. Con su eco remoto los abuelos rememoraban las imágenes de antaño.

97

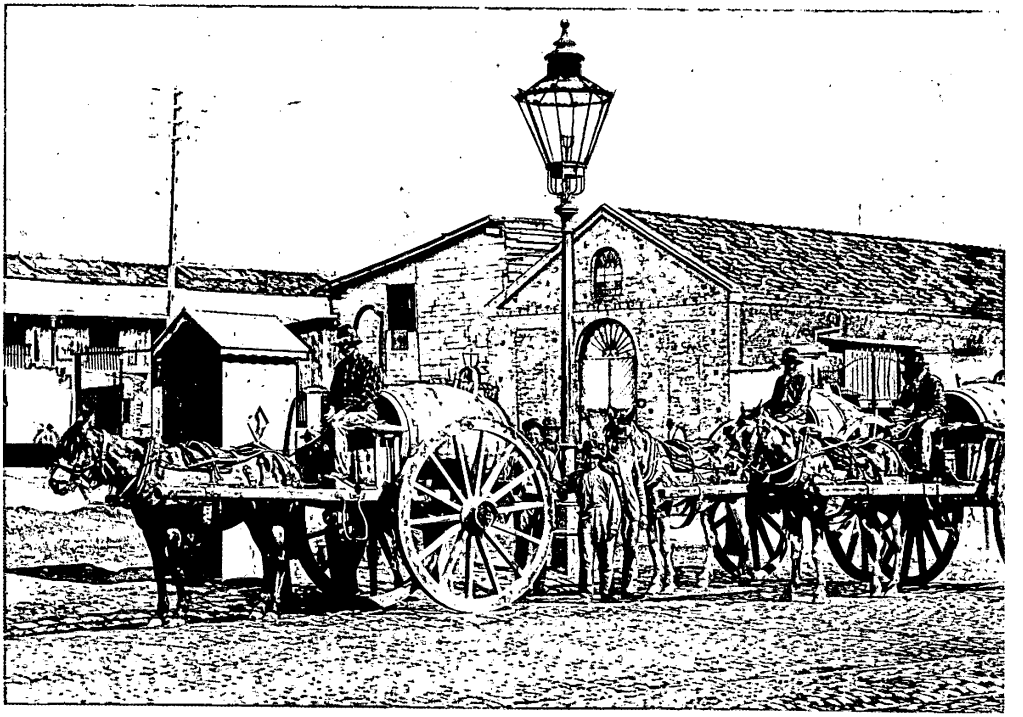


98

99



100



101
Estampa alemana de las cervecerías porteñas, en la incipiente fotografía de fines de siglo.

102
Ejemplar artístico en mármol labrado del clásico aljibe infaltable en patios y jardines de antaño.

101

102

103
El trashumante vendedor de fugazza y fainá ha sido sustituido por el aluvión de las populares pizzerías, más numerosas en la Argentina que en su país de origen.

104
Edificio de la época de Rosas ocupado hasta fines de siglo por la pulpería llamada de Salomón en recuerdo de un mazorquero.

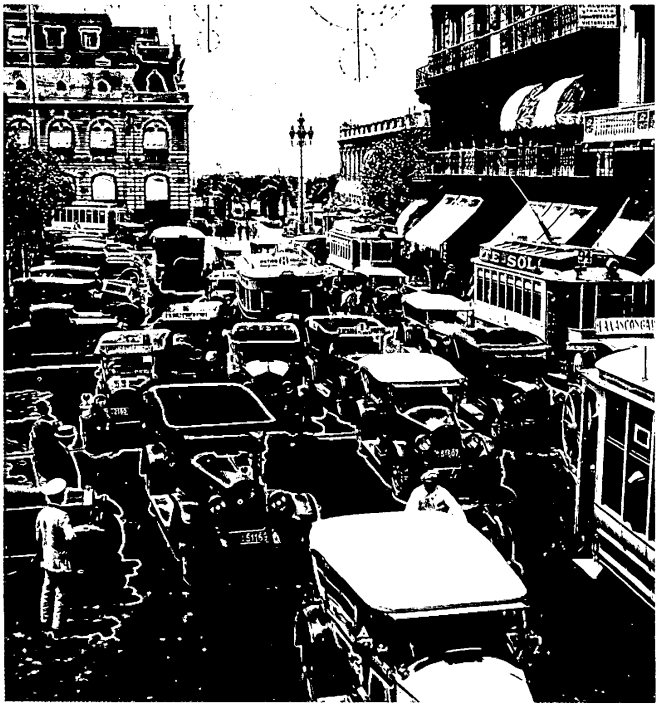
103

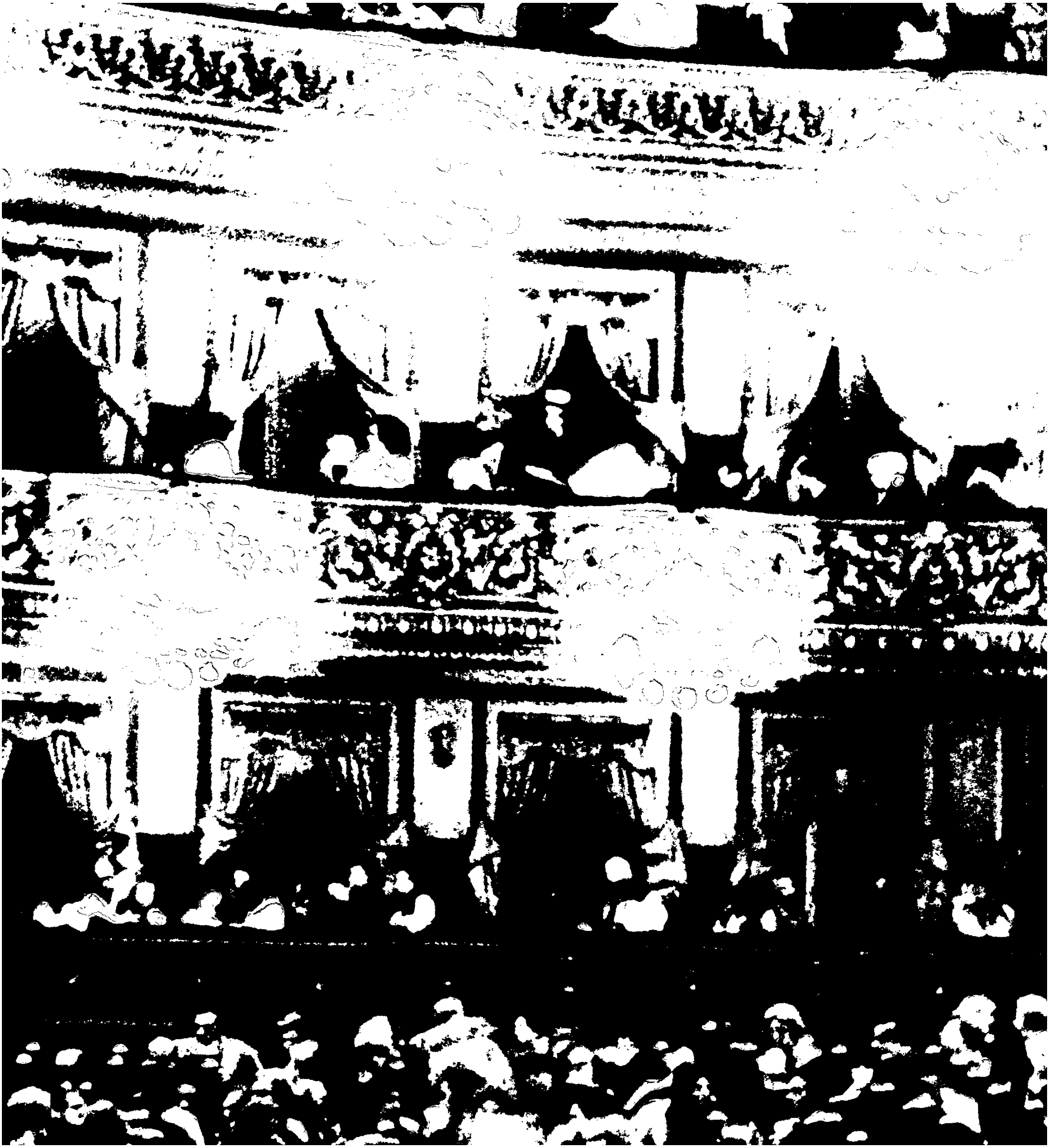
104

105

1926: Buenos Aires en un ayer no muy lejano pero que ya convoca a la nostalgia. Los primeros colectivos y los últimos mateos, nombre que los coches de plaza recibieron de un sainete de Armando Discépolo.

105





Concejo Deliberante
BIBLIOTECA
"Esteban Echeverría"

La música

106

Cualquier viajero que por primera vez llega a Buenos Aires queda asombrado por la vastísima vida cultural que produce la ciudad. Basta con abrir un diario para enterarse de decenas de conferencias, conciertos, exposiciones, funciones teatrales y operísticas, cursos en distintas especialidades, funciones de ballet y actos de toda naturaleza dedicados a explorar las distintas formas artísticas.

Entre esa enorme acumulación de acontecimientos culturales, la música ocupa, quizás, el primer lugar. El público porteño siente extraordinaria atracción hacia ella, desde la que se presenta en el Teatro Colón hasta la que transcurre en locales destinados a las manifestaciones populares. Con razón se ha dicho que la vida de un crítico musical en Buenos Aires es una de las más ocupadas, activas y agotadoras. Durante todo el año la música resuena sin descanso en el ámbito de la ciudad.

Esta intensa vida se desenvuelve en dos planos bien definidos: el de la música culta en el Teatro Colón, el Coliseo, el Auditorio Belgrano y, eventualmente, en otros teatros. Y el de la música popular en el café-concert, el local especializado o la sala íntima en toda su vasta gama que va desde el tango hasta el rock, aunque desde hace un tiempo se observa marcada tendencia a ocuparse específicamente del tango y sus cultores, algunos de los cuales alcanzan dimensión internacional. El tango sigue siendo la expresión de la música ciudadana y el argentino se reconoce en su ritmo y en su carácter. Es, además, el más atractivo embajador en el aspecto de la música popular. Ni siquiera el folklore, con sus variadas expresiones, ha conseguido desplazar en el espíritu nacional esa mezcla de nostalgia y gracejo, de tragedia y picardía que se encuentra en el ritmo y la melodía del tango.

En cambio la música argentina culta es, por esencia, universalista. Algunos, muy pocos, compositores trabajan todavía sobre los temas del folklore y sus derivaciones. La escuela nacional argentina que tuvo su auge en la primera mitad del siglo, ya ha sido superada por las nuevas técnicas y las tendencias de la actualidad. Es muy difícil crear música de acento nacional sirviéndose del sistema atonal, del dodecafonismo o de la música electrónica que son los que actualmente ocupan el espectro creador de los músicos argentinos. Y, por cierto, de esta manera no hacen sino adherir a las tendencias más renovadoras que se observan en la creación musical de nuestra época.

En ese aspecto, los creadores argentinos se distinguen por cierta cautela en adoptar las fórmulas más nuevas, en lo que muy bien pudieran tener razón. Se internan, sí, en la aventura, en la exploración, en el experimento, pero por lo general no lo hacen de manera irracional, sino encauzando sus propias posibilidades con un claro conocimiento de sus objetivos. Pudiera decirse que el compositor argentino prefiere la continuidad del esfuerzo antes que la dispersión del mismo, el estilo a la moda.

En el plano de la interpretación la Argentina está dando, desde hace tiempo, notables solistas y conjuntos. La lista de los artistas internacionales es frondosa. Encabezada por los nombres de Marta Argerich, Daniel

Baremboin, Bruno Gelber, Manuel Rego, Antonio De Raco, Daniel Ribera entre los pianistas; Brunilda Gianneo, Anahi Carfi, Andrés y Ana Chumachenko entre los violinistas; Mario Benzecry, Pedro I. Calderón, Miguel Veltri y el asombroso Carlos Kleiber entre los directores de orquesta; la Camerata Bariloche y el Ensamble Musical de Buenos Aires, para no citar sino algunos de los más conspicuos, el país puede sentirse orgulloso porque sus artistas «urbi et orbi» llevan a todas partes la presencia de una realidad que no puede obtenerse por otra vía que la de un considerable desarrollo cultural. Semejante cantidad de artistas no puede darse sino en un medio de sólida preparación y en una sociedad que valora y estimula las manifestaciones espirituales.

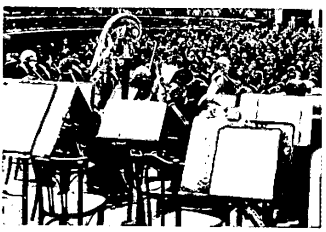
El Teatro Colón, por supuesto, ejerce por derecho indiscutido una especie de tutelazgo hegemónico sobre la actividad musical. Por eso es tan importante su preservación y cuidado. Opera, ballet, conciertos sinfónicos y recitales de solistas ocupan su escenario durante diez meses del año. Tratando fatigosamente de restablecer sus cuadros después de un período infausto, comienza poco a poco a emerger hacia un nivel del que nunca debió apartarse.

La Orquesta Sinfónica Nacional y la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de Buenos Aires completan el cuadro porteño en lo relativo a los grandes organismos estatales o municipales Cada una de estas orquestas desempeña una acción intensa y divulgadora no solo de la música tradicional sino, asimismo, de las nuevas expresiones locales e internacionales. Ambas tienen series de abono con crecida concurrencia especialmente la Filarmónica de la Ciudad de Buenos Aires que ofrece sus conciertos en el Teatro Colón y de esa manera usufructúa no solo la más hermosa sala del país sino una de las más notables acústicas del mundo entero.

Pero es en la increíble y admirable acción de las sociedades musicales donde se centra el interés del público para todo lo que no sea ópera y ballet. Hay gran cantidad de ellas, pero las más importantes son, probablemente el «Mozarteum Argentino», asociación «Amigos de la Música», «Asociación Wagneriana de Buenos Aires» y agrupación «Nueva Música». Cada una ocupa un lugar específico en el campo musical.

El «Mozarteum Argentino» tiene dos ciclos de abono en los que ha presentado y presenta grandes conjuntos orquestales (Filarmónica de Viena, Filarmónica de Nueva York, Sinfónica de Filadelfia, N.H.K del Japón, Philarmonia de Londres, la Hallé de Manchester, entre otras), conjuntos de cámara (I Musici, Los solistas de Zagreb, Orquesta de Cámara Inglesa, Orquesta de Cámara de Rouen) y prácticamente todos los grandes solistas argentinos y extranjeros que han pasado por el país. Pero uno de los aspectos quizás menos difundidos pero muy positivos para la cultura musical argentina son los famosos «Conciertos de mediodía» que, durante cuatro meses consecutivos y con entrada libre y gratuita, se ofrecen en una sala céntrica a las 13 horas todos los miércoles; el Atelier en la Cité en París, que el Mozarteum pone a disposición de los artistas argentinos de todas las especialidades

107



que viajan a Francia; las becas en el extranjero y la acción de difusión musical en el interior al que hace llegar conjuntos y solistas de primer orden.

La asociación «Amigos de la Música» cumple una labor notable en el campo de la música barroca y moderna. Son famosos sus festivales dedicados a Bach a cargo de organizaciones argentinas y directores extranjeros, así como su empeño en difundir actos musicales en establecimientos fabriles de Buenos Aires. El ciclo de abono consiste en sus tradicionales diez conciertos por temporada, todos ellos de alto nivel tanto en lo que concierne a la programación como a la ejecución.

La «Asociación Wagneriana de Buenos Aires» es la más tradicional de todas las sociedades musicales. Tiene dos turnos de abono y presenta la mayor parte de los artistas que llegan del exterior así como a muchos argentinos. Una de sus peculiaridades es ofrecer un par de conciertos anuales en el Teatro Colón dedicados a música sinfónico-coral y a través de los cuales el público argentino ha entrado en contacto con algunas expresiones del género poco conocidas entre nosotros.

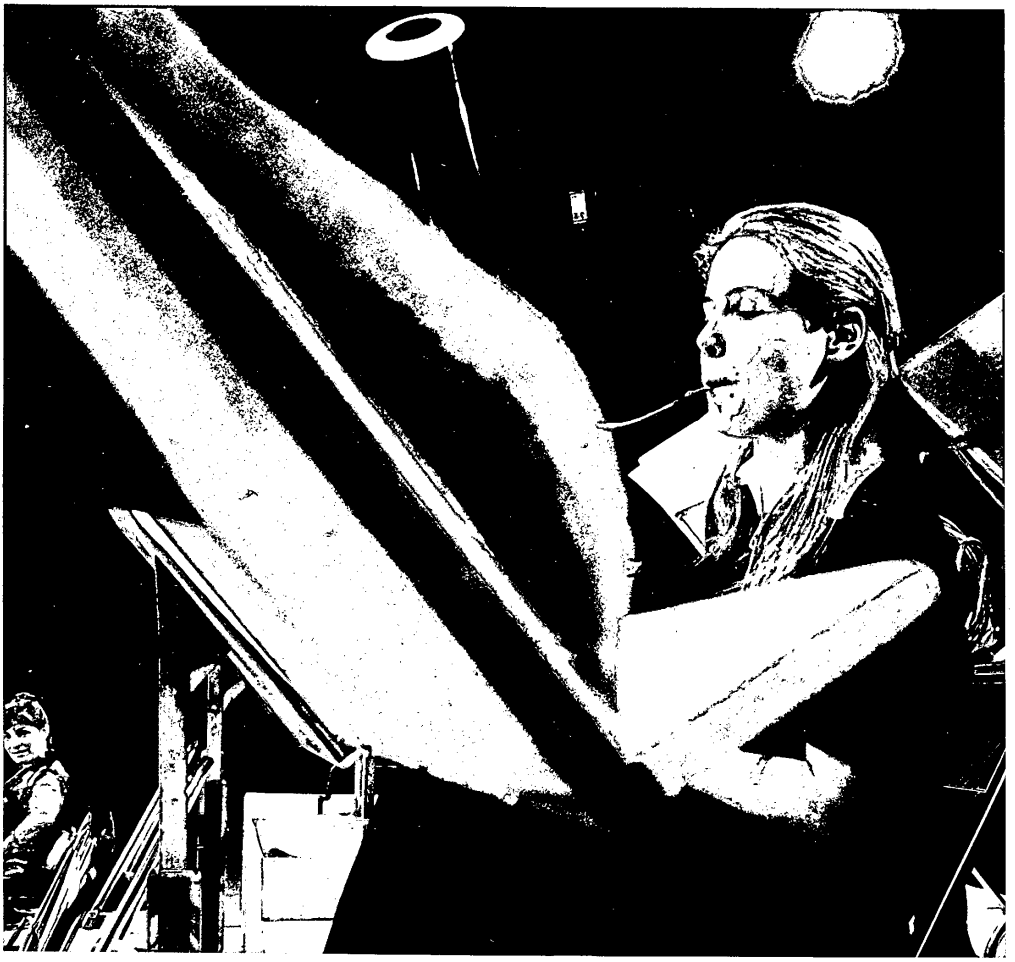
Por último, la «Agrupación Nueva Música» tiene más de treinta años al servicio de la música moderna. Gran parte de las composiciones de autores extranjeros y nacionales de vanguardia han sido conocidas en los conciertos de esta notable y benemérita Agrupación.

A esto hay que agregar la presencia de muchas otras sociedades privadas que con su esfuerzo tesonero ayudan a la permanente vida musical de la ciudad.

Esta es una mínima semblanza de lo que acontece en Buenos Aires en materia musical. El fervor y la constancia del público que desde hace más de cincuenta años viene prestando su apoyo a estas manifestaciones ha hecho posible contar con esta espléndida realidad.

Jorge D'Urbano

108



109

Juan Carlos Paz, compositor perteneciente al grupo martinfierrista, que con su ímpetu renovador canalizado en la Asociación Nueva Música, alcanzó trascendencia universal.

110

Función inaugural del Teatro Colón. La belleza de la Octava Sinfonía de Mahler permite el despliegue de la Orquesta Filarmónica de Buenos Aires, de los Coros del mismo teatro y de sus solistas vocales, en una de las tantas obras magnas que se ejecutan año tras año. Operas, ballets y conciertos nacionales y extranjeros, amén de manifestaciones populares de alta categoría en tango y folklore, componen una actividad que tiene resonancia consagratoria en el mundo, de todas cuyas latitudes han llegado los exponentes más ilustres, constituyendo una hermosa tradición.

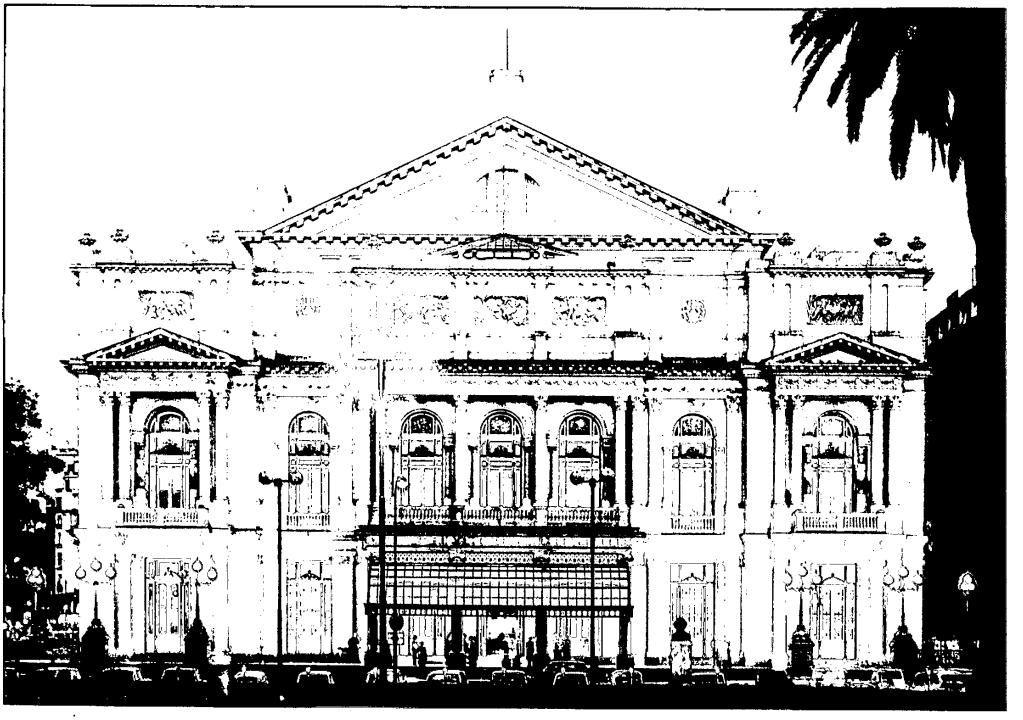
111

Va a comenzar la función en nuestro primer coliseo, el gran ámbito lírico del Colón. La estilizada y sobria arquitectura que reviste una sala de acústica impecable, ilumina el anochecer porteño con el resplandor que anuncia el reinado de la música y el espíritu.

109

110

111



112

Recuerdos del bel canto que se expresó en todas las voces memorables del mundo, desde Adelina Patti, Tamagno, Caruso y la Galli-Curci, hasta Anselmi, Fleta, Titta Ruffo y Chaliapin; desde Rosa Raisa, Gabriela Besanzoni, Claudia Muzzio, Ninon Vallin, Marian Anderson, Lily Pons a Victoria de los Angeles y María Callas. Otra de las grandes, la argentina Delia Rigal, lista a entrar en escena con el atuendo que usó en «Don Carlos», de Verdi.

113

La delicadeza de Pergolesi en «Lo frate'nnamorato». La escenografía y el vestuario pertenecen a Saulo Benavente. Esta obra fue llevada con mucho éxito por los cuerpos estables del Teatro Colón por ciudades de Estados Unidos, Brasil y Uruguay. El aplauso acompañó sus presentaciones. Con frecuencia los elencos de ópera y ballet llevan al exterior y a las provincias argentinas su clásico mensaje estético.

114

El Ballet Contemporáneo, de reciente creación en el Teatro Municipal General San Martín, expone las más recientes e innovadoras formas coreográficas.

112

113

114

115

Dos jóvenes luminarias de la danza, Norma Fontenla y José Neglia, en «El niño brujo». Sus destinos se extinguieron trágicamente. Una fuente con sus figuras esculpidas conmemora a estos artistas en la Plaza Lavalle como símbolo del dolor que causó su desaparición y la de otros cuatro compañeros, cuando se dirigían a Montevideo en una de sus habituales giras.

116

El vértigo alucinante de Iris Scaccheri consagrada en nuestro país y en el extranjero, después de su revelación de 1963 en la Opera de Francfort. Un público habituado a juzgar las más famosas estrellas de la danza, admirador de lumbreras clásicas como Ana Pavlova, Alicia Alonso y Margarita Fonteyn; del neohelenismo de Isadora Duncan; de estilistas del flamenco como Antonia Mercé a la vera de la fogosidad ancestral de Pastora Imperio y Carmen Amaya; de genéricas geniales como Maia Plisetskaia, supo captar en el ímpetu surrealista de Iris Scaccheri el sedimento temperamental domeñado por la inspiración rítmica. Tras de ser profeta en su propia tierra, Iris ha vuelto a imponer su frenesí en los grandes escenarios del mundo.

115

116

109

117
«El tango es para mí una alianza conmovedora de desesperación y felicidad». Manuel Mujica Láinez.

Susana Rinaldi, triunfadora en Buenos Aires y París.

118
Astor Piazzolla, revolucionario de la música porteña, inicia su carrera ascendente a los doce años.

119
«Buscando sabor de Buenos Aires»: Carlos Mastronardi.

Piazzolla entregado a su inquietante misterio sonoro.

117

118

119

Centro y tema de nuestra literatura

Buenos Aires se ha situado, desde la época de la colonización española, es decir, desde casi tres siglos antes de la independencia de la República, en el centro de la vida argentina. No sorprende, pues, que haya sido y siga siendo el eje de su actividad literaria. Como dijo Ezequiel Martínez Estrada en «La cabeza de Goliat», título alusivo al desmesurado desarrollo de la ciudad, «su hegemonía estaba decidida desde antes de existir». En su calidad de sede de las autoridades gubernativas, en ella se han producido acontecimientos fundamentales, comenzando por la Revolución de Mayo de 1810, la primera manifestación decisiva de la Independencia. Las expresiones literarias de entonces exaltaron la lucha por la libertad y estuvieron a su servicio; celebraron los triunfos militares y a sus protagonistas. Lo hicieron en lenguaje neoclásico, rico en imágenes tomadas de la mitología grecolatina. Es el lenguaje del «Himno Nacional Argentino», compuesto por Vicente López y Planes, y el de los cantos patrióticos de Juan Cruz Varela, el mayor poeta de ese período, digno de figurar junto al venezolano Andrés Bello y al ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, escritores y patriotas.

En Buenos Aires surge el primer brote romántico de América hispánica y con él, el primer intento de buscar una expresión argentina. El porteño Esteban Echeverría, poeta y cerebro de una generación liberal, trae de Francia la semilla del romanticismo, movimiento que coincide con los anhelos nacionales y literarios de aquellos hombres. Echeverría es el primero en incorporar a la poesía el paisaje de la pampa. El y otros jóvenes empeñan una nueva lucha: no se trata, por cierto, de la independencia, ya consolidada, en lo político, sino de la pugna que opone a dos mentalidades distintas, una cerradamente nacionalista y otra liberal, progresista. Durante el largo gobierno de Juan Manuel de Rosas, los románticos argentinos se dispersan y forjan su obra en el exilio. José Mármol, porteño como Echeverría, sublima en sus «Cantos del Peregrino», con reminiscencias de Byron, modelo dilecto de aquellos escritores, las penurias de los proscriptos. Buenos Aires, algunas veces llamada «la Atenas del Plata», es el objeto de sus nostalgias.

Con la Organización Nacional, luego de 1852 (año de la caída de Rosas), la ciudad vuelve a ser el centro de la vida literaria del país. Durante ese período se escriben las obras más notables del siglo XIX argentino: «Facundo», del sanjuanino Domingo Faustino Sarmiento, libro fundamental por su originalidad y como testimonio de la persistente pugna entre dos visiones contrapuestas del país, y «Martín Fierro», poema narrativo escrito en la modalidad lingüística de los hombres de campo y culminación de la literatura gauchesca, singularísima creación argentina. El porteño Bartolomé Mitre, que llega a ocupar la presidencia de la Nación, como Sarmiento, narra documentadamente la historia de la República desde sus comienzos, centrándola en dos de sus personajes más eminentes: los generales Manuel Belgrano y José de San Martín; y traduce la «Divina Comedia», de Dante Alighieri, empresa de honda devoción humanista.

Con la llegada de Rubén Darío a Buenos Aires, el modernismo (de raíces francesas) se afirma como

120

gran movimiento hispanoamericano; a él se pliega el cordobés Leopoldo Lugones, quien durante cuatro décadas (las primeras del siglo actual) sostiene su prestigio y afirma la imagen del escritor por sobre cualquier otra actividad. Buenos Aires es ya la ciudad más progresista, moderna y europea de la América hispana; lo que en la Colonia eran Lima o México lo asume ahora la ciudad austral limitada por el río y la pampa. La vida literaria se anima en las sociedades de gente de letras, en las editoriales, en los cafés, en las peñas, en los banquetes de fraternidad. A comienzos de la década del 20, Jorge Luis Borges, como Esteban Echeverría un siglo antes, trae de Europa la inquietud de una nueva sensibilidad poética. El y un grupo de jóvenes coetáneos integran un movimiento, el más importante en lo que va del siglo, señalado en la historia literaria argentina como generación del 24 o de «Martín Fierro», nombre de la revista de mayor fama entonces. Son también predominantemente poetas los escritores más notables de la promoción «del 40». Con posterioridad a este período, la narración reemplaza a la expresión poética en la inclinación de los jóvenes escritores y aun en el interés del público. Esa tendencia, no excluyente, por cierto, ha perdurado hasta hoy, al tiempo que los valores literarios han sido un tanto postergados y dañados por los objetivos ideológicos, de un lado, y por las exigencias de la promoción y la difusión masiva, de otro.

La ciudad fundada por Pedro de Mendoza en 1536, destruida por los indígenas y restablecida por Juan de Garay, en 1580, aparece en crónicas del Descubrimiento y la Conquista, tales como «Viaje al Río de la Plata», de Ulrico Schmidel (escrita en alemán), y en «La Argentina», de Ruy Díaz de Guzmán, militar e historiador criollo. En el «Romance elegíaco», de Luis de Miranda, integrante de la expedición de Mendoza, la ciudad es una especie de sirena que atrae y sacrifica a los navegantes. Martín del Barco Centenera narra en su poema épico «Argentina», entre otros hechos de la historia rioplatense, las dos fundaciones de Buenos Aires. Describen la ciudad cronistas de la Compañía de Jesús y, con mayor interés, el español Alonso Carrió de la Vandera en «El Lazarillo de ciegos caminantes», que data del siglo XVIII. A estos cronistas se suman, en el XIX, viajeros ingleses, franceses e italianos, y el argentino Juan Antonio Wilde, quien convierte a la ciudad en protagonista de «Buenos Aires desde setenta años atrás». Convertida en tema literario, es el escenario del primer cuento argentino, «El matadero», de Esteban Echeverría, y de la primera novela importante, «Amalia», de José Mármol (1844); e ingresa así en el mundo de la ficción literaria, desvinculada de la puntualidad de las crónicas, aunque sujeta aún a la historia. Lo mismo puede decirse, aun cuando la técnica literaria sea diversa, de las novelas de la Generación del 80. En «La gran aldea», de Lucio V. López, la ciudad se transforma en cosmópolis; en «La Bolsa», de Julián Martel, se la ve arrebatada por la pasión de las especulaciones financieras y el brillo del oro; en «Sin rumbo», de Eugenio Cambaceres, se ha convertido ya en ciudad tentadora y tentacular. Otros novelistas, Antonio Argerich, Manuel T. Podestá,

Francisco Sicardi, dan una versión naturalista de Buenos Aires, en tanto que Carlos María Ocantos, de larga residencia en España, aplica a la ciudad rioplatense la lente realista de Benito Pérez Galdós.

Aspectos populares y pintorescos de Buenos Aires subrayan las páginas de José S. Alvarez (Fray Mocho). Ya en nuestro siglo, la metrópoli se revela en algunas novelas de Manuel Gálvez y en los versos de Evaristo Carriego, cantor del «alma del suburbio». Leopoldo Lugones, en sus «Odas seculares», la invoca así: «Primogénita ilustre del Plata / En solemne apertura hacia el Este, / Donde atado a tu cinta celeste / Va el gran río color de león». Pero el primer gran poeta de Buenos Aires es Baldomero Fernández Moreno, y la primera generación que le rinde culto, la de «Martín Fierro». Jorge Luis Borges, su representante más célebre, se inicia en la literatura con un libro de poemas titulado «Fervor de Buenos Aires» (1923), al que siguen otras manifestaciones de ese fervor: «Luna de enfrente», en 1925, y «Cuaderno San Martín», en 1929, en el cual el poeta incluye su famosa «Fundación mitológica de Buenos Aires»: «A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires; / La juzgo tan eterna como el agua y el aire».

La ciudad es ya un ámbito mágico, se agranda y diversifica en ese otro mundo flotante de la ficción. Eduardo Mallea funda un Buenos Aires esencial y por momentos espectral; Roberto Arlt extrae de su cruda realidad tipos porteños raros o monstruosos; Leopoldo Marechal, como Ernesto Sábato, indaga en sus misterios y trata de descifrar sus enigmas; Manuel Mujica Láinez ilumina su pasado y desmitifica su historia; Adolfo Bioy Casares acierta en la percepción del tono porteño, llano y socarrón. La ciudad, por fin, es la fuente de los poetas lunfardos y de los letristas de tango, algunos de los cuales, Enrique Santos Discépolo, Enrique Cadícamo, Homero Manzi, descubren el «alma porteña». Los escritores contemporáneos le han rendido y le rinden culto a Buenos Aires, en verso y en prosa. La ciudad tiene sus eruditos y sus filósofos, preocupados por su «esencia».

La esencia de Buenos Aires ha llegado a equivaler a la esencia de lo argentino. El aluvión inmigratorio de la segunda mitad del siglo XIX suscita temores, luego de atizar las mayores esperanzas; parece amenazar lo que se considera auténtico: la pureza del idioma, de las costumbres y de las instituciones. Las novelas naturalistas de las últimas décadas de la centuria pasada pintan ásperamente esa situación; el teatro, uno de cuyos temas frecuentes es el enfrentamiento de criollos y gringos (extranjeros), muestra los estragos que comienza a sembrar en el lenguaje. Es la cara negativa del progreso. Rafael Obligado, en su poema «Santos Vega», describe en tono elegíaco la derrota del payador pampeano, vencido por el mismo Diablo, visión autóctona de la corriente foránea. La tradición hispano-criolla, en fin, corre el riesgo de dañarse irreparablemente.

Alrededor de 1910, el año del centenario de la Revolución de Mayo, algunos escritores alzan la voz para denunciar los peligros de la invasión babélica. Ricardo Rojas propone «La restauración nacionalista» (título de uno de sus libros); Leopoldo

121

Lugones canta profusamente a la patria, ensalza el «Martín Fierro», como obra representativa del auténtico espíritu argentino. En «El diario de Gabriel Quiroga», Manuel Gálvez, que ha encarecido lo hispánico en su libro «El solar de la raza», escribe: «El alma nacional, refugiada en las provincias, se defiende desesperadamente contra el cosmopolitismo de Buenos Aires». La pureza tradicional se esconde en el interior. A los ámbitos rurales de la República acuden los poetas y los narradores para encontrar esa fuente. El campo impulsa una literatura de primer orden: obras de Alberto Gerchunoff, Roberto J. Payró, Horacio Quiroga, Juan Carlos Dávalos, Benito Lynch, para culminar en «Don Segundo Sombra», de Ricardo Güiraldes, homenaje al viejo habitante de la pampa y afirmación de su poder regenerador. Al surgir la generación de 1924, como se ha señalado, el tema de Buenos Aires no sólo inspira a los poetas, sino que preocupa también a los pensadores: Mallea, Scalabrini Ortiz y, sobre todo, Ezequiel Martínez Estrada, centran en la ciudad sus meditaciones. Imperceptiblemente, las reflexiones sobre Buenos Aires van extendiéndose a todo el país, valen también para él. Raúl Scalabrini Ortiz, en su libro «El hombre que está solo y espera», precisa esta identificación: «El Hombre de Corrientes y Esmeralda –una esquina característica de la capital– es el vértice en que el torbellino de la argentinidad se precipita en su más sojuzgador frenesí espiritual. Lo que se distancia de él puede tener más inconfundible sabor externo, peculiaridades más extravagantes, ser más suntuoso en su costumbrismo, pero tiene menos espíritu de la tierra [...] El Hombre de Corrientes y Esmeralda está en el centro de la cuenca hidrográfica, comercial, sentimental y espiritual que se llama República Argentina. Todo afluye a él y todo emana de él». Igual sentido abarcador tienen las meditaciones de Ezequiel Martínez Estrada, uno de los mayores pensadores argentinos, quien desde Buenos Aires enfoca a todo el país. «Más que ciudad, dígase que Buenos Aires es un fenómeno psicológico y algo así como la inteligencia de este gran país, todavía para nosotros con amplias zonas y en esenciales conceptos, incógnito».

Jorge Cruz

122

Uno de los más grandes poetas argentinos, Baldomero Fernández Moreno, con la periodista Regina Monsalvo. Están junto a «La Moyosa», una de las fincas que todavía testimonian un ayer apacible del Buenos Aires que él cantó con devoción.

123

Leopoldo Lugones: la perfección lírica, el más notable vuelo imaginativo, verso y prosa perdurables, que marcan un instante estelar de la literatura. Lo evoca la gracia inquisitiva de Sábat.

124

Un novelista consagrado a revelar la realidad nacional profunda, Eduardo Mallea, captó con singular penetración el alma de la ciudad y la de sus habitantes en libros de jerarquía creadora como «La ciudad junto al río inmóvil».

122

123

124

125

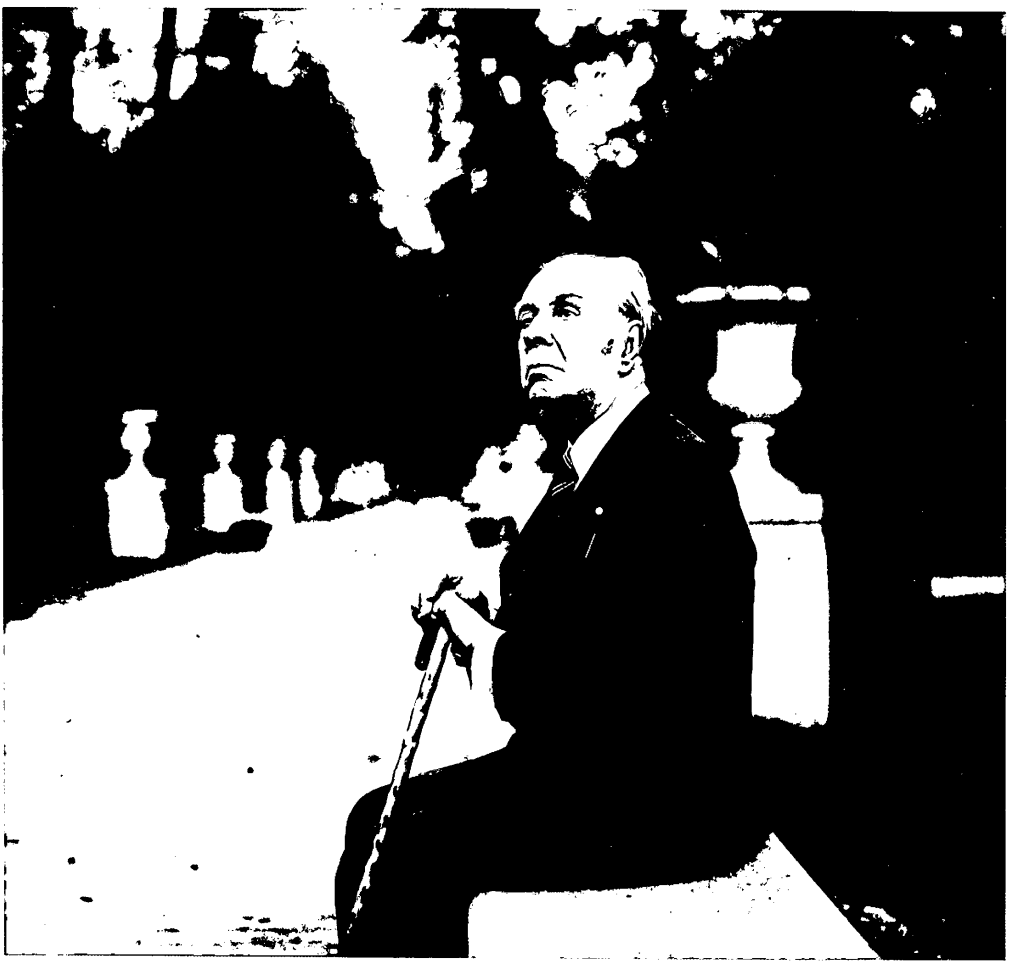
Ernesto Sábato, ensayista y novelista. En un género «Uno y el universo» y en el otro «Sobre héroes y tumbas», marcan hitos en nuestra historia literaria.

126

Jorge Luis Borges. El mundo de este escritor y creador de originalidad inigualada, abarca el poema, el relato realista y fantástico y el ensayo. Su nombre, en múltiples traducciones, circula por todas las latitudes. Es uno de los pocos renovadores del lenguaje en nuestra cultura occidental. Su maestría ha incidido en la obra de numerosos autores del país y el extranjero. Es la indiscutida figura central de las letras nacionales, que le deben «Fervor de Buenos Aires», «Historia de la noche», «El jardín de los senderos que se bifurcan», «Ficciones» y «El idioma de los argentinos».

125

126



127

María Elena Walsh, poetisa, y Silvina Bullrich, novelista: dos de las representantes de un poderoso núcleo creador femenino, que abarca nombres de personalidades como Olga Orozco, Norah Lange, Silvina Ocampo, Alfonsina Storni, Sara Gallardo, Beatriz Guido, Luisa Mercedes Levinson, Martha Lynch, Sirya Poletti, Liliana Heker y otras de igual y merecido renombre.

128

Manuel Mujica Láinez, el narrador de la ciudad con «La casa», «Aquí vivieron» y «Misteriosa Buenos Aires», y de temas universales con «El unicornio» y «Bomarzo», es un creador de estilo refinado y de una extensa, fascinante gama narrativa.

129

Los libros de autores nacionales –tomamos algunos nombres en el transcurrir del tiempo–: Esteban Echeverría, Estanislao del Campo, Eduardo Wilde, Lucio Mansilla, Ricardo Güiraldes, Arturo Capdevila, Raúl González Tuñón, Conrado Nalé Roxlo, Carlos Mastronardi, Enrique Banchs, Enrique Molina, Ricardo Molinari, Evaristo Carriego, Macedonio Fernández, Arturo Cerretani, Adolfo Bioy Casares, Abelardo Arias, Manuel Peyrou, Juan Carlos Ghiano, Bernardo Canal Feijóo, Ezequiel Martínez Estrada, Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal, César Tiempo, José Pedroni, Juan Carlos Dávalos, Luis Franco, Manuel J. Castilla, junto a otros de autores en constante proceso de renovación y de aquéllos venidos de distintas áreas idiomáticas, son objeto de venta y canje en las plazas y parques de la ciudad.

127

128

129

Mirarse en el teatro

Máscara y rostro de Buenos Aires, el teatro. Poderoso instrumento mediante el cual los pueblos se comunican con su propia imagen y se definen a sí mismos.

En el antaño recogido en anales, cabe verificar la característica que provenía de usanzas metropolitanas de ultramar, la de ciudad teatralera por excelencia.

Los porteños de otrora hallaron en el teatro su entretenimiento predilecto. Tras un siglo de disfrutar con espíritu candorosamente romántico del solaz escénico y de discutir con ardor en torno a artistas favoritos, asistieron a la instauración de un teatro auténticamente argentino. La llegada al Plata de celebérrimos divos del mundo latino antecedió a la inmigrante avalancha que conformó la enorme cosmópolis.

Tan irrenunciable afición objeta en forma rotunda el diagnóstico de Keysserling que nos encasilló en la propensión a la tristeza.
Un pueblo que mantiene el hábito de un arte que le apasiona, en busca del contacto con el embeleso y la ensoñación, dentro del esparcimiento, el recreo, el regocijo, es un pueblo familiarizado con la alegría del ánimo.

Lejos como estaba en aquel plácido pretérito el advenimiento de los medios de comunicación masiva. La falta de tan devorantes minotauros explica la devoción hacia el espectáculo hablado, cantado y bailado. Lo curioso es la fidelidad que al presente le guarda.

Basta, hoy en día, asomarse al incesante ir y venir y entrecruzarse de espectadores en procura de las tres salas, en medio del zumbante hormigueo cotidiano del Teatro Municipal General San Martín (especie de Lincoln Center comprimido). Basta presenciar ese multitudinario espectáculo en sí antes y después del espectáculo para darse cuenta de que no se ha perdido la heredada consustanciación. Lo ratifican las extensas colas que aguardan con paciencia a que se abran las ventanillas del Colón a fin de admirar a universales astros.

El imponente y deslumbrante Colón, el monumental San Martín y el auxiliar Presidente Alvear asumen el tributo municipal, aparte de los tablados al aire libre veraniego que contribuyen a animar los parques públicos. La joya arquitectónica del Cervantes alberga a la Comedia Nacional que tiende a custodiar el nivel de cultura y a preservar el repertorio.

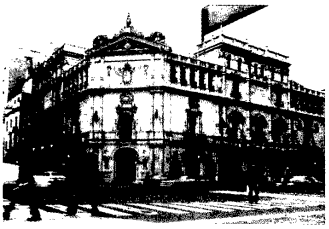
Suele chocarse con un mohín de incredulidad en claustros universitarios europeos o norteamericanos, o en los congresos internacionales, cada vez que un argentino enuncia el número de salas o habla de la calle Corrientes que no duerme.

¿Cuántos teatros se hallan en abierta permanencia en Buenos Aires? La cartelera diaria ocupa al respecto, un espacio publicitario más que significativo. Para los géneros comedia y drama, hay veintidós grandes teatros de empresas privadas: unos pertenecen al trazo clásico y otros al moderno ámbito funcional. Otros tantos locales responden a la dedicación bien denominada independiente, inicial experimento de vocacionales, aprendizaje en el que se amasa la levadura contra el estancamiento. Allí vibra la juventud, camino de la esperanza. Vivero en el que cada generación redescubre o reinventa el teatro y juega con tan temible instrumento.

130

131

132



Proclama flamantes estructuras sin perjuicio de reencontrarse con Lope de Vega. Se desvive en lo que mundialmente se clasifica como teatro de subsuelo, sótanos disputados ahora, en otra veintena por lo menos de apretados recintos, por una presunta novedad, retorno a tabladillos finiseculares, los del «café-concert»: El «show», que incluye reseñas de trayectorias artísticas, evocaciones, sátiras, inclusiones en la glosa de actualidades, humorismo de variados colores, sin olvidar el amor a la canción que nos identifica. Al desenfado y a la expansión frívola, sirve la visualidad de la revista, pimienta de las grandes ciudades, atracción del forastero que se divierte.

Una simple suma de tanto escaparate manifiesta cómo Buenos Aires no le va a la zaga cuantitativamente a New York, París o Londres. Ofrece guarismos crecidos, a título de signo de prosperidad, el recuento de espectadores y de ingresos, barómetro del gusto público.

Además, se hace muy halagüeño involucrar la profusión de conjuntos especializados en teatro para los niños, concebido y realizado por los grandes, incluso el circo y los retablos de guignol. Ninguna ciudad del mundo supera a la nuestra en esa noble misión.

Piénsese que todo ello comporta una densa población de oficiantes de cada disciplina. Si se compulsara el nomenclador de las instituciones que agrupan a autores, actores, directores, escenotécnicos y promotores, el relevamiento aparecería, sin duda, excesivo. Egresados de este ambiente, en itinerante aptitud han ido a otros países de Latinoamérica a sembrar buena semilla. En las provincias el eco capitalino repercute despertando afanes comarcanos. Tampoco es desdeñable la mención de directores nacionales, notablemente acreditados en Europa, donde triunfan también artistas nuestros.

Rural fue el teatro más allegado a la masa popular, en una etapa de arte rústico. Otra modalidad, también colorista y, por ende, popularísima, la ofreció a principios del siglo, como reflejo de la Babel cosmopolita, el tipicismo del sainete. El teatro de hoy cuando se atiene a los problemas domésticos conserva reminiscencias de aquel verismo caricatural que en ocasiones lindó el sarcasmo, configurando el «grotesco».

Los autores argentinos no desdeñaron pasar por todos los ismos más o menos revulsivos, y muchas firmas mantienen vigencia; los de ahora no se sustraen a la abstracción, a la alegoría, al absurdo deliberado, a las vicisitudes de la pareja, al psicoanálisis, al inconformismo y al apocalipsis de rampantes o acrobáticas expresiones corporales, cuestión de estar al día. En sus aspectos creadores el teatro sigue siendo, lo que es importante, crisol de integración nacional.

Citar figuras arriesgaría el olvido de algunas de ellas entre una relevante legión cuyos anhelos y cuyo talento emulan las de épocas brillantes. No les falta admiradores. Son nombres que están en todos los labios.

Bulle el hervor de la ciudad teatralera, porque bien vale la paradoja de Louis Jouvet cuando decía: «La vida, qué teatro; pero el teatro, qué vida».

Edmundo Guibourg

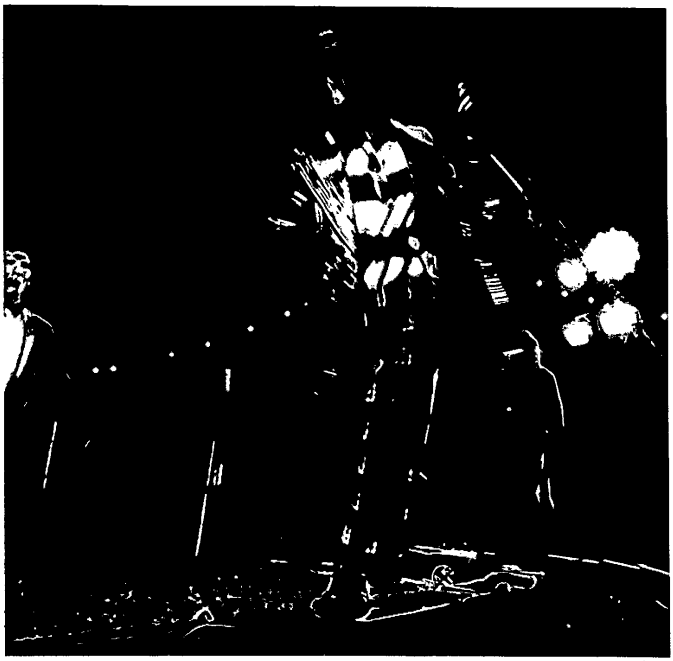
133

El mundo funambulesco del circo. El criollo fue el primero en albergar un teatro nacional, en los comienzos como pantomimas de hazañas gauchescas y luego con diálogos. La obra inicial fue «Juan Moreira», adaptación de la novela de Eduardo Gutiérrez centrada en un personaje legendario. En grandes predios al aire libre o en el Luna Park, con payasos, domadores, ecuyéres y acróbatas, los circos de ahora, locales o venidos de lejanos países, concitan la atención de siempre.

134

En una tarjeta postal de principios de siglo, la familia Podestá interpretando un baile criollo. Fue una familia que provino del circo, donde representaron el drama gauchesco y, más tarde, en la escena, expresiones rurales y ciudadanas. Sus integrantes: Jerónimo, Pepe (también «Pepino el 88», famoso payaso), Antonio (músico), Pablo (cuyo temperamento dramático de subyugante vigor podía dar paso a la gracia de caracterizaciones reideras), Blanca (nombre dominante durante el primer tercio de siglo), y María Esther (un último resplandor).

133



134

248 — J. PEUSER, BS. AS.

(Compañía Gerónimo Pomestá)

Bailes criollos

Mil felicidades para todas, les desean, en el 904! Lola y Mercedes. Enero 1º.

135

Octubre de 1971: sube a escena en la sala Martín Coronado del Teatro Municipal San Martín, «Cremona», de Armando Discépolo.

136

Armando Discépolo, autor de «Mateo», «Babilonia», «Relojero», «Stéfano», obras que revelan un creador inigualable en el campo del grotesco. La sagaz observación de caracteres y conflictos ciudadanos es uno de sus atributos, visible en una obra siempre vital como lo demuestran sus permanentes representaciones.

137

Samuel Eichelbaum, autor de «Pájaro de barro», «Dos brasas», «Un guapo del 900», «Un tal Servando Gómez», dramaturgo proyectado en profundidad a la indagación del ser nacional y universal. La galería de sus tipos, su reflexión filosófica, la fuerza de su dialéctica, dan base a todo el desarrollo posterior del teatro argentino.

138

La exitosa experiencia de una calle cerrada para constituir un teatro al aire libre, el famoso Caminito. Se instaló en el lugar que evoca un tango sentimental de Juan de Dios Filiberto, en la Boca, donde pasó toda su vida este compositor popular. En distintas temporadas el Teatro Municipal Caminito ofreció: «Los chismes de las mujeres», de Goldoni; «Una viuda difícil», de Conrado Nalé Roxlo; «La zapatera prodigiosa», de García Lorca.

135

136

137

138

139

En el grabado, Ernesto Bianco, actor que desaparece en plena madurez interpretativa a horas de seguir con el personaje protagónico de «Cyrano», de Rostand. La escena pertenece a «La fiaca», de Talesnik.

140, 141, 142, 143, 144 y 145

Es norma en los escenarios porteños la alternación de obras nacionales y del repertorio universal, como «Francisco Bernardone», de Atilio Betti; «Don Juan», de Molière; «Las troyanas», versión de Sartre de la tragedia de Euripides; «El reñidero», de Sergio De Cecco; «Ollantay», de Ricardo Rojas, y «La fiaca», de Ricardo Talesnik. Con los autores argentinos mencionados, la dramaturgia nacional cuenta con nombres pertenecientes a distintas generaciones, como Florencio Sánchez, virtual iniciador del teatro rioplatense, Gregorio de Laferrère, Julio Sánchez Gardel, Enrique García Velloso, Roberto Payró, Carlos María Pacheco, Alberto Vacarezza, Roberto Arlt, Juan Carlos Ghiano, Pedro E. Pico, Carlos Gorostiza, Agustín Cuzzani, Osvaldo Dragún, Pablo Palant, Roberto Cossa, Ricardo Monti, Griselda Gambaro, nombres que no agotan la lista de creadores que mantienen la vigencia del teatro argentino en nuestra ciudad y en muchas otras del mundo.

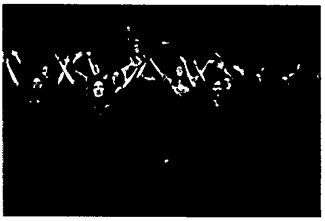
139

140

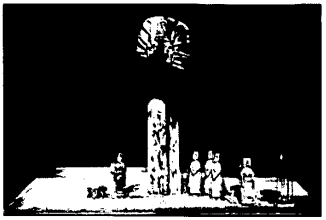
141

142

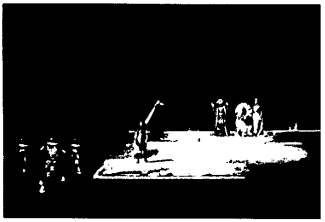
143



144



145



Las artes plásticas

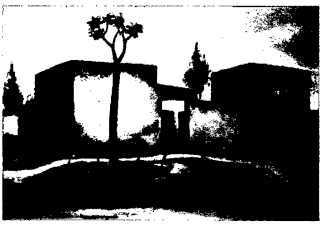
Antes de comenzar el siglo XX una serie de pintores argentinos demostró haber alcanzado la capacidad técnica a igual nivel de la de sus colegas europeos, aunque siguieron aferrados a los modos estéticos más tradicionales. Fue Martín Malharro, en 1902, el pionero de la revolución impresionista, cuyas innovaciones así como las del divisionismo concluyeron por anquilosarse en una nueva academia, ante la cual reaccionó la generación puesta bajo el signo de la revista «Martín Fierro», y cuyos integrantes respondían en su mayoría a los postulados defendidos por la «Escuela de París» (Butler, Badii, Basaldúa, Forner). Algunos otros artistas, todos de excelente formación plástica, mostraron en la década 1930/1940 objetivos un poco distintos (Centurión, Spilimbergo, Gómez Cornet, Victorica, Daneri, De Ferrari, Pronsato o Candia). No obstante, los verdaderos vanguardistas fueron otros contemporáneos como Emilio Pettoruti, cuyas búsquedas expresivas, simultáneas con las de los cubistas de París, al ser expuestas en Buenos Aires provocaron un verdadero escándalo; Xul Solar, solitario creador de un mundo poético precursor del surrealismo, y Juan del Prete, «único antecedente en el país de una no figuración estricta» (Aldo Pellegrini).

Identidad temática, no así de lenguaje pictórico, confieren por esos años coherencia a un conjunto de pintores del proletariado urbano y rural; visiones de un realismo metafísico transfiguran los barrios de Buenos Aires en las telas de Pacenza y March; mientras que las neorrománticas de Gubellini, Soldi, Forner y Batlle Planas, muchas de figuración seudo surrealista, acusan una voluntad de evasión no característica de ese movimiento. El mismo equívoco signó a los integrantes del grupo «Orión» (1939), que evolucionaron separadamente, de una pura figuración a una libre abstracción. Activos entonces y después están maestros de la talla de Diomede, Seoane, Presas, Russo, Cogorno, Torrallardona, los Barragán entre otros.

Con la revista «Arturo» (1944) hace su aparición una nueva vanguardia, la de la abstracción pura, la del arte concreto o constructivismo, de fecundas consecuencias al situarse cronológicamente a la par de las avanzadas artísticas mundiales. Pintores y escultores coinciden en una estética materialista, científica y antiidealista, unidad interrumpida de inmediato al separarse sus componentes en «Art Concreto-Invención», «Arte Madí» y «Perceptismo» (Maldonado, Arden Quin, Prati, Kosice, Hlito, Espinosa, Lozza, Iommi, Girola, Blaszko).

El predominio de la abstracción marca la producción de Fernández Muro, Grilo, Ocampo; la de los «generativos» Vidal y Mac Entyre; Silva, Polesello y Martorell, que utilizan un lenguaje pictórico puro. Simultáneamente (1959/1960) irrumpió una plástica de vital espontaneidad, el «informalismo», cuyas diversas variantes, liberadas de toda convención pictórica, acusaron su debilidad frente al «pop art», «op art», «nueva figuración» y «nueva abstracción». El primero impacta con la vulgaridad de la realidad cotidiana, en tanto que el segundo, arte de carácter lúdico, investiga los problemas ópticos. La luz y el movimiento son el tema obligado de los artistas

146



147

cinéticos, radicados en su mayoría en París, como Tomasello, Vardanega y los componentes del grupo «Recherche d'art visuel», encabezados por el mendocino Julio Le Parc, distinguido con el Gran Premio Internacional de Pintura de la Bienal de Venecia (1966).

Aprovechando las experiencias de los movimientos anteriores, los «neofigurativos» (Macció, Noé, Deira, Vega, Demirgián, Seguí, Distéfano) con una total libertad de elección de elementos que relacionan en formas inéditas, presentan la realidad con un humor ya burlesco ya sombrío. Las imágenes de Francis Bacon han influido la figuración de muchos jóvenes artistas, y de los no tan jóvenes también, por su trascendente contenido ético.

El Museo Nacional de Bellas Artes y en particular el Instituto Di Tella, conducido por Jorge Romero Brest, han apoyado efectivamente las indagaciones más audaces, contando entre ellas el «arte de la actitud» y el «happening». Corresponde decir lo mismo del «Cayc», recordándose la muestra «Arte de Sistemas» hecha en el Museo de Arte Moderno en 1971. Todo ello ha revelado lo caduco de las normas comunes para juzgar la «obra de arte», y la incapacidad para incluir en determinados compartimientos algunas de ellas, para lo cual el crítico Pellegrini propuso la designación de «estructuras visuales».

La creatividad del arte argentino actual se pone de manifiesto en las muestras colectivas e individuales de carácter internacional donde intervienen pintores que obtienen las más altas distinciones (Guillermo Roux en la última Bienal de San Pablo), en el gran número de galerías y marchands que crecen día a día no sólo en Buenos Aires, sino también en las ciudades del interior (Córdoba, Tucumán, Mendoza, el Litoral), focos activos de un arte siempre renovado, y muchos de cuyos plásticos triunfan en Europa y en los Estados Unidos.

Grabado

Nada en particular caracteriza al grabado argentino de principios de la centuria; hacia 1920 un grupo de creadores alcanzaron notoriedad, más que por su admirable oficio, por su inclinación hacia un arte de contenido social. Los más notables fueron Adolfo Bellocq, brillante ilustrador del «Martín Fierro», y Guillermo Facio Hebequer, polémico cronista del obrero porteño.

Así como para las otras artes, los años posteriores a la segunda guerra mundial significaron para el grabado una apertura hacia las nuevas corrientes internacionales, renovación en la que participaron plásticos procedentes no exclusivamente de la gráfica, como Seoane y Berni, galardonado éste con el Gran Premio de Grabado para extranjeros en la Bienal de Venecia en 1962.

El empleo de técnicas mixtas, como el gofrado o la serigrafía, son utilizados por las nuevas generaciones, formadas alrededor de maestros como Víctor Rebuffo, Fernando López Anaya y Ana María Moncalvo, para brindarnos mediante imágenes figurativas o abstractas, toda la riqueza de un mundo interior no desentendido de la problemática contemporánea.

Al aporte femenino representado por Carvallo, Kochashián, Armagni,

Gavensky, Aybar, Santander, se suma el masculino de Páez, Audivert, Paz, Bianchedi y Alvaro.

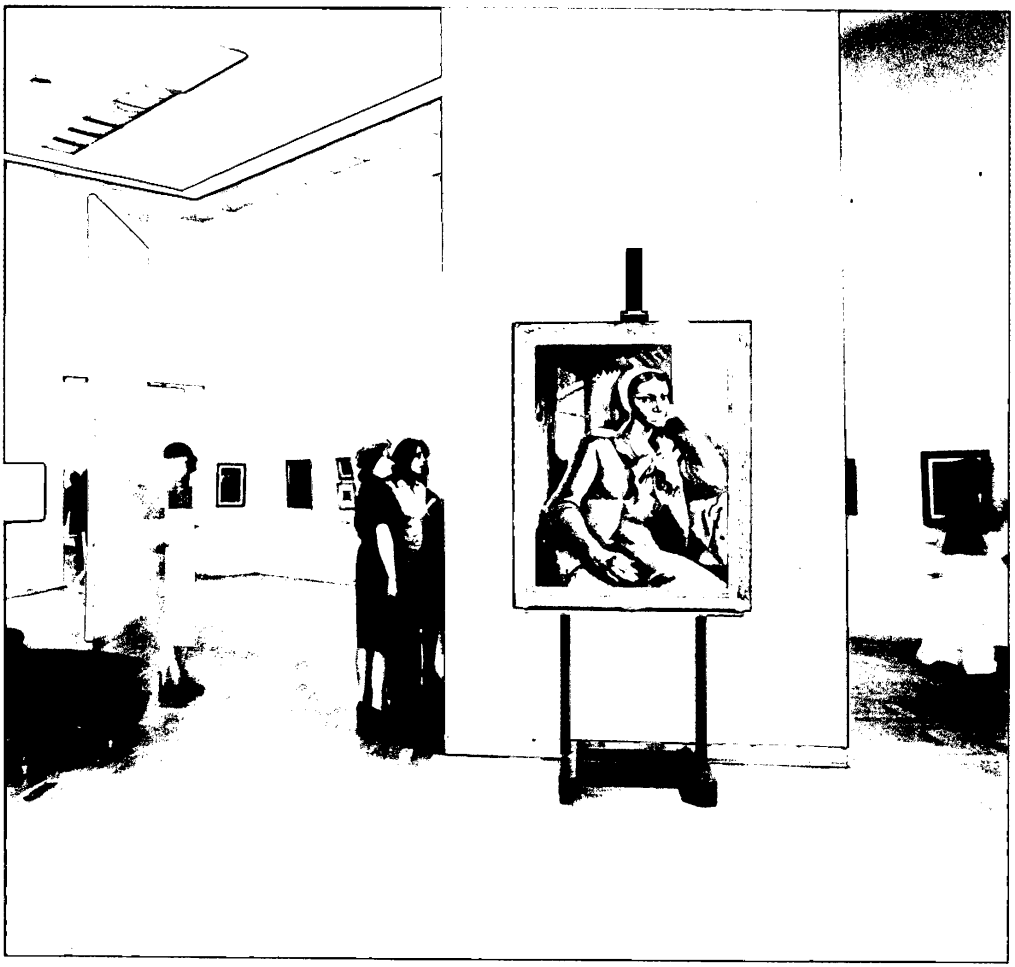
Escultura

El primer gran escultor nuestro es Rogelio Yrurtia, quien apenas comenzado el siglo mereció un comentario de Rodin, cuya lección aprendió bien, y que le permitió transitar los caminos desde un sereno idealismo hasta formas más dramáticas. Quizá el más grande de los estatuarios argentinos; con el «Canto al Trabajo» y los monumentos a Dorrego y a Rivadavia alcanza valores de clásica belleza y de potente expresividad.

Fue Francia, luego de Italia, la tierra que atrajo a los plásticos nuestros, y no sólo a éstos, sino que también a algunos advertidos dirigentes que encomendaron a Rodin la estatua de Sarmiento y a Bourdelle la de Alvear, ambas orgullo de Buenos Aires y modelo para aquellos escultores que no habían viajado aún a Europa. Luego Maillol y Despiau les señalará la senda de una remozada figuración, que encuentra en Alfredo Bigatti y José Fioravanti sus cultores más distinguidos. Contemporáneo es Agustín Riganelli, eximio en el retrato y en la talla en madera, pero que no incorpora nada de las conquistas de vanguardia. Es a Sibellino y a Curatella Manes que la Argentina debe el conocimiento de las tendencias más avanzadas de la escultura occidental, que entonces buscaba nuevas formas y nuevos modos de concebir las formas sin referencia directa a la naturaleza. Con Brancusi, Boccioni, Laurens, Lipchitz, Archipenko, Zadkine, Bill, Arp, Giacometti y Moore, como guías, partiendo de una formación académica ortodoxa llegarán nuestros escultores a los distintos modos de la abstracción, como sucede contemporáneamente con la pintura. Son de rigor los nombres de Badii, Gerstein, Iommi, Kosice, Macchi, Labourdette, Pujía, Vinci, Althabe, Gamarra, Romano y Paparella. De los radicados en Europa, ocupan los primeros lugares el ítalo-argentino Lucio Fontana, ya desaparecido, lo mismo que Sesostris Vitullo; Alicia Peñalba, Gran Premio de Escultura en la VI Bienal de San Pablo (1961), y Marino de Teana, inquieto buceador en formas y materiales.

Adolfo Luis Ribera

148



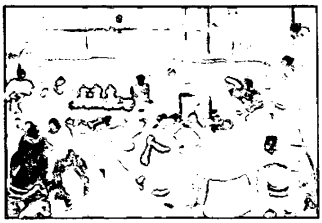
149
Un patio porteño de mediados del siglo XIX, plasmado por el talento figurativo de Prilidiano Pueyrredón. Su renombre es sustentado por los magistrales retratos que realizó, entre los que se destaca el de Manuelita Rosas.

150
En tardíos años Pedro Figari inició la fijación de sus recuerdos de la mocedad y la tarea de revivir episodios históricos. Los bailes y costumbres de los negros y la muerte de Facundo Quiroga se destacan entre los temas que abordó su original modalidad.

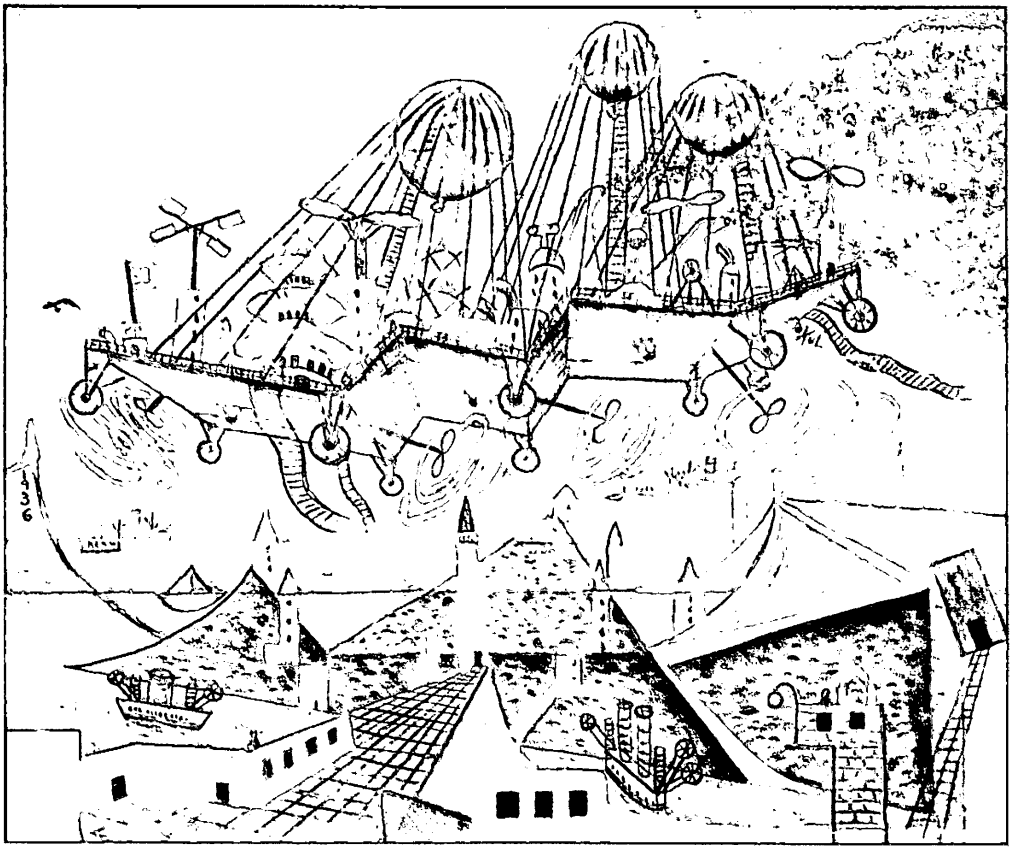
151
Xul Solar, destacado miembro del grupo martinfierrista, retratado por Leopoldo Marechal como carácter protagónico de «Adán Buenosayres», es una figura insólita en la rica historia de la pintura argentina. Dio forma y color a sus ensoñaciones de un mundo poético que constituye una realidad mítica.

149

150



151



152

«Surge el tango, en cuya melodía zafada, valerosa y nostálgica, nos sentimos confesados los argentinos»: Jorge Luis Borges. «Orquesta típica», vigoroso cuadro de Antonio Berni, en cualquiera de sus incursiones, sea en el tapiz o en el grabado, proclive a menudo al «collage», no abandonó nunca lo figurativo, consciente de la solidez y reciedumbre con que se propone reflejarlo.

153

Las manifestaciones de avanzada del arte: «Taxtil», 1975, acrílico sobre tela de Alejandro Puente.

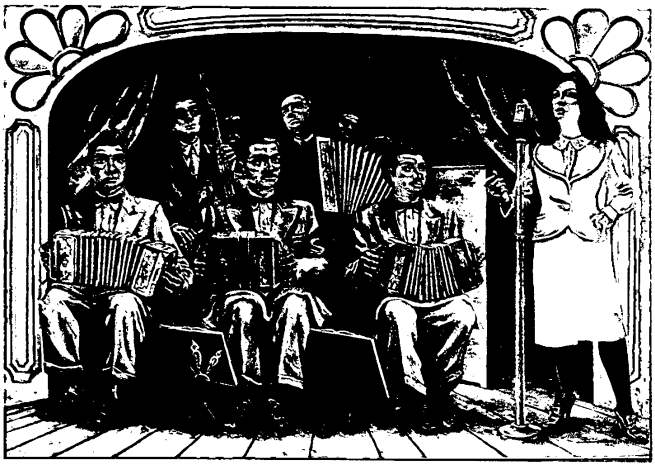
154

Cuadro de Roberto Aizemberg, otro valor de una plástica renovada, que se ha singularizado por una voluntaria dureza expresiva de la que trascienden fuerzas metafísicas.

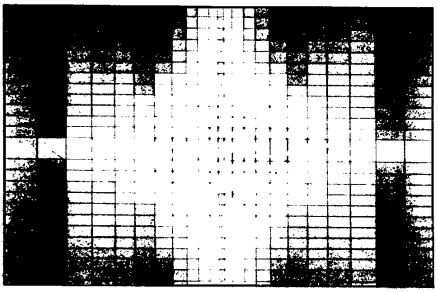
155

En el Museo Nacional puede apreciarse esta tela de Antonio Seguí. Pertenece al movimiento neofigurativo.

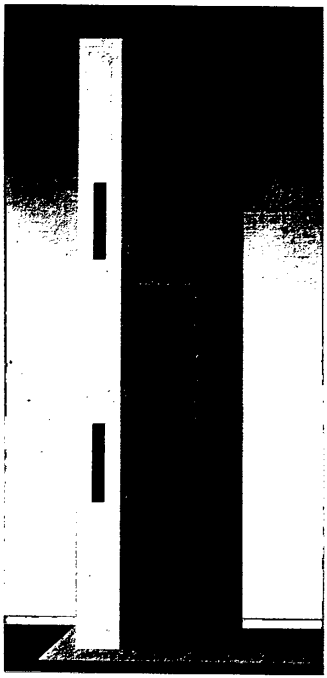
152



153



154



155

156
«Ninfa recostada», yeso de Pablo Curatella Manes, junto con Antonio Sibellino, introductor de las expresiones escultóricas de vanguardia en la Argentina. El despojado estilo de Curatella Manes surge abierto hacia la infinitud; tiende a rasgos cósmicos en concepciones de poderosa síntesis.

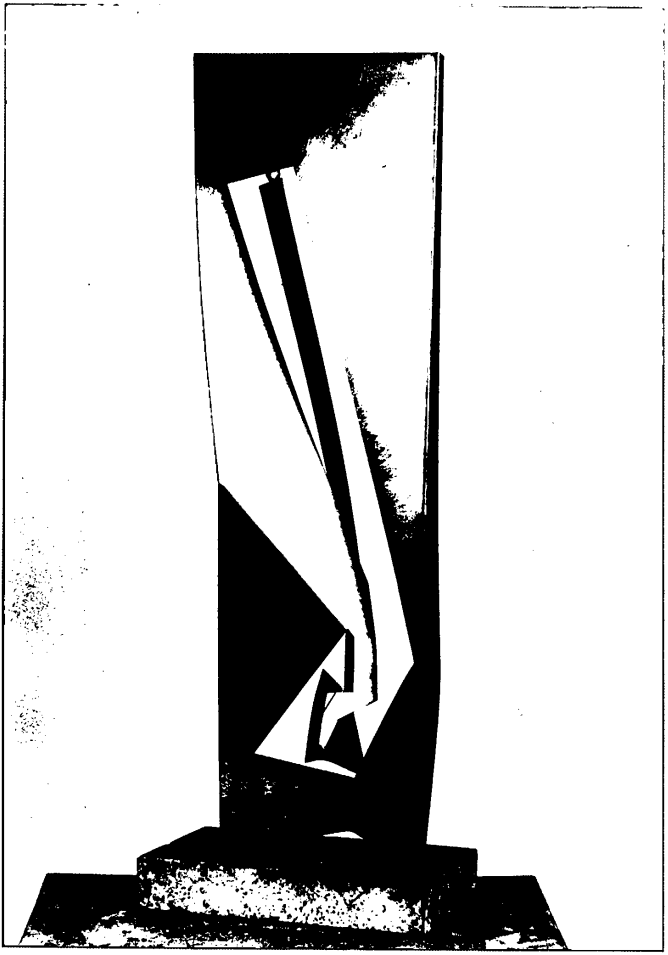
157
Clásica, severa austeridad en la representación de «La ley», erigida en el Palacio de Justicia. Rogelio Irurtia, su autor, es uno de los más grandes estatuarios del país.

158
Escultura en bronce, con base de mármol travertino, de Ennio Iommi, realizada en 1973. Audaz indagación geométrica en el espacio.

156

157

158



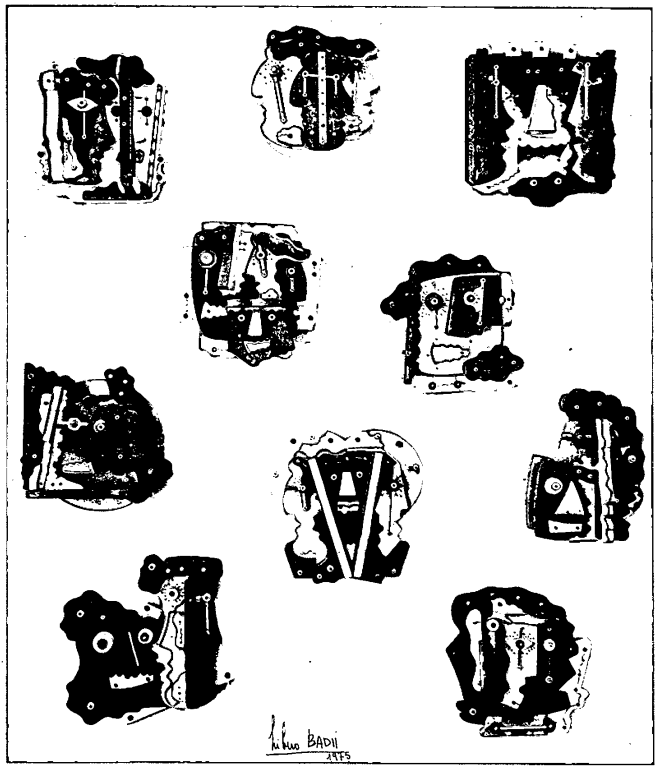
159
Diez caras de madera policromada, 1975, de Libero Badii. Una conjunción muy particular del volumen y el color.

160
«Digo los viejos tangos que duermen»: Francisco López Merino.

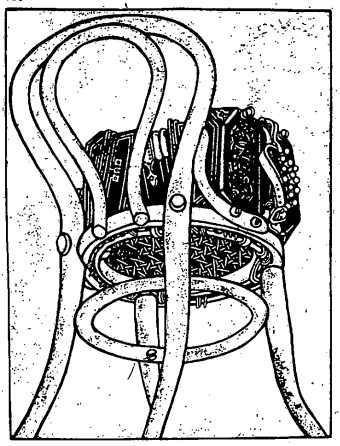
«Lástima bandoneón», grabado de Roberto Páez.

161
El rico universo de Aída Carballo. «Departamento F», es el título de su grabado.

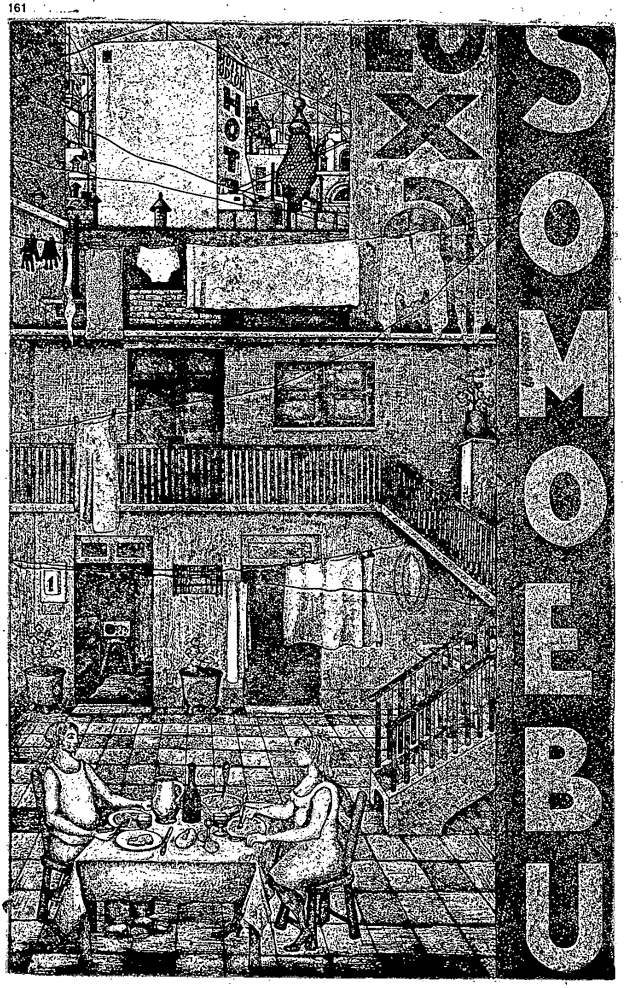
159



160



161



La ciencia

162

Los progresos científicos que enriquecen el acervo cultural de Buenos Aires son fruto de tareas arduas, pacientes –y muchas veces sacrificadas– de generaciones de estudiosos que sirvieron a la humanidad con su quehacer iluminado. A estas tareas se les puede intentar ponerles una fecha de iniciación en el Plata.

Posiblemente la más aproximada sea la del año 1789, cuando Alejandro Malaspina recorrió la América meridional colectando minerales y rocas para el Gabinete de Historia Natural. El rey de España hizo saber que consideraría «de mérito el celo en presentar trabajos y piezas» para dicho Gabinete. Fue así como se fueron reuniendo cantidad de monografías muy útiles para conocer algunos de los aspectos de la misteriosa naturaleza de estas tierras. A las colecciones y dibujos reunidos por Sánchez Labrador, Gaspar Juárez, Dobrizhofer y Tomás Falkner se sumaron los de quienes tenían especial interés en el conocimiento y catalogación de los animales y las plantas de Buenos Aires, como Dámaso Antonio de Larrañaga, Molina o Bartolomé Muñoz.

A partir de la Revolución de Mayo se advirtió en Buenos Aires la aurora de una conciencia científica que, en constante progreso, trascendió los límites del ámbito local para proyectar vivas luces en centros con tradición de siglos y períodos verdaderamente propicios para el desarrollo del saber.

La mayoría de los hombres que plantaron los pilares de la ciencia argentina empezó sus investigaciones en esa época a veces entre el fragor de las batallas de la emancipación y la organización nacional.

El doctor Francisco Javier Muñiz, en cuyo homenaje un hospital de Buenos Aires lleva su nombre, ya en 1825 hizo conocer restos fósiles del «Daysipus gigantea» que provocaron admiración en los principales centros científicos. Médico de frontera, militar, naturalista y paleontólogo, el doctor Muñiz tuvo el reconocimiento de prestigiosas academias, como la Médica de Suecia, la Real Sociedad de Noruega y la Sociedad Jenneriana de Londres.

Florentino Ameghino también fue autodidacto. Tuvo por escuela la naturaleza. Fue catedrático de la Universidad de la capital argentina y desempeñó la dirección del Museo Argentino de Ciencias Naturales. Obras suyas como «Mamíferos Fósiles de América», «Filogenia» y «Antigüedad del hombre en el Plata» fueron celebradas por la agudeza y amplitud de sus investigaciones y su pensamiento filosófico. Juan B. Ambrosetti –arqueólogo, etnólogo y folklorólogo– dirigió el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras porteña, donde cursó sus estudios. En 1902 representó a la Argentina en el Congreso Científico de Nueva York, donde se lo consagró como «organizador del primer esfuerzo cumplido en América para el conocimiento sistemático de la arqueología». El talento y los esfuerzos de estos sabios encontraron en Buenos Aires el ambiente propicio y alentador para desarrollar su trabajo fecundo.

Si el esfuerzo colectivo nos proporcionaba la riqueza de la tierra feraz fecundada por el trabajo, las personalidades solitarias y de imaginación creadora, como las que hemos citado en apretada síntesis, entre las que no hay que excluir los

hermanos Finochietto, cirujanos y diseñadores de material quirúrgico, fueron los portadores de las ideas y conocimientos que influyen en el florecimiento cultural y científico de Buenos Aires.

La Sociedad Científica, creada por un grupo de estudiantes de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, encabezados por Estanislao S. Zeballos, se inició estudiando la fauna y la flora, en 1876, y el crecimiento de sus actividades fue siempre en aumento. Luego de organizar concursos y exposiciones científicas empezó a publicar los «Anales» que, desde hace cien años, se distribuyen en centros importantes de diversas partes del mundo, estableciendo un activo canje de bibliografía dedicada a temas relacionados con la ciencia; luego instituyó becas y premios y organizó una importante biblioteca.

El doctor Angel Gallardo, hijo ilustre de Buenos Aires, fue presidente de esta sociedad. Además fue director del Museo Argentino de Ciencias Naturales y es autor de difundida y prestigiosa bibliografía con originales observaciones sobre insectos gregarios de nuestro país. Fue presidente de la Academia de Ciencias Exactas. Leyendo sus trabajos, Barrés exclamó: «He aquí el misterio a plena luz». Su aporte positivo al conocimiento biológico universal arrancó esta reflexión de Le Dantec, cuando el sabio daba una conferencia en La Sorbona: «Yo le pregunto a Gallardo si en la Argentina hay muchos profesores como él, porque en Francia hay muy pocos», con lo que sintetizó el juicio que las investigaciones de Gallardo merecían y el concepto que sobre nuestro país se tenía en los grandes centros del Viejo Mundo. A las investigaciones realizadas en la Academia Nacional de Medicina, en su lucha contra las enfermedades, hay que añadir la persistente acción de las dependencias especiales de los gobiernos nacionales, provinciales y municipales en favor de la salud, por el saneamiento urbano, la higiene pública, la persistente obra de forestación y reforestación para el mejoramiento ecológico y equilibrio del medio ambiente. La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires fue la primera que organizó un simposio sobre el fenómeno OVNI, poniendo de manifiesto el grado avanzado de sus inquietudes. Buenos Aires es sede de la Comisión Nacional de Energía Atómica, cuyas investigaciones y tecnología han hecho posible el funcionamiento de la Central de Atucha, autoabastecida de uranio, ya que la República Argentina es uno de los cinco países uraníferos del mundo.

Es importante destacar que la ciencia y la técnica han puesto este potencial de uranio al servicio de la paz y para beneficio de la sociedad, la industria y la energía eléctrica.

Coronan el quehacer de la ciencia los premios Nobel argentinos: Houssay y Leloir.

Carlos Selva Andrade

163

El genial Alberto Einstein, que con su visita a Buenos Aires, en 1925, conmovió el ámbito de los estudiosos de la moderna físico-matemática. Dijo: «A largo plazo deberá hallarse algún método para volver a la causalidad clásica. Dios no juega a los dados».

164

Juan Vucetich le dio al mundo la más perfecta forma de identificación humana, al establecer de modo definitivo la diferencia en cada individuo del dibujo lineal de la yema de los dedos. Aporte extraordinario adoptado por todos los gobiernos civilizados.

165

Fósil que se exhibe en el Museo de Ciencias Naturales. Presenta la pintoresca particularidad de haber sido encontrado en el curso de excavaciones realizadas en las cercanías del Luna Park.

163

164

165

166

El doctor Domingo Liotta cumple una hazaña científica en el hospital Saint Luke, de Houston, al crear un corazón de fibra y plástico (o bomba cardíaca). «Los órganos artificiales dejan de pertenecer al reino de la ciencia ficción», dijo Christian Barnard al enterarse del logro de Liotta.

167

En 1947 el doctor Bernardo A. Houssay recibió el Premio Nobel de Medicina por sus importantes investigaciones en el campo de la fisiología. Ratificó así su profunda fe humanística: «Es lamentable que los ensayos con bombas atómicas contaminen poco a poco la atmósfera, pero considero más grave que la humanidad acepte que exista la guerra y el derecho a matar».

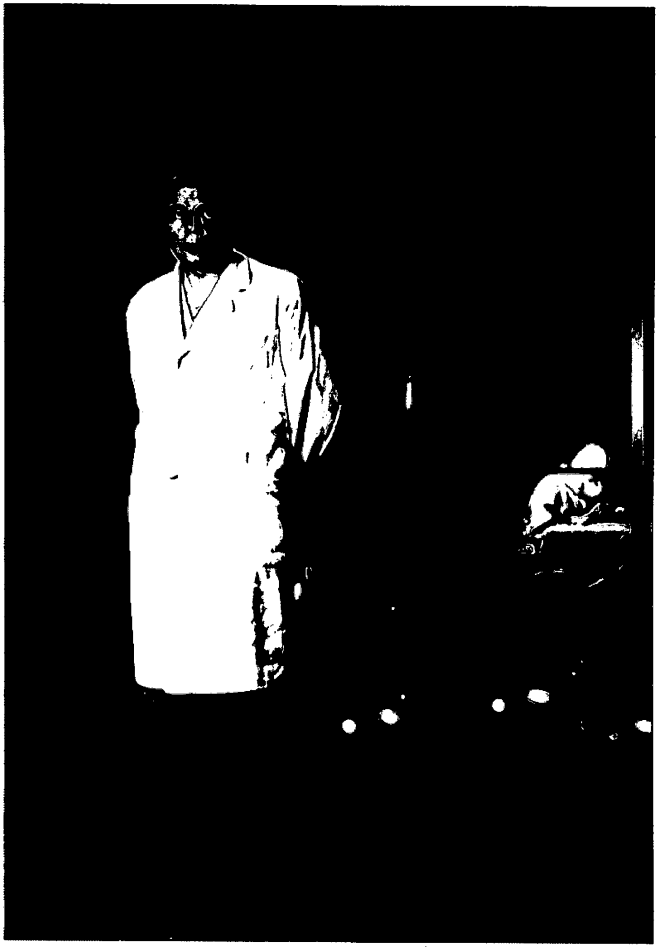
168

El doctor René G. Favaloro alcanzó una vasta experiencia en el campo de la cirugía coronaria. En mayo de 1967 inventó una nueva técnica de injerto. Favaloro pregonó que «por sobre todas las cosas, a lo puramente científico deberá agregarse la formación humanista, tan olvidada en nuestro tiempo».

169

El doctor Luis Federico Leloir, Premio Nobel de Química 1970. Le fue otorgado por sus trabajos sobre metabolismo de carbohidratos, que permitieron el conocimiento básico de disfunciones metabólicas y su consiguiente modificación por agentes farmacológicos. Dijo: «Los hombres son lo principal, los aparatos sólo sirven para aumentar el rendimiento de las ideas, los aparatos nunca son los creadores».

166



167

168

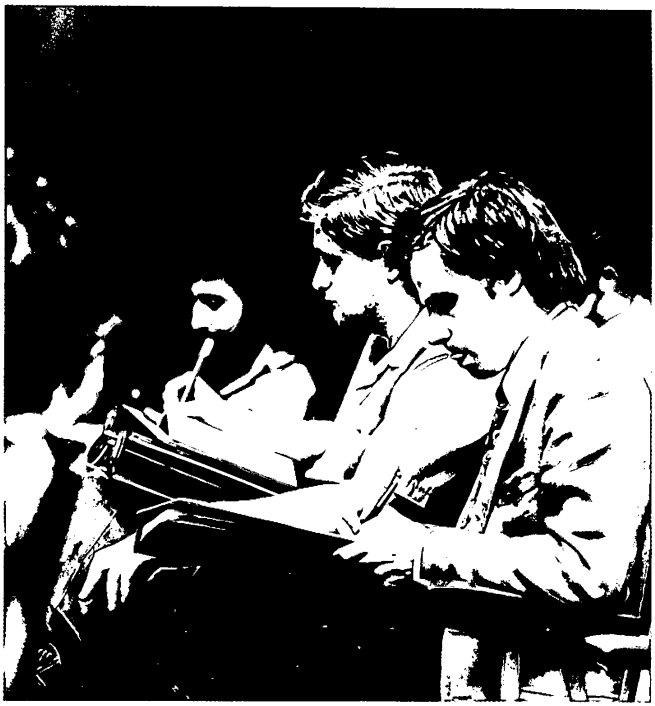
169

170

"Facilitarles (a los pueblos) todos los medios de acrecentar el caudal de sus luces y fomentar su civilización por medio de establecimientos útiles, es el deber de toda administración ilustrada. Las almas reciben entonces nuevo temple, toma vuelo el ingenio, nacen las ciencias, disípanse las preocupaciones que cual una densa atmósfera impiden a la luz penetrar, propagándose los principios conservadores de los derechos públicos y privados, triunfan las leyes y la tolerancia, y empuña el cetro la filosofía, principio de toda libertad, consoladora de todos los males, y origen de todas las acciones nobles." De un decreto del Protector de la Libertad del Perú, Libertador Don José de San Martín, del 28 de agosto de 1821

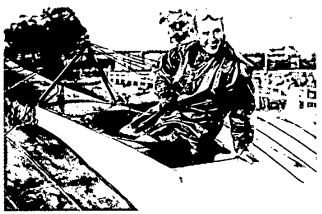
Clase en una de las facultades de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

170



Aquel deporte y esta nostalgia

171



Buenos Aires era casi una intimidad. El censo del 18 de septiembre de 1904 registraba 950.891 habitantes. Algunos avisos de aquella época trazan suaves gestos de asombro en los estriados rostros de esos nostálgicos: «Cocinera francesa, competente, recién llegada de Europa, se ofrece sin cama, 50 pesos». «Reloj de acero para caballeros, garantía tres años, 3,50». «Botines de charol francés, cosidos a mano, 12 pesos». Una camiseta para fútbol, en varios colores, costaba doce pesos y un silbato para referee, cincuenta centavos.

La ciudad leyó la primera crónica deportiva el 23 de junio de 1856. La publicó el diario «El Nacional». Su autor, Domingo Faustino Sarmiento, le dedicó una extensa nota, cuatro carillas, a una actividad ardorosa entre atletas descomunales: la lucha. En el penúltimo párrafo de esa crónica inaugural, Sarmiento se lamentaba: «Muy sensible es que no tengamos un circo para esta clase de espectáculos que tan vivo interés despiertan, cobran mayor brillo iluminados por el sol en ancha arena, dejan exhalarse al aire libre humo, exclamaciones y bulla que atruenan debajo de una techumbre, amenazando, al parecer, hundirse sobre los espectadores».

En 1871, Buenos Aires comenzó a abrirse decididamente al deporte. La esgrima, ese tenso arte sutil de los aceros que frecuentemente serviría para reparar una ofensa grave en duelos sigilosos y con la muda complicidad del alba, fue extendiéndose con la misma rapidez que brotaba de la vibrante punta de los estoques. Un francés menudo, de breve barba puntiaguda, de levita y sombrero de copa, Carlos Delcasse, nacido en Burdeos el 4 de noviembre de 1852 y llegado al país a los dos años de edad, convirtió a la que sería su legendaria quinta, en el barrio de Belgrano, esa Casa del Angel con sus alas ya abatidas, en el palpitante escenario de combates deportivos y de otros en que se pretendía restañar un honor lastimado. Carlos Delcasse murió el 9 de febrero de 1941, a los 88 años de edad, dejando una lección de perseverancia. Nunca se olvidó de su ácida humildad de necesitado. esa que lo llevó en la adolescencia a trabajar de albañil, caballerizo, mozo y fotógrafo.

El 27 de mayo de 1875 nació Jorge Newbery. Sería el dueño de un singular magnetismo, avasallante y seductor. Quizá nunca presintiese que alcanzaría la sublimada dimensión de un símbolo. Jugó al fútbol, al rugby, nadó, practicó atletismo, remó, se lanzó a encendidas luchas de boxeo y voló. Sus alas se astillaron el 1º de marzo de 1914, a bordo del Morane-Saulnier de Teodoro Fels, tratando de vencer la majestuosa soledad de los Andes, a los 39 años de edad.

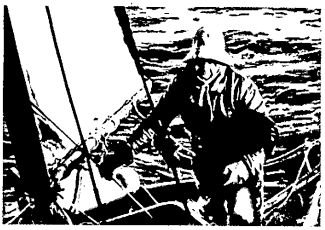
Inmigrantes vascos introdujeron en 1886 el juego de la pelota. Se difundió como una epidemia y su templo máximo fue la plaza Euzkara, de Rivadavia y Rioja. El mismo Domingo Faustino Sarmiento se sintió atraído por esa disciplina. Su cara impávida, estatuaria, se iluminaba al compás del ritmo violento de las acciones. Los encuentros, sin embargo, fueron perdiendo prestigio y los ultimaron las apuestas entre los pelotaris y el público. La respuesta fue digna: los frontones de Buenos Aires enmudecieron como una simbólica adhesión al juego limpio.

El boxeo estaba envuelto todavía

172

de un misterioso aire de complot. En 1912 llegó Gustavo Lenevé, ese maestro francés de los inverosímiles cambios de guardia. Los espectadores se plegaban en sótanos, en rincones discretísimos, para burlar la acción de la policía. Ya había estallado ese fervor que se extendería como una obsesiva idea fija: el fútbol. El 26 de junio de 1904, en la cancha de la Sportiva, se enfrentaron el Southampton Football Club, primer equipo inglés que arribaba al país, y otra leyenda: Alumni. Vencieron los visitantes por 3 a 0 y las crónicas señalaron un asombro: 8.500 espectadores habían presenciado la lucha. «La Nación» expresó: «Hasta hace poco tiempo, el football sólo aparecía entre nosotros como un curioso exotismo, perdido en los rincones de la crónica sportiva».

173



Poco a poco, el país se acercaba a su madurez atlética. Llegaría la noche memorable de Polo Grounds, la del 14 de septiembre de 1923, en que Jack Dempsey, lanzado violentamente desde el ring hacia las plateas, conservaría el título mundial de los pesados ante ese argentino aluvional, Luis Angel Firpo. Habría más: un osado navegante, Vito Dumas, desoladamente solo, magníficamente solo, dejando un mensaje de temeridad a la juventud. Fue también un símbolo. Un símbolo que, curiosamente, comenzaba a vivir cuando acababa de morir. Y hubo más. Mucho más. Pero esto ya no pertenece a la bruma. Su dueño es un pasado joven, casi hoy. Las precisiones podrían quedar ordenadas en la obesa minuciosidad de un diccionario del esfuerzo y de la fe.

Todos esos símbolos ya son sombras. Ninguno, tal vez, intuyó que de pronto se multiplicaría el imantado signo universal de la ambición. Lucharon con desinterés, honorablemente. Fueron devotamente fieles a un color. No concibieron nunca ciertas tentaciones. Son los que aún siguen invadiendo de imágenes reverenciadas a esos pocos, nostálgicos del Buenos Aires deportivo de antaño, que tratan de comprender los nuevos rumbos con una melancólica sonrisa evocativa.

Alberto Laya

174

Luis Angel Firpo, «El toro salvaje de las Pampas», como lo llamaron en los Estados Unidos. La noche memorable del 14 de septiembre de 1923, en Nueva York, arrojó fuera del cuadrado a Jack Dempsey, con el que combatía por el título mundial de todos los pesos; en esos momentos muchos le daban la pelea por ganada.

175

Juan Carlos Zabala alcanzó la máxima victoria al ganar la maratón en las Olimpíadas de Los Angeles, el 7 de agosto de 1932. Nuevamente en 1948 ese lauro fue logrado por otro argentino, Delfor Cabrera, en Londres.

176

Jeanette Campbell que durante cinco años mantuvo la supremacía continental en natación, hasta lograr un renombre mundial como vicecampeona en la Olimpíada de Berlín, en 1936.

177

Un notable trío de corredores automovilísticos: Juan y Oscar Gálvez acompañados de Fangio. Los hermanos Gálvez fueron grandes triunfadores y propulsores del deporte mecánico.

178

Juan Manuel Fangio, cinco veces campeón mundial de automovilismo. Con la Maseratti, una de las máquinas que condujo a la victoria, durante una trayectoria no igualada por ningún otro as de las pistas.

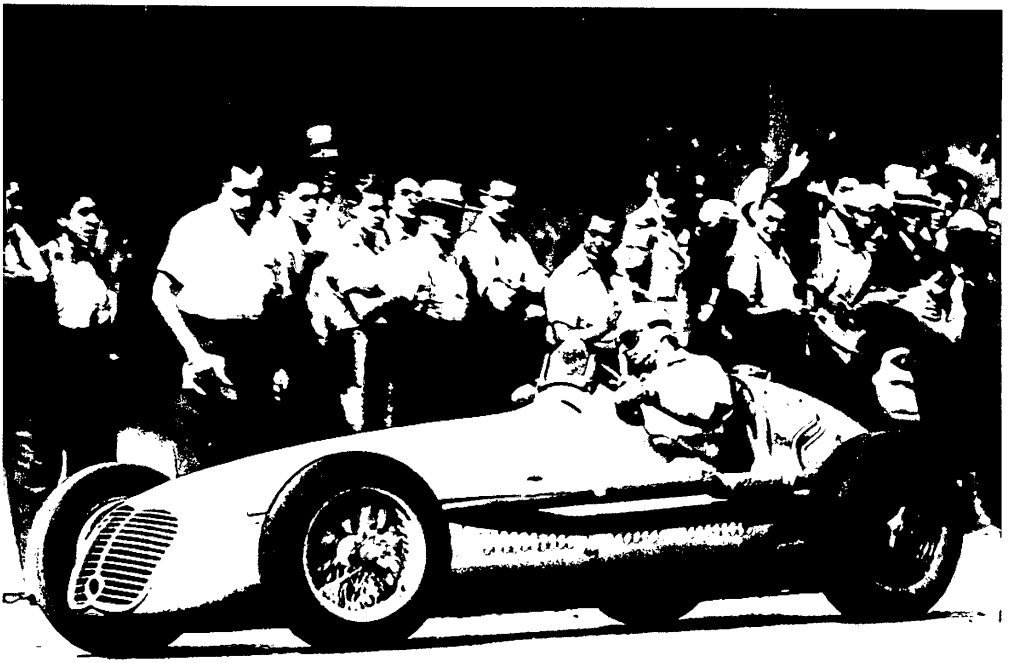
174

175

176

177

178



179

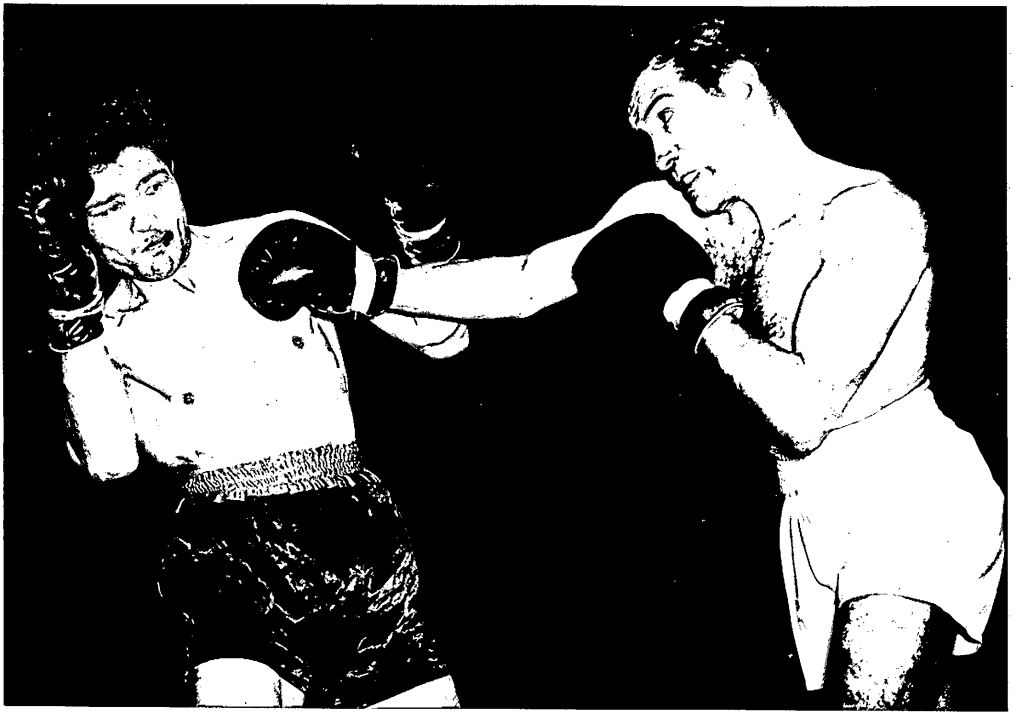
Alfredo Di Stéfano, «La saeta rubia», en 1948. Luego de calificarse por su personal estilo futbolístico en Buenos Aires, pasó a ocupar un lugar de excepción en el deporte europeo. Para muchos, con «Pelé», el mejor delantero del mundo de todos los tiempos. River Plate, en la Argentina, y Real Madrid, en España, fueron los equipos de sus inolvidables triunfos. Comenzó su carrera en el fútbol oficial cuando tenía 18 años, en 1944, en el equipo de cuarta división de River Plate. Llegó a ser el futbolista mejor pagado de una época, y la sutileza de sus medios unida a su fortaleza física y anímica lo hicieron un fuera de serie.

180

Pascualito Pérez, en 1956. Conquistó el campeonato del mundo de peso mosca en Tokio, en mayo de 1954. Mantuvo su reinado durante seis años. Primer campeón mundial argentino, luego llegaron los títulos de Accavallo, Loche, Monzón, Galíndez, Castellini y Cuello. En las Olimpíadas de Londres ya se había consagrado, a los 21 años de edad. Después de perder su título en Bangkok dijo: «El final de un campeón es ser sólo un recuerdo».

179

180



Más allá del músculo y el record

El estadio puede ser el festival del agua en la natación. En el plumón del aire hace su aérea estancia el cuerpo tenso pero ágil, firme y suave, rápido y fugaz. Salta el nadador y el espacio se hace nido. Y cae envuelto en aire y espuma. O también sobre el estadio las fuerzas controladas de la voluntad física andan caminos de ininterrumpidos hallazgos. Más allá del salto apoyado en la pluma de la garrocha, más allá del pecho que se comba para alcanzar la meta. Correr, arrojar la bala o la jabalina, intentar la hazaña del alcanzar el límite, el tiempo y la distancia. A veces el esfuerzo adquiere la dimensión del heroísmo: dentro de sus máquinas de fuego, el vértigo es la euforia de ser feliz en la velocidad que se administra desde un volante sobre cuatro ruedas. Igual que cuando bajo los focos del ring, los dos atletas hacen perdurar la tensión del dramatismo hasta el punto culminante del desenlace. Y el fútbol. Que desde su nacimiento entre nosotros se vio arrastrado al aluvión triunfante de sus éxitos, hasta su adopción definitiva como una expresión de nuestra idiosincrasia, la que tiene su exaltación mayor en el torneo mundial de este 1978. Y tantas otras manifestaciones más, como ese remero solitario, Demidi, que cruzó los canales de Europa como una figura legendaria del agua. O el tenis, donde un nombre, Vilas, se adentra en el cariño de los públicos de todas las latitudes no solamente por la contundencia de los 6-2 y los 6-4, sino por el modesto tesón de una personalidad que el éxito estruendoso no aparta de lo humano.

Cuando se cuenta, como lo hace nuestro país, con un caudal humano de deportistas, cantidad y méritos por igual, las consecuencias se derivan hacia la conducta, el carácter, la formación de la personalidad del ciudadano común, en el aporte que proporcionan la hidalguía, el valor, la constancia, la fe y el espíritu de noble superación para que se arraiguen espontáneamente en el complejo moderno que es una ciudad, un país.

Nuestro país podría envanecerse con la comprobación estadística de proporciones llamativas. Si con nuestra exigua población –en relación a su territorio– mantiene a través de muchos años una casi equiparación de valores deportivos, hablamos de campeones, records y responsabilidades competitivas, con los países de infinitamente mayor densidad demográfica; si en torneos mundiales donde potencias de otro tipo político juegan prestigios a los resultados de las competiciones deportivas, tendremos que convenir que poseemos un caudal cualitativo que no necesita envidiar a nadie.
Un hecho penúltimo, empleamos esta especie de eufemismo pensando que no ha caducado el período gestual, habla elocuentemente de esta situación: nos referimos a Vilas, ganando el abierto de Forest Hills, mientras los pocos años de Claudia Casabianca conquistaban idéntico lauro en el juvenil del mismo torneo. Y lo anteceden nombres que son también historia en la escala de los records. Volvemos la vista unos años atrás y encontramos inscriptos en la memoria o en las tablas estadísticas de los triunfos y los records, nombres, elegidos al azar de un ramillete infinito, como los de José María Gatica y Raúl Landini, y más recientemente Monzón y Locche;

181

182

Cosme Saavedra pedaleando por los velódromos más disputados del mundo; audaces precursores de la talla de Raúl Riganti y el posterior nombre de leyenda de Juan Manuel Fangio, cinco veces campeón del mundo de automovilismo; Cabrera y Zavala asombrando al viento en las maratones olímpicas. Y los polistas, los basquetbolistas o los equipos que como Estudiantes de la Plata y Racing obtuvieron la Copa Intercontinental de Fútbol.

Es que en nuestro país surgen como por generación espontánea, como si un imperativo biológico impusiera desde el ancestro la condición de encontrar en el ejercicio del deporte una forma de traducir la personalidad.

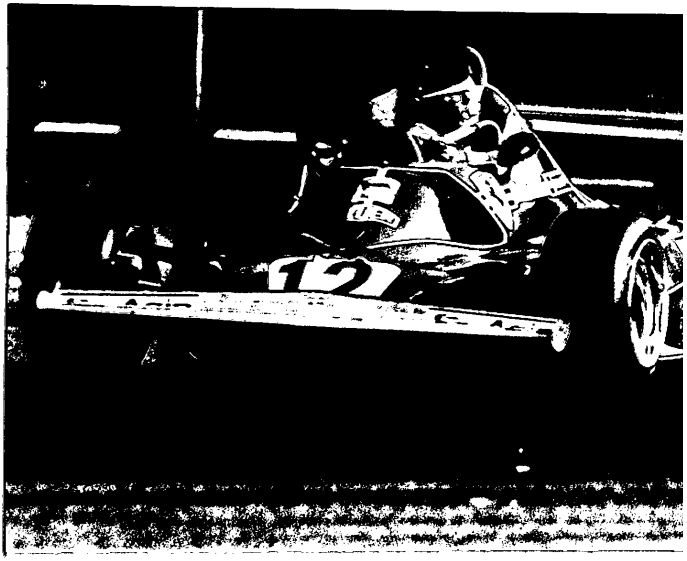
Así se llega a la pasión popular por el deporte. La que mueve a las multitudes con la espontánea adhesión hacia el reconocimiento de quienes interpretan por ellas lo que está latente en cada individualidad. Hay dos ejemplos claros y terminantes. Veamos el del fútbol. Tomemos el caso de uno de los partidos clásicos: el de River y Boca. La pasión del fútbol se enraiza en el afecto por el barrio, que es a la postre la célula no por eso separada de la ciudad, y más allá del país. Y la pasión no tiene otro destino que el nombrado cariño por ese terruño limitado que es el barrio que adopta los colores de «su» club con la necesidad de un emblema. Y ese emblema es el del desprendimiento, del desinterés. ¿Qué beneficio proporciona al «hincha» el triunfo de «su» equipo, sino la satisfacción de un deseo cumplido y la alegría del sueño más simple materializado? Y entonces el barrio se extiende a la ciudad, a todo el país. Y del gol en más o en menos depende esa convicción que el ciudadano se va formando en lo que respecta a los objetivos por la vida. No hay frustración ni rencor por la derrota. Por el contrario, aviva el deseo de la superación. Cuando un verdadero artífice del ring como lo era Nicolino Locche desplegaba en un combate todo ese arsenal de recursos defensivos despojados de cualquier crueldad frente al rival que lo acosaba, acaso se estaba describiendo la idiosincrasia de un pueblo que tiene siempre delante los escollos que debe superar para cumplir con su destino. Y más cerca aún, cuando encerrado en el estanco de ese rectángulo exigente e inevitable que es el campo de tenis, Vilas desplegaba la gama límpida de una estrategia que tanto tiene que ver con la inventiva y la nobleza de lo que gesta sin trampa, con lealtad y con prestancia. Carlos Monzón, nombre también fabuloso para el historial del boxeo, no utiliza su prestigio para la utilitaria mercantilización de su usufructo. Prefiere ofrecer el ejemplo de un renunciamiento que deja intacto un pasado de gloria. Y detrás de él, detrás de todos ellos, y son muchos los nombres para que decidamos eludir la posibilidad de olvidos ingratos, está este pueblo que ha convertido la pasión del deporte en un emblema de su espiritualidad, de su carácter. Aunque afirmarlo parezca una contradicción al unir conceptos de orden moral y físicos aparentemente antinómicos.

Eduardo Baliari

183
Carlos Alberto Reutemann: disposición para consagrar el cien por ciento de su vida al automovilismo. Lo caracteriza una gran serenidad en el círculo de los mejores corredores del mundo, en el que abundan los pilotos agresivos, apasionados y temperamentales. Hombre de la calidad de Raúl Riganti, Froilán González, Benedicto Campos, Onofre Marimón, que luego de triunfar como él en categorías nacionales, pasaron a disputar las máximas pruebas con autos de fórmula en pistas de Europa.

184
Con frecuencia las tribunas de Buenos Aires vibran ante los encuentros con equipos famosos. Una escena de fuerza y habilidad obtenida durante el desarrollo del partido jugado en 1977 entre el seleccionado argentino y el de Alemania Occidental, campeón del mundo de 1974.

183



184

185
Desde 1934 se corre en Buenos Aires la Maratón de los Barrios. Se han inscripto hasta dos mil corredores. Una fiesta singular: una avalancha de atletas y de público.

186
Lucha clásica de veleros en la majestad del océano Atlántico: disputan la carrera Buenos Aires-Río de Janeiro.

187
Básquetbol: deporte en pleno ascenso, principalmente por la acción del club Obras Sanitarias, que organizó certámenes de proyección internacional. Un momento de su actuación frente a otro equipo nacional, Lanús.

188
El ajedrez despierta interés en todo el país. Argentina ha tenido valores de gran repercusión, como Grau, Bolbochán, Najdorf, Sanguineti, Rosetto, Pilnik, Panno, Quinteros.

189
El Campeonato Mundial organizado en 1977 por la Federación Argentina de Esgrima en el Centro Municipal de Exposiciones. Intervinieron diecisiete países. Deporte de larga tradición entre nosotros, con nombres consagrados como Saucedo, Luchetti, Alicia Benko, Lupiz, Vergara, Silvia San Martin, Obeid, Lanteri, Quinos, Frexia.

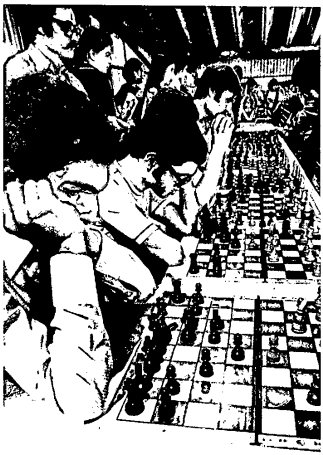
190
En el circuito KDT, en Palermo, se ejercita la popular afición al ciclismo, deporte en el que se han destacado Saavedra, Dazzin, Mathieu, Batiz, Breppe, Haedo, Matesevach.

185

187

186

188



189

190

191

Argentina mantuvo siempre la supremacía en Polo, tanto por la calidad de sus jugadores como por la de sus caballos. Tiene el único equipo en el mundo, Coronel Suárez, con 40 de handicap. Lo componen Alberto P. Heguy, Horacio Heguy, Juan Carlos Harriot y Alfredo Harriot. Lacey, Andrada, los hermanos Duggan, los Alberdi, los Cavanagh, los Dorignac, los Menditeguy son algunos de los nombres que se inscribieron en su triunfante historia.

192 y 193

Marina Lezcano. La joven jocketta que con sus continuos éxitos consiguió estar entre los mejores jinetes del turf. Es la primera mujer que triunfa en el deporte que tuvo en Ireneo Leguisamo, el maestro de todos los tiempos, su figura más relevante.

191

192

193

194
Guillermo Vilas, actualmente entre los tres mejores tenistas del mundo, ganador en 1974, 1975 y 1977 del Gran Prix Internacional. Antes de Vilas el tenis era un deporte minoritario y tradicional. Se destacaron Robson, Boyd, Morea, Cattaruzza, Zappa, Russell, los Soriano (abuelo, padre e hijo). Hoy lo juegan un millón de argentinos.

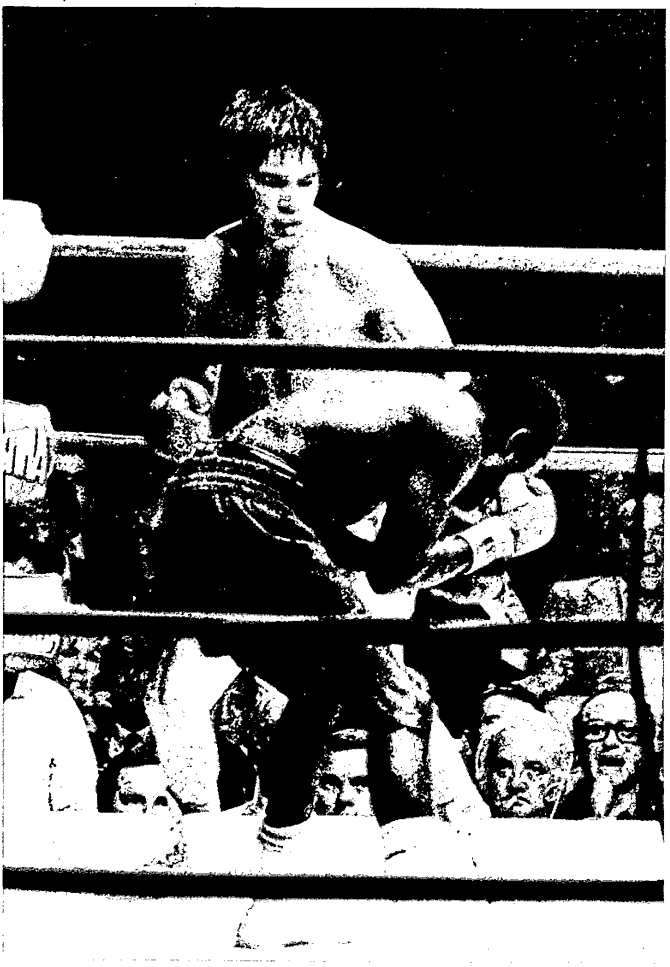
195
Alberto Demiddi, rosarino que en 1971 retuvo en Dinamarca el título de campeón europeo de remo, ganó la famosa Regata de Henley y los Juegos Panamericanos de Cali. Considerado entonces el mejor remero del mundo, fue vicecampeón en la Olimpiada de Munich, en 1972.

196
Carlos Monzón, que, como Accavallo, se retiró sin haber perdido su título de Campeón Mundial. Ganó la corona de los medianos derrotando al italiano Nino Benvenuti en Montecarlo, el 7 de noviembre de 1970. Campeón excepcional, una vez confesó: «Nunca fui perdedor. No me gusta perder. Ni al ta-te-ti, ni a las bolitas». Frase que lo pinta de cuerpo entero.

194

195

196



177

Pórtico de la República

«Porteño en las provincias, provinciano en Buenos Aires, argentino en todas partes.»
Domingo Faustino Sarmiento

¿Ofrece Buenos Aires la imagen de la Argentina? Imán irresistible para los habitantes de las 22 provincias, mientras a los extranjeros les embarga la sorpresa de una urbe pujante, férvida de dinamismo, extendida a barriadas populosas y aledaños residenciales, tentacular pórtico abierto hacia las pampas, librado más allá de la llanura al sortilegio de latitudes que abarcan desde hielos antárticos hasta siestas tropicales de pueblos que se desperezan al pie de montañas. Otras grandes, progresistas y prósperas ciudades del interior emulan a la Capital. Precisamente Pórtico de la República, la ha llamado el ditirambo poético. El viajero se dispersa ya sea subyugado por la excelsitud de las cataratas misioneras, ya al goce feérico de los alerces cuajados de copos de Bariloche ante aguas de primitivos azules o a cuestas deslizantes propicias al esquí; ya obedeciendo al cálido llamamiento de las coloridas y saboridas estampas del noroeste con el tipicismo de sus ceremonias y fiestas por entre serranías y quebradas.

Y por cierto que con ese mismo deslumbramiento sueñan los sedentarios porteños entreviendo yerbales a la vera de ruinas jesuíticas; avizorando viñas y vendimias de la región de Cuyo; u ópimos manzaneros y perales de Chubut y Río Negro. Se prometen recorrer capillas descifrando el laberinto de las sierras cordobesas. Presienten silentes soledades pampeanas y augustas soledades de cumbres y de lagos; la algarabía tropical de «misachicos» de La Rioja y Catamarca y las danzas propincuas a riachos jujeños y salteños, con sus carnavales más antiguos que los suntuosos de Corrientes. Piensan en selvas de los quebrachales de Santiago del Estero o por el contrario en mantos de nieves cuando se acaban los rebaños en Tierra del Fuego. Se preparan a las bellas playas balnearias.

Todo un calidoscopio que encuentra su contrapunto en el anhelo del lugareño por lanzarse un día a la conquista de Buenos Aires o por lo menos quemar las alas en sus luces, al compás ciudadano del tango.

Se concreta a menudo en los terrenos de la ciencia, de las artes, de los deportes, de las industrias y por supuesto que también en las esferas directivas, si se repara en que la mayoría de los presidentes de la Nación han sido de cuna provinciana. Así Buenos Aires no sólo es crisol en virtud de su centrípeta centralización, sino paradigma de la integración nacional, al trocar en porteños de fervorosa adopción a quienes hacen de su residencia una pasión.

Las artes plásticas, literarias y escénicas, hallan en la Capital ocasión de desatar fuerzas telúricas del regionalismo y perfilar el costumbrismo pintoresco a menudo sujeto a la fabulación de mitos comarcanos. Buenos Aires recibe la ofrenda, la difunde al favor de sus numerosas galerías, de sus numerosas salas de espectáculos, y las comenta en sus también numerosos estrados de conferencias. Apertura de amplias perspectivas para el conocimiento de una nación que se encuentra a sí misma, en una común vocación de grandeza.

Edmundo Guibourg

1 Buenos Aires
c.: La Plata
307.571 km²
8.744.529 hab.

2 Catamarca
c.: San Fernando del Valle de Catamarca
100.967 km²
172.323 hab.

3 Córdoba
c.: Córdoba
168.766 km²
2.060.065 hab.

4 Corrientes
c.: Corrientes
88.199 km²
564.147 hab.

5 Chaco
c.: Resistencia
99.633 km²
566.613 hab.

6 Chubut
c.: Rawson
224.686 km²
189.920 hab.

7 Entre Ríos
c.: Paraná
78.781 km²
811.691 hab.

8 Formosa
c.: Formosa
72.066 km²
234.075 hab.

9 Jujuy
c.: San Salvador de Jujuy
53.219 km²
302.436 hab.

10 La Pampa
c.: Santa Rosa
143.440 km²
172.029 hab.

11 La Rioja
c.: La Rioja
89.680 km²
136.237 hab.

12 Mendoza
c.: Mendoza
150.839 km²
973.075 hab.

13 Misiones
c.: Posadas
29.801 km²
443.020 hab.

14 Neuquén
c.: Neuquén
94.078 km²
154.570 hab.

15 Río Negro
c.: Viedma
203.013 km²
262.622 hab.

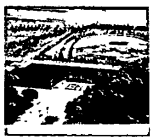
16 Salta
c.: Salta
154.775 km²
509.803 hab.

17 San Juan
c.: San Juan
87.639 km²
384.284 hab.

18 San Luis
c.: San Luis
76.748 km²
183.460 hab.

19 Santa Cruz
c.: Río Gallegos
243.943 km²
84.457 hab.

20 Santa Fe
c.: Santa Fe
133.007 km²
2.135.583 hab.

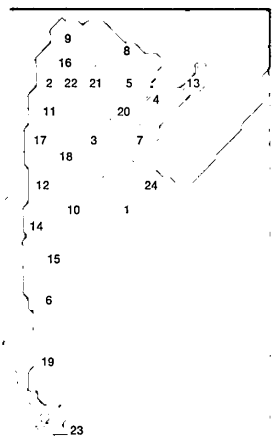


21 Santiago del Estero
c.: Santiago del Estero
135.254 km²
495.419 hab.

22 Tucumán
c.: San Miguel de Tucumán
22.524 km²
765.962 hab.

23 T. del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur
c.: Ushuaia
1.235.214 km²
15.658 hab.

24 Cap. Federal (Buenos Aires)
200 km²
2.972.453 hab.



Secretaría de Cultura
de la Municipalidad de la Ciudad
de Buenos Aires

Funcionarios municipales asesores:
José María Peña
Luis Diego Pedreira

Consejo de redacción:
Edmundo Guibourg
Ulyses Petit de Murat
Alberto Rodríguez Muñoz

Coordinador:
Alberto Rodríguez Muñoz

Traductor de la versión en inglés:
William Shand

Traductor de la versión en francés:
Vicente Thomas

Diseño gráfico y supervisión técnica:
Rubén Fontana
Gustavo Pedroza

Fotografías:

Jorge Aguirre
Fotos 7, 14, 20, 51, 59, 61, 62, 63, 71, 83, 84, 129, 182, 184, 189, 190, 191, 192, 193.

Alicia D'Amico
Fotos 4, 21, 25, 26, 28, 29, 33, 37, 38, 60, 65, 72, 82, 106, 116, 117, 119, 124, 125, 127, 128, 139, 154, 160.

Enrique Cervera
Fotos 6, 8, 10, 12, 30, 36, 39, 40, 41, 42, 56, 57, 66, 70, 75, 94, 95, 96, 120, 126, 131, 132, 133, 147, 150, 152. Retiración de tapas. Páginas 41, 53, 98/99, 113 y 135.

Eduardo Comesaña
Fotos 1, 2, 13, 16, 22, 23, 24, 31, 32, 64, 69, 73, 77, 78, 79, 85, 86, 89, 91, 92, 157, 170. Páginas 14/15 y 65.

Sara Facio
Fotos 3, 9, 17, 18, 19, 53, 54, 74, 76, 80, 81, 87, 90, 93, 108, 109, 121, 130, 146, 148, 149, 151, 165, 166, 167, 168, 169, 181, 188. Tapas. Páginas 84/85 y 149.

José María Peña
Fotos 11, 27, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 52, 55.

Jorge Fama
Fotos 102, 114, 115, 141

Colaboraron:
Archivo gráfico de la Nación
Editorial Abril
Editorial Atlántida
Diario La Nación
Museo de la Ciudad de Buenos Aires
Museo Nacional de Bellas Artes

Documentación fotográfica:
León Benarós

Cantidad de ejemplares:
10.000 en castellano
3.000 en inglés
2.000 en francés
Tapas: cartulina ilustración de 300 g laminadas con acetato
Interior: papel ilustración mate de 135 g
Tipografía: Helvética blanca cuerpos 16 y 9/10

Películas y fotocromos:
RAV

Linotipo:
Linotipia Peña

Impresión y encuadernación:
Instituto Salesiano de Artes Gráficas